

11394

De aquí pa' allá. Crónicas de viaje • Víctor Raúl Martínez Vásquez

De aquí pa' allá

Crónicas de viaje

Víctor Raúl
Martínez Vásquez

memoria histórica

Víctor Raúl Martínez Vásquez

es sociólogo de profesión, se preparó en las aulas universitarias para observar el comportamiento humano en su medio, en la sociedad: la interacción entre los diferentes "actores sociales". Esto, tal vez, hizo de él un buen observador de los seres humanos; o quizá una innata capacidad de observación lo llevó a buscar prepararse para aprovechar mejor o afinar sus aptitudes naturales. Sea como fuere, el conjunto de crónicas que aquí reúne no son el resultado de su ejercicio profesional y de su indudable formación académica, sino de su vocación periodística y su compromiso como "actor social". De ahí el interés y el gusto por ellas. No son abstrusas disertaciones sobre el comportamiento social y desfile de teorías de por qué sucedieron de una manera y no de otra lo que nos presenta.

Victor de la Cruz.

11394 ej. 3

De aquí
pa' allá
Crónicas de viaje

memoria histórica

De aquí pa' allá

Crónicas de viaje

Víctor Raúl Martínez Vásquez

Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca

1955

CIENCIA - ARTE - LIBERTAD



I.I.S.U.A.B.J.O.

CONACULTA
CULTURAS POPULARES E INDÍGENAS

Clasif. _____

Adq. _____

Fecha _____

Presed. _____

Primera edición, 2006

Coedición:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA "BENITO JUÁREZ" DE OAXACA
Instituto de Investigaciones Sociológicas

CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES
Dirección General de Culturas Populares e Indígenas

Diseño de portada e interiores: *Elsa Mendoza García*

D.R. © 2006

Universidad Autónoma "Benito Juárez" de Oaxaca
Instituto de Investigaciones Sociológicas
Murguía No. 306 Apartado No. 662
Oaxaca de Juárez, Oax., México

Dirección General de Culturas Populares e Indígenas
Av. Revolución 1877, 6° piso
San Ángel, C. P. 01000
México, D. F.

ISBN: 970-35-1048-5

Impreso y hecho en México



BIBLIOTECA
CENTRO DE INFORMACION
Y DOCUMENTACION
Dirección General de Culturas Populares e Indígenas

ÍNDICE

I. RECORRIENDO OAXACA	10
Eclipse en Monte Albán	11
En la ruta del Cempoaltépetl: Zacatepec	15
Villa Alta	19
Vela en Juchitán	22
Oaxaca: la verde Antequera	26
<i>Paulina</i> en Puerto Escondido	29
El puente roto y la noche de un día difícil	32
<i>Guendanabani</i>	36
El cristo de Tequisistlán	40
Oro en el Istmo, mujer dorada, tesoro mío	43
El Istmo en <i>Acervos</i>	48
Tuxtepec	56
Chacahua	67
II. DEAMBULANDO POR EL PAÍS	70
En el mar la vida es más sabrosa: Veracruz	71
Por tierras de cocos y palmeras: Colima	78
Vacaciones: Acapulco	84
No hay ojos más lindos	90
5 de mayo en Puebla	98
En la ruta del Citlaltépetl: el Pico de Orizaba	102
Taxco de bellos perfiles y de sonoras campanas	106
Zacatecas: en tierra de mineros	115



III. LA FRONTERA Y MÁS ALLÁ	118
Al este de Los Ángeles	119
Quien no ha visto Granada no ha visto nada	122
En tierra de arepas y tostones: Maracaibo	130
Tijuana	136
Ciudad Juárez	147

*A Paty López, flor de Juchitán,
Juchitán en flor*



BIBLIOTECA
CENTRO DE INFORMACION
Y DOCUMENTACION
Dirección General de Culturas Populares

**«El mundo es como un libro:
quien no ha viajado,
solamente ha leído una página»**

SAN AGUSTÍN

I. RECORRIENDO OAXACA



ECLIPSE EN MONTE ALBÁN

Pasadas las doce del día, la luna empezó a morder al sol en Monte Albán. Con el filtro en los ojos pude ver su figura que engullía apenas una orilla. Su manto oscuro fue extendiéndose lentamente. Habían pasado 21 años desde el día en que en Miahuatlán había visto algo similar.

A la una de la tarde, el cambio de clima se hizo más ostensible. El día perdía su brillantez y una coloración parda fue adueñándose de la zona arqueológica. Entre el Palacio y la Plataforma Sur, se alcanzaba a ver una bruma ligera que envolvía a la ciudad de Oaxaca haciéndose más intensa a medida que la mirada se perdía en la distancia. La verde Antequera fue volviéndose grisácea. Del calor sofocante empezamos a pasar a un frío tenue que iría creciendo con el correr de los minutos. «Es increíble cómo en tan poco tiempo las cosas calientes se enfrían tan rápidamente», exclama alguien a mi lado.

En el edificio del Observatorio, situado al sur de la gran plaza, *Sonido 13* se afanaba en la interpretación de sonidos prehispánicos. Percusiones, agudos sonidos de caracol, acordes electrónicos. Espectáculo de controversias titulado *Encuentro Sideral*, producido y dirigido por José Palacios. Abajo, el grupo Rodolfo Álvarez, lee textos de Adela Fernández. Después vendrían los grupos de *Danza de la pluma* de Santa Ana del Valle, Teotitlán, Zaachila y Cuilapan, acompañados por la banda de música *Alma Yalalteca*.

Las cámaras de la televisión, dirigidas por el señor Garza, desde una improvisada tienda de campaña, no perdían detalles:

—Vamos, vamos, cámara 2, traveléate, métete, métete. “zoom back, zoom back”, cámara 4, párate, párate. Estás al aire 4. Vete abriendo 2, vete abriendo. ¡No, no, pero no con los policías! No me amueles,

no te metas con eso. Desafórate 3, todo lo que tienes del penacho, eso, eso es, bonita toma, estás al aire.

—Audio, habla Carlos, habla, sigue hablando.

Afuera la NBC y la televisión francesa también hacían sus tomas. Cámaras, tripiés, grandes angulares, todos en movimiento. Se prepararían también para el momento cumbre que se acercaba.

A la una con diez minutos, la luna se había tragado ya las tres cuartas partes del sol. Una ligera penumbra nos empezó a envolver. En la entrada, un grupo de turistas franceses pretendía pasar mientras los encargados de seguridad se lo impedían, «por no traer todos los boletos».

La Plataforma Sur de Monte Albán estaba pletórica de espectadores. Pero no sólo ahí se apiñonaba la gente. En otras zonas del sitio también se encontraban racimos de visitantes, en el edificio del Juego de Pelota, en el Palacio donde tenía lugar una coreografía de los grupos folklóricos del Tecnológico y la Universidad, en la Plataforma Sur, y aún en el poniente, en el edificio de Los danzantes.

A un costado del Sistema IV, en el noroeste de la plaza, el eclipse podía verse con métodos indirectos. Retroproyectores de todos tamaños, traídos por algunos científicos que habían viajado desde distintas partes del mundo, dejaban ver reflejadas sobre superficies de cartón o papel las siluetas de ambos astros al encontrarse. Indicador perfecto para conocer la fase total del eclipse.

En lo alto de la pirámide del Sistema IV, Jorge, quien dijo ser nativo de Puerto Escondido, pintado y ataviado a la usanza de los huicholes, daba las últimas pinceladas a su obra plástica, que representaba el suceso natural que ahí nos concentraba. No era el único. Al centro de la plataforma que rodea este conjunto arquitectónico, en el patio, un grupo de personajes muy diversos, ataviados algunos a la usanza de los 70, remembranza del movimiento hippie, aparentaban entrar en trance, unos en flor de loto. En medio de todos, un americano de pelo ensortijado a la jamaíquina tocaba un largo y rústico instrumento de viento. Sonidos parecidos a un fagot, apenas audibles. Entre ellos, otro más daba las últimas exhalaciones a la “bacha”.

A la una con treinta minutos, en las imágenes emitidas por los

retroproyectores, como tenue uña recién cortada, apenas se percibía el sol. Desde lo alto de la pirámide del Conjunto IV pude ver algunas luces de la ciudad de Oaxaca que se encendían; el Valle de ETLA y Tlacolula entraban en penumbra, Venus aparecía en el firmamento, el cielo azul se borraba del todo, la noche caía plena, iluminada apenas por el resplandor del sol. A la una con treinta y tres, las sombras volantes sobre la plataforma a mis pies anunciaban ya el momento climático, un extraño escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Alcé la vista y ahí estaba ya el sol oculto, la luna se lo tragaba entero, sólo su corona daba cuenta de su existencia.

Recordé entonces nuevamente Miahuatlán, los burros que rebuznaron y se acostaron, los perros ladrando, los pájaros revoloteando en los árboles, los grillos y las chicharras dejando oír sus silbidos, los sapos haciendo icroac!, icroac! Un cohetero me hizo regresar a Monte Albán, empezaron los fuegos pirotécnicos haciendo malabares y simetrías en el cielo, cascadas de luces, parábolas, colores diversos, aplausos. Los flashazos a diestra y siniestra. Jorge, para no quedarse atrás, prendió un encendedor y obtuvo el botón de un "spray". La luz de fuego iluminó su obra de un metro cuadrado por uno y medio. Abajo, en El Patio, los miembros del grupo se tomaron de la mano y cerraron un círculo con sus cuerpos de pie. Algunos visitantes se tiraron al suelo con la vista hacia la luna negra rodeada de ese anillo flamígero del sol. Una intensa brillantez plateada, no era un círculo perfecto, pero se le asemejaba. Más estrellas aparecieron en el firmamento. Así pasaron los minutos, entre el alborozo y la estupefacción, entre la alegría y la incredulidad, entre la maravilla y el temor recóndito. Volví a mirar arriba y luego a mi alrededor, apenas daba crédito. Testificaba nuevamente, como en 1970, un eclipse de sol.

Los minutos corrieron inexorablemente. Nuevamente las sombras volantes resultaban anunciatorias, el sol empezaba a emerger de las entrañas de la luna. Resurgía como antaño para dar nuevamente vida al planeta, vigilia a las aves, clorofila a las plantas, calor a los hombres. La luz ahora llegó, sin embargo, por el oeste, por donde el sol se había recargado. El cielo fue clareando nuevamente, los gallos en muchos lugares con seguridad cantaron. En la cúspide de la pirámide pude ver

que mientras el Valle de Etna se iluminaba con la luz de la "aurora", el de Tlacolula, desde mi posición privilegiada, seguía en penumbra. De noche de un lado, de día del otro. En la ciudad, las luces empezaron a apagarse. Abajo el círculo humano se rompía, sus integrantes daban paso a estrechos y prolongados abrazos y congratulaciones. Sonido 13 cedía lugar al grupo 0.72 Aleación. Jorge, quien visto a la distancia parecía cebra con todas esas rayas pintadas en el torso y las piernas desnudas, se ponía a danzar al frente de su obra. El eclipse y Monte Albán daban para todos.

Junio 11 de 1991

El entorno

Dispersas en el lomerío, las casas parecen surgir de la exuberante vegetación. El techo de lámina galvanizada ha sustituido a la teja y aun a la palma, con las que más atrás solían guarecerse de las inclemencias del tiempo. Los cimientos y buena parte de las paredes suelen utilizar piedra de río o aún la «serruna», arrancada a golpes de pico. En su derredor, pequeños huertos domésticos plenos de limonares, cuajinicuiles, aguacatales, nísperos, naranjales, mandarinas, guayabales, platanares y cafetales. Clima subtropical húmedo de la Mixe media, propio también para que crezca la piña y el mamey, el chicozapote y el mango. Flores hermosas en esta naturaleza pródiga para la jardinería: tulipanes, gladiolas, bugambilias, rosales, cola de león, hoja elegante, orquídeas silvestres, huele de noche, que después del ocaso perfuma el ambiente.

Más allá del caserío disperso, el azul de las montañas vestidas de musgo, heno, helechos, encinos, robles, cipreses, fresnos, cedros, caobas y los oyameles que sembró la comunidad por el rumbo del panteón, en el barrio de Santa Cecilia, cuando don Emeterio fue presidente municipal.

La fauna aquí no se queda atrás a pesar de los efectos de la caza nociva, que debería restringirse o reglamentarse. En los cuarenta existía en Zacatepec infinidad de especies, algunas hoy en extinción: jabalíes, tejones, tepezcuintles, zorras, venados, temazotes, leones, tigrillos, machines (changos), águilas, guacamayas, pericos, pavos monteses, chachalacas, perdices. Las palomas torcazas llegan en época de frío. Durante el día y especialmente en el atardecer, cientos de

pájaros de diversos tipos dejan escuchar sus trinos y silbidos a través de la espesura de los árboles. Por la noche, los grillos y las chicharras los sustituyen en el arrullo del sueño reparador de la población.

La visión grata de la naturaleza se empaña hacia la parte más alta de Zacatepec, donde el Cerro Blanco, “pelón” ahora, deja ver las secuelas del incendio que hace poco asoló a este lugar.

—El cerro ardía en llamas enormes, quisimos apagarlo, pero ¿qué podíamos hacer tan poquitas gentes?, el fuego rodeó el cerro. Hicimos una zanja de tres metros más o menos, pero los árboles al caer saltaban e incendiaban la maleza del otro lado. Al final se apagó solo.

Los pobladores

La riqueza del entorno natural no coincide con la miseria de los pobladores. En Zacatepec, el cultivo del café, al que se dedican prácticamente todos en este lugar, apenas da para sobrevivir. Los “ranchos”, ubicados de dos a cinco horas del poblado, ofrecen dificultades por lo intrincado del terreno para sacar los productos de la tierra.

De baja estatura, el mixe sorprende por su fortaleza física. Llama la atención cuando en los caminos y veredas se ven familias enteras con enormes bultos o sacos de café en las espaldas. El entrenamiento en los pequeños empieza desde edad temprana. Aún recuerdo alguna vez que viniendo de Villa Alta nos tocó ver a un niño cargando un enorme atado de leña, auxiliado sólo del mecapal en la frente para hacer contrapeso; seguía a sus padres mientras sostenía entre sus manos un libro repasando una lección. Su resistencia y habilidad para caminar en terrenos escarpados y accidentados es proverbial.

Un orgullo profundo los invade por haber enfrentado como pocos el acoso español durante la conquista. Esta historia forma parte de su vida legendaria.

Mercado en la montaña

Las mañanas aquí suelen empezar muy temprano. Don Silvano prende el aparato de sonido alrededor de las cinco. Un poco de música y luego

el noticiero matinal informando en mixe a la población de diversos aspectos: juntas, eventos, etc. Las bocinas me quedan a unos cuantos metros, por lo que no hay manera de evadir decibeles. Esta mañana de miércoles, la actividad gira alrededor del mercado semanal que se realiza en la explanada, frente al palacio municipal.

Los primeros comerciantes foráneos en llegar arribaron una tarde anterior en el autobús, a las seis. Como suele ocurrir diariamente, cuando llega el camión las actividades se paralizan en el centro del poblado. Los niños y jóvenes dejan de jugar «básquet» en la cancha, y de las oficinas del palacio se asoman las autoridades. El silbido ininterrumpido del camión desde la entrada del pueblo parece una convocatoria. Esa tarde los jóvenes se ofrecen a bajar canastos, costales, huacales, bultos, bolsas que traen los mercaderes. Algunos vienen de más lejos:

—Para venir aquí, primero tengo que llegar a Oaxaca —me dice el vendedor de huaraches—. Hago varias horas de Yalalag para allá. Luego otras ocho horas para acá. Otros comerciantes vienen de Mitla o Ayutla.

En el camión llegó también el abogado que atenderá uno de los 15 casos que integran la población del apretujado e improvisado “penal”. Hacinaos en dos cuartos de cuatro por cuatro, los mismos espacios les sirven de dormitorio, comedor, sala de juegos y, cuando hay visitas, de recibidor. Sobre las sarrosas rejas de endeble barrotes, los presos se recargan para platicar con familiares o amigos.

Otros comerciantes llegaron este día miércoles en sus camionetas o camiones de carga después de atravesar escarpadas y abruptas serranías, cuyos caminos de terracería por tramos se vuelven pedregosos, lodosos, riesgosos.

Cuatro o seis palos que irán en las esquinas, mecates o cordeles y grandes tiras de plástico, sirven para tender manteados provisionales que protegen del sol a mercaderes y productos. Después, unos tabloncillos y un plástico más fino para exhibir tomates, cebollas, huaraches, pastas para sopa, galletas, sal, harina, chicles, dulces, ropa, velas, melones, mangos, palas, picos, lámparas, plumas, leche en polvo. A un costado, bajo la sombra natural de los árboles del kiosco, se expenden

los plátanos de diversos tipos que abundan por aquí. Más allá, un camión de redilas se convierte, con la lona de techo, en una tienda de materiales para construcción.

Los nativos no traen dinero para hacer sus compras, cargan sobre las espaldas enormes sacos conteniendo café para venderlo o hacer trueque, para así allegarse productos básicos indispensables. El café hace aquí las veces de moneda, al menos desde los años 30 del siglo XX en que se expandió este cultivo. El intercambio resulta sumamente desigual para el indígena.

Por la noche, después de la vendimia, algunos mercaderes foráneos se reúnen a beber cerveza en las dos o tres fondas del poblado. Al día siguiente, jueves, continuarán la faena hasta las doce del día, hora en que oficialmente concluye el mercado semanal de Zacatepec.

Junio de 1991

VILLA ALTA

En el camino

Entramos a la Sierra Norte de Oaxaca por la población de Díaz Ordaz con rumbo a los pueblos Cajonos. San Francisco estaba ese domingo, 10 de febrero, de fiesta. El jineteo en plenitud, la gente arriba y atrás de los troncos del ruedo improvisado, algarabía entre los lugareños y los visitantes que también compraban ollas de barro y otras artesanías. Las bandas de música aquí y allá alimentando la atmósfera y “encabritando” al toro, por decirlo suavemente. En San Melchor Betaza me dirán que hay animales que se han vuelto “locos” por el efecto que en ellos tienen ciertas melodías.

Nuestra estancia en San Francisco fue breve, apenas para aceptar la invitación de Alberto Ramírez, director de Educación Indígena en Oaxaca, para tomar un caldo de res y visitar a la familia de Álvaro, editor del periódico *El topil*. Seguiremos con rumbo a Villa Hidalgo Yalalag, donde también se celebra la octava de la fiesta patronal. La noche ha dejado caer su manto y el camino a Villa Alta es todavía más accidentado. Es necesario pernoctar ahí para evitar riesgos.

Al día siguiente, después de una breve charla con las autoridades municipales, continuamos por un camino de pendientes y estrecheces. A los lados, los cerros llenos de encinos negros y ramonales de corteza rojiza. En Betaza están de carnaval, máscaras de todo tipo, zoomorfas, frankistoides, de lucha libre. Trajes diversos, desde el clásico de charro con sombrero de ala ancha hasta el del Chapulín Colorado y Santa Claus que llega repartiendo dulces. Los encapuchados, muchos de ellos con faldas y blusas regionales, torearán y montarán después las bestias que saltan y tiran coces al sentirlos sobre el lomo.

Después continuamos hacia Villa Alta, cruzamos San Andrés Yaa, el de la cruz verde y el pozo mítico en el que aún se le pide al Viniyuyeya, el «Señor de la Montaña»; San Francisco Yate, el del cerro anillado que según cuentan fue una fortaleza prehispánica para defenderse de las incursiones mixes; y San Cristóbal Lachiroag, el asentamiento zapoteca más poblado cercano a nuestro lugar de destino.

Ci Wise

Los zapotecos conocían este lugar como Ci Wise o Cerro de los Guayabines, por la fruta que ahí abundaba; los españoles le dieron el nombre de Villa Alta de San Ildefonso. Fue éste el primer asentamiento español permanente en la sierra, después de los intentos frustrados de Gonzalo de Sandoval, Rodrigo Rangel y otros colonizadores que fueron una y otra vez repelidos por los pueblos de El Rincón, como se conoce a la zona más al norte y noroeste de Villa Alta.

La vida de esta población ha estado vinculada estrechamente a la de las comunidades indígenas que la rodean. Muchos villaltecos se sienten diferentes por descender de los primeros españoles en la zona y practicar desde su nacimiento el idioma de los españoles. La asimetría y la desigualdad ha caracterizado la historia de estas relaciones.

Aunque la tierra es pródiga, el terreno es muy agreste. Se produce el plátano, que da sombra a los cafetales llegados ahí desde el siglo pasado, la naranja y otros cítricos, la manzana y la caña. El pueblo se distribuye en el cerro en una especie de terrazas. Los pocos sitios planos sirven para dar asiento a los edificios públicos: el palacio municipal, la escuela, las diversas dependencias gubernamentales y federales, el mercado, que durante los lunes se ve abarrotado por los indígenas que acuden de los alrededores y aún más lejos para vender sus productos y comprar lo indispensable. Una gran obra destinada a toda la región los obliga hoy a robarle terreno al cerro: la construcción de lo que será el primer hospital del IMSS por aquellos lares.

Aunque el tema que nos ocupó fue el relativo a la educación en los «años de oro» de la escuela rural que estábamos investigando (para el libro *Historia de la Educación en Oaxaca*), éste no fue obstáculo

para conocer otras historias, como aquélla de la crueldad de Luis de Berrio contra los indígenas, algunos de los cuales murieron en la horca, quemados o devorados por sus perros, como ocurrió con el cacique de Temaxcalapam por allá de 1531; las luchas entre conservadores y liberales; la rebelión de los indígenas contra la ley del timbre en el porfiriato que culminó con el encarcelamiento y asesinato de sus líderes; las del cuartel de don Guillermo Meixueiro, General en Jefe de las “fuerzas defensoras” del estado durante la Revolución; la de los villistas de José Isabel Robles que murieron de tifo; o las más recientes de la castellanización forzada de los indígenas en Camotlán; la pugna por el mercado regional de los lunes entre Villa Alta y Lachiorag; o el de las comunicaciones con Oaxaca que tomaban tres días a pie, hasta antes de la llegada de la avioneta en 1940, la cual hacía sólo 25 minutos; o del camino que en ocho horas nos condujo hasta allá y permitió, hasta hace apenas unos años, que arribaran los primeros vehículos automotrices. Historias plenas de sangre y dolor, esfuerzo y sudor, salpicadas a veces de humor y alegría, como las que permiten las fiestas del santo patrón, que en Villa Alta comienzan el 10 de marzo.

Febrero de 1991

Regada de frutas

Los muchachos azuzan a los toros con lo que tienen a la mano: palos, trapos, cartones, punzones de fierro; todo sirve para enfurecer a los animales que, encabritados, se lanzan sobre ellos tirando cornadas mientras los chamacos saltan a uno y otro lado de la calle buscando refugio. Sergio, desde la media calle, alcanza la acera de dos largos y rápidos saltos, antes de que el toro embista a la cámara con que filma la escena. Sostenidos por una reata que les rodea la panza y el lomo, los gruesos cebúes son impedidos para correr más de la cuenta. Algunos llevan el hocico sangrando o heridas abiertas en la frente u otro punto de su cuerpo escarnecido. La multitud, en las orillas, se protege detrás de los postes, como Leticia, o se mete, de plano, en las casas cercanas cuando los animales dan de brincos o embisten a los jóvenes que así se divierten en la «regada de frutas». Son cientos de chavalos corriendo y puyando a los toros.

Después de los jóvenes vienen decenas de carretas campiranas adornadas con grandes hojas de plátano, ramas de guamúchil, flor de jacaranda y arreglos de papel de colores diversos, tiradas por toros de buena ley y conducidas por pulcros campesinos recién bañados, ¡están de fiesta, pues! Las carretas traen las ruedas pintadas de blanco como fondo y, sobre éste, en su contorno, un azul metálico que reza: «Vela de San Vicente Goola», para significar que se honra aquí al santo grande y no al chico, porque ha usted de saber que los juchitecos tienen dos San Vicente Ferrer. Uno de ellos, el Grande, cuenta la historia popular que se había dado por extraviado, perdido o robado, no sé bien; se solicitó entonces, parece que a la Santa Sede, una imagen que lo sustituyera;

se logró este propósito pero, por alguna circunstancia afortunada, el Grande fue recuperado. Ahora tienen los juchitecos un San Vicente Goola, el Grande, y otro San Vicente Ferrer, el Chico. El primero proyecta una fisonomía más cercana a la de los habitantes de la localidad: pómulos salientes, rasgos rudos, su vestido de lino sencillo, artesanal. El Chico, un santo de perfil europeo, tiene el pelo rizado y las mejillas rosadas, hechura de molde industrial.

Después de las carretas vienen los mayordomos, él con un impecable conjunto gris de dos piezas, ella con rigurosa enagua y huipil a la usanza de los trajes regionales del Istmo. En ambas manos, sostienen dos enormes velas cafés como las que trae su séquito, un ramillete florido de jóvenes y hermosas juchitecas vestidas también con ese traje que ha universalizado la imagen de su etnia. Caminan lentamente al paso que permite el peligroso juego de los jóvenes de adelante.

Luego vendrán los carros alegóricos plenos de color, arte popular, vistosos trajes, mujeres bellas ataviadas de esplendorosos collares, aretes y pulseras doradas, xicalpextles de calabazo pintados con flores en fondo negro, banderitas de tela con la leyenda: «Vela San Vicente». Encabezan estos grupos las capitanas. La primera trae un estandarte blanco con su nombre en letras rojas. Desde lo alto del camión lanza platos, vasos, cubetas, jícaras y juguetes (la mayoría de plástico). Esto es la «regada de frutas», la cual mantiene la función redistributiva de la mayordomía.

El gasto más duro es para el mayordomo, quien queda endeudado por largo tiempo a cambio de status y prestigio social. Muchos rehuyen el cargo por oneroso. Emilio, el mayordomo, no encontrará sustituto en lo inmediato para el próximo año. La «Sociedad de la Vela» tendrá que discutir el caso, el asunto de los centavos siempre tiene su peso.

Después de las capitanas vienen los capitanes, en su mayoría niños o adolescentes vestidos de charros y montando a caballo; los pequeños capitanes también vienen acompañados de un séquito infantil. Equinos que fueron adornados con listones de papel tricolor, apoyando el sentido patriótico consciente o inconscientemente. Sus estandartes también dan cuenta de sus nombres. Igualmente reparten dulces, juguetes, objetos de plástico. En un carro especial está la reina

de la vela San Vicente, Martha Elba I, y sus princesas también luciendo sus galas, aunque su vestimenta es muy diferente a la de la reina y las princesas de la vela de Cheguigo, cuya coronación presenciáramos al día siguiente. Usanza medieval: vestido largo, encajes, capas de terciopelo, corona de cristales refulgentes para Martha Elba. Huipil y enagua preciosos, fondo aterciopelado, enormes flores de colores naranja, amarilla, verde; chales con filillos dorados en la reina de Cheguigo. La vela más tradicional en Juchitán, según Lola, es la de San Isidro. «Ahí todavía usan el resplandor y el traje regional», una especie de mantilla de encaje que a veces llegaba a rodear completamente el rostro de las mujeres del Istmo y que ha eternizado las fotografías de Sotero Jiménez.

La vela

La noche de la coronación, formalmente en este caso, es propiamente la de la vela. En esta ocasión le tocó al alcalde cociesta Héctor Sánchez ponerle la diadema a Martha Elba I.

—Es un acontecimiento histórico —me diría después— aquí está lo más recalcitrante del príismo juchiteco.

Héctor partiría después con los miembros de la Sociedad de la vela San Vicente hasta bien entrada la noche.

Después de la ceremonia los sones tradicionales, las mujeres tomándose la enagua, las manos atrás los varones, el movimiento suave y cadencioso de La Sandunga.

La noche de la vela resulta un derroche de comida, música, baile, cerveza, calor, sudor. Por si no alcanza lo que los mayordomos, capitanes y socios de la vela trajeron, en las afueras de la enramada o el manteado están los camiones de la cervecería para vender los cartones de Corona o Carta Blanca.

—¿A cómo pariente?

—A diez mil* pesitos.

* *Viejos pesos.*

La gente realmente se divierte. Se viene a gozar y a bailar a pesar de que el calor empapa la cara, la ropa, los pañuelos. Mientras los señores se emborrachan para acabar algunos de aguilita con rumbo a casa, las señoras bailan entre sí, cuando el marido ya no hace pareja o aún todavía la puede hacer, «no faltaba más». Aquí se borran muchos prejuicios, son los zapotecos del Istmo. Los homosexuales, sin la agresión de la cultura externa, forman sus grupos, toman, juguetean, bailan con señoras mayores, ostentan su naturaleza. Sorprende la joyería fina que trae Óscar (contador público, comerciante de oro, propietario de salones de baile), collar y brazalete de muchos centenarios, anillos de brillantes, una enorme araña de oro prendida en la camisa negra, ornamentación millonaria. Su acompañante, completamente maquillado, lleva rubor en las mejillas, labios carmesí, rímel en las pestañas, ceñidos pantalones. Hablan en zapoteco, se ríen.

Las velas suelen terminar con el alba, se toca entonces el son Lucero de la mañana.

La gente se dispersa. La fiesta seguirá mañana con la «Lavada de olla» en la casa de los mayordomos. Ahí se agasajará a los parientes y a los que colaboraron en las otras etapas de la vela, siempre necesitadas de una nutrida y eficiente organización colectiva.

Mayo de 1991

El zócalo

El parque central, aquí conocido como el zócalo, es punto de partida, cruce de caminos, arribo obligado, la ciudad empieza aquí y aquí termina.

También denominada Plaza de la Constitución, el zócalo es festivo, fresco, colorido, vital, acogedor, musical. En su centro, el kiosco de cantera, con un amplio pasillo circundante, rodeado por un sólido barandal de hierro, las escaleras que permiten el acceso para escuchar la marimba por las tardes.

Alrededor del kiosco, bancas de madera para reposar un momento, jardineras, el césped, las flores. En los pasillos que se cruzan, las rotondas que dan alojamiento a pequeñas fuentes en las que el agua borbotea; la calma que brinda el escucharlas.

Monumentales, sus enormes laureles de la India. Sus copas frondosas que han sombreado durante más de cien años el concierto dominical de la Banda de Música del Estado.

Rodean al zócalo, protegiéndole, el palacio de gobierno, la catedral, el Portal de flores y el Portal Mercaderes, nombres que recuerdan viejos tiempos en que esto fue también zona de mercaderías.

Del zócalo parten y arriban calles importantes de la ciudad. Por ellas llegan las calendas de los templos, los patrióticos desfiles, las manifestaciones de protesta. Desde aquí se concibió la ciudad con sus calles paralelas, perpendiculares. Traza diseñada para distribuir la circulación de peatones y carretas. Calles estrechas. Más tarde llegó el tranvía y luego los vehículos con motores de combustión interna. Traza española, traza europea del siglo XVI.

Centro histórico

El centro histórico de Oaxaca mantiene su estilo, casas de adobe recubierto y cantera, gruesos sus muros para resistir los embates telúricos de esta zona sísmica. Altos los techos para dar frescura en abril y mayo, época de canícula, de calor y modorra. Amplias ventanas, y balcones. Rejas, barandales y puertas de hierro forjado; celosos guardianes que erguidos con firmeza custodian los accesos. Cornisas y frisos en las casas, cejas y pestañas que nos guían al pasar las bocacalles.

En el interior de estas casas oaxaqueñas hay uno, dos y en ocasiones hasta tres patios, amplios corredores, macetas de Atzompa, Coyotepec, Tavehua, flores por doquier, bugambilias, cartuchos, rosales, geranios, margaritas, tulipanes, nochebuenas en época navideña. Una fuente al centro con estilo colonial mexicano, propio de una ciudad que fue fundada por españoles. Árboles de toronja, limoneros.

Destacan en el centro histórico los templos. Santo Domingo es imponente. Una maravilla. La Soledad, en honor a su virgen patrona. La catedral es relativamente chaparra, como casi todos estos templos que aunque hechos de cantera, reciedumbre de cordillera, toman sus precauciones frente a los temblores frecuentes, que en ocasiones han dejado efectos desastrosos a lo largo de los siglos. El del 30 de septiembre de 1999, el más reciente.

El Fortín

Desde la atalaya del Cerro del Fortín, la ciudad se baña de sol en el ocaso y refulge como el oro. En el horizonte, Monte Albán cambia de tonalidades, se viste de naranja y luego de rosa incandescente. En el otro extremo, se yergue majestuosa la montaña, azulada por la espesura del bosque. Al fondo, al este de la ciudad, el tono amarillento-tierra del valle de Tlacolula.

En época de lluvia, el rostro de la ciudad se limpia de impurezas y splende como el jade, la turquesa, la esmeralda.

Dan estas tonalidades a Antequera como le llamaban originalmente los españoles o *Lulaa*, como le decían los zapotecos, la cantera verde.

Para usar la expresión de uno de sus hijos, José Vasconcelos, diremos que «desde la atalaya del Fortín, la cordillera parece haberse hecho ciudad».

2000

PAULINA EN PUERTO ESCONDIDO

En Huatulco, el enorme letrero que anuncia la entrada, yace en el piso.

En Pochutla, otro espectacular luce arrodillado, el viento le dobló los tubos que lo sostenían erguido.

En la desviación a Puerto Ángel, la carrocería de un trailer partida en dos por el desprendimiento de un árbol que se le vino encima.

Camino a Puerto Escondido, los arbustos lucen como estambres enredados, las palmeras sin garbo, sus extremidades fracturadas, los techos de las casas de palma en el piso, parabólicas de las telesecundarias deshechas, platanares encorvados, limoneros apenas sostenidos.

Los ríos crecieron, formaron grandes avenidas de agua que arrasaron a su paso cabezas de ganado, troncos, mobiliario escolar, cientos de casas de adobe. Destrucción en escuelas, puentes, caminos, tubos de drenaje.

En Puerto Ángel, las casas sin techo, apenas la estructura, los horcones, las vigas, los carrizos. A la vista, si la mirada fuera como de rayos X, el ropero húmedo, los petates en el suelo, los utensilios en el piso lodoso, chicloso.

El huracán, con sus vientos de más de doscientos kilómetros, trajo la nada, el dolor, la muerte, la tristeza.

En Santa María Colotepec el río entró por las ventanas de la escuela secundaria, por las cuales entramos nosotros, agachándonos para no golpearlos con el volado del techo que nos queda chaparros. En el interior, toneladas de lodo que sepultaron archiveros, escritorios, libros. La masa de barro se ha compactado como sardina enlatada.

En Panixtlahuaca, en plena sierra, los montes lucen los arañoses del huracán-puma que arrancó todo vestigio de naturaleza.

Las casas destruidas, el río lleno de piedras que fueron arrastradas a su lecho. Una joven llora cargando un pequeño en brazos, su mirada se extravía en el torrente del agua.

—A mi abuelito se lo llevó el río, los hombres estaban en el campo. Mi abuelo trató de pasar de su casa con mi sobrinita hacia la orilla. Traían una lámpara. Vimos cómo la luz se fue en el río. Se fue alejando. Ahí iba mi abuelito y mi sobrinita. Ya no los volvimos a ver. No los hemos encontrado.

El viento y el agua de los huracanes tienen mil formas. «Eran como olas en el aire, subían, bajaban, azotaban todo».

A las imágenes visuales se suman las descripciones auditivas. «Se oía como un gran camión, como un trailer, el viento silbaba fuerte».

En la desgracia, la solidaridad se hace manifiesta. En el gimnasio Flores Magón de la ciudad de Oaxaca, la población lleva ropa, alimentos, agua, medicinas. Los voluntarios reciben, relacionan, clasifican, entregan comprobantes. La ropa de niño, de mujer, de varón, se guarda en bolsas color negro de polietileno. Con los alimentos se forman despensas: frijol, arroz, azúcar, enlatados. Bolsas de doble fondo «pa'que aguanten».

El agua se apila en cajas, en paquetes. Llegan y salen camiones a la costa, como nosotros, bordeando por el Istmo, pues el camino normal se encuentra interrumpido, sin puentes, anegado. El Istmo también sufrió inundaciones una semana antes. Los juchitecos recordaban hechos semejantes ocurridos a fines de los 60 cuando se desbordó el río de Los Perros.

Los camiones se dirigen a los centros de distribución en Huatulco, Puerto Escondido, Juchatengo, por la Sierra Sur. El ejército pone a la disposición aviones «Hércules» para transportar apoyos.

Uno de ellos, en el que también viajamos en otro momento, lleva dos ataúdes. Un accidente en la supercarretera enluta la vida de otras familias. Desde el huracán, los «Hércules» llevan, además de agua, víveres, medicinas, algunos pasajeros con urgencias. Los vuelos comerciales se han suspendido.

La sociedad local se organiza. En la Playa Zicatela, decenas de gentes (nativos, avecindados, extranjeros solícitos) jalan con rastrillos

restos de chozas, palapas, troncos secos, basura de todo tipo. La apilan, la suben a las carretillas, llenan las cubetas, la embolsan, trozan las varas con las manos. De ahí a camionetas y camiones particulares.

En Puerto Escondido y Huatulco se diseñan rutas aéreas, es difícil llegar por tierra a muchos lugares. Hay cerca de 20 helicópteros, prestados por distintos gobiernos estatales. Cargados se levantan igual que libélulas con destinos específicos.

Primero se atienden las cabeceras municipales, luego las agencias y rancherías. Muchos lugares no aparecen en los mapas, menos aún en las cartas de navegación; la población se queja, la ayuda no fluye con la rapidez y urgencia con la que se requiere.

Se mantiene la angustia y también el heroísmo. Desde San Mateo Piñas la autoridad municipal camina más de 150 kilómetros para llegar a la ciudad y dar cuenta de sus muertos y tribulaciones.

También aparece la rapiña, el hurto en pequeña y gran escala, los comerciantes que suben los precios, los líderes que hacen proselitismo con el dolor de otros, los presidentes municipales que olvidan a los habitantes de sus agencias. La miseria humana.

Octubre de 1997

Eran las cinco de la mañana aproximadamente cuando pasamos por el retén que está adelante de Tehuantepec.

A pesar de que siete horas antes, a las diez de la noche del domingo nueve de septiembre, la Secretaría de Comunicaciones y Transportes, como nos enteraríamos después, había suspendido el tránsito por el río Hondo, los soldados de guardia en la desviación a Guiengola no habían sido enterados por las autoridades.

—¿Sí hay paso, oficial? —inquirí.

—¡Sí!, sí hay paso —contestó seguro.

La B grande de México dedicaba mañanitas a quienes cumplían años o celebraban su onomástico. Subí el volumen para que Chacho se despertara celebrándole su treinta aniversario. Otras voces en el interior se sumaron a las ondas hertzianas.

La lluvia nos acompañaba en el trayecto. Cruzamos la Reforma y llegamos como a las seis de la mañana al puente de río Hondo. Una pequeña hilera de carros esperaba cruzar por el vado que dos días antes habíamos atravesado en todas sus pendientes.

El puente había sido derribado una semana antes por una pipa de doble remolque cargada con 70 mil litros de combustible. Un vehículo Nissan que la seguía cayó al lecho del río junto con uno de los remolques; el remolque delantero quedó suspendido en la otra parte del puente. Por desgracia, el conductor del Nissan falleció.

Una estructura tipo Bayles fue traída para instalarla provisionalmente en el cruce del río.

Siete días después, a pesar de los esfuerzos diurnos y nocturnos de los obreros, aún no estaba concluida.

La situación se complicó debido a dos días continuos de lluvia en

el Istmo que incrementaron el caudal del río. Por esta razón, aquella noche del 9 de septiembre se había suspendido el tránsito. Sólo quedaban dos opciones para llegar a la ciudad de Oaxaca: por la Costa tomando la ruta de Sola de Vega, pues por Pochutla, la otra vía, también el puente de Chacalapa había corrido la misma suerte que el de río Hondo; o por la Cuenca del Papaloapan con rumbo a Córdoba y luego a Tehuacán.

La lluvia continuaba y las nubes se veían espesas y negras. Todo parecía indicar que fallaríamos a nuestros compromisos de ese día en la capital del estado.

Uno de los conductores ahí varados regresó de su inspección ocular y nos dijo con enfado.

—No se va a poder pasar, está muy crecido el río.

Decidimos entonces regresar el camino andado e intentar llegar a Oaxaca por la ruta Cuenca del Papaloapan-Córdoba-Tehuacán.

Descansamos un par de horas en Juchitán, platicamos un rato con la familia y a las dos de la tarde aproximadamente emprendimos el segundo intento por llegar a nuestro destino. Chacho decidió quedarse, pues no tenía clases al día siguiente, ¡además, era su cumpleaños! En el trayecto, escuchamos por la radio que el jefe de la Policía de Caminos anunciaba que para las 18 horas podría quedar concluido el puente provisional de río Hondo. Como lo sospechamos, no estuvo para esa hora, sino a las nueve de la noche según informó el periódico Noticias al día siguiente.

Al llegar a Palomares, otra larga fila de vehículos esperaba la revisión en otro retén de la PGR y el ejército. Los encargados de ambos grupos dialogaban en medio de la carretera mientras con lentitud tropical se revisaban los vehículos. Me acerqué a los responsables para explicarles la situación en la que nos encontrábamos quienes veníamos con rumbo a Oaxaca. Mal encarado, el policía judicial me miró de arriba abajo. El oficial del ejército, más amable, respondió que nos revisarían luego. Pasamos cerca de una hora en cubrir todo el trámite. El oficial mal encarado ordenó nuestra revisión minuciosa, mientras a otros les dio dispensa. Por suerte en Sayula, otro retén, ahora de la PFP, nos dio el siga inmediatamente.

Ya en la autopista, al llegar a la caseta Cosamoloapan-Tuxtepec encontramos otra larga fila de vehículos: los piñeros de la zona habían tomado la caseta en protesta por la situación económica que padecen. A través de una estación de radio local, uno de los dirigentes explicaba que cobraban a los conductores para ayudarse económicamente, pues ya no tenían dinero ni para comer. Cosas del Tratado de Libre Comercio que dejó desprotegidos a muchos campesinos y agricultores de México frente a los embates del mercado globalizado, las “ventajas comparativas”, la desidia y el desinterés de la clase política salinofoxista.

Una hora después de avanzar lentamente, cruzábamos la caseta en medio de una multitud agrarista, jocosa pero intimidante, cuyo equipo de seguridad portaba gruesos garrotes, de guanacaxtle tal vez.

—Son 123 pesos, —me decía un cuenqueño aprietado por el sol y la raza natural, mientras yo veía la tarifa oficial de 102 pesos que marcaba el letrero de madera a la orilla de la vía. Entregué 125 y no esperé el cambio despidiéndome con el consabido, «está bien».

Nuevamente la depresión tropical nos alcanzó con toda su acometida. Lluvia a lo largo del trayecto. Cruzamos Córdoba, después Fortín y adelante Orizaba. Pasaban de las diez treinta de la noche cuando entramos a la zona de Maltrata. A la lluvia se sumó entonces una espesa neblina. Alcancé a ver la desviación hacia la población que le da el nombre a las famosas cumbres.

Dos carros me rebasaron y los seguí a prudente distancia tratando de guiarme con sus luces traseras. La distancia con ellos se fue alargando y los perdí de vista.

Al tomar otra curva la visibilidad fue nula, como entrar literalmente a «la boca del lobo». No se veía ni la deslavada línea blanca al centro del asfalto. Tampoco había señalizaciones suficientes. Frené suavemente, pero el piso mojado me llevó a la orilla. Sentí un golpe seco, un poste protector, el piso irregular, ya fuera del camino, otro golpe seco y enseguida el vacío. La camioneta rodó entonces por la ladera. Dábamos tumbos. En cada voltereta veía el pasto por el parabrisas, como si buceara en un mar con algas. Adentro, los objetos volaban de un lado a otro. Yo le grité a Stephanie y a Paty, «¡agárrense fuerte!»,

«¡agárrense fuerte!». Las ventanas se hacían añicos y los vidrios se regaban por todo el interior como si fueran cuentas de una sonaja.

Los casetes salían por las ventanas igual que otros objetos, entre ellos seguramente mis lentes, pues ya no los encontré después en la camioneta. Luego de tres volteretas, la camioneta finalmente caía sobre sus llantas en dirección perpendicular a la autopista; todavía se deslizaba hacia atrás cuando Paty me gritó angustiada, «¡frena, frena!»; pisé el pedal del freno y se detuvo totalmente.

Al reconocernos físicamente, salvo los golpes y el susto, parecía que no estábamos tan mal como se esperaba de aquellas circunstancias. Una mujer a quien identifican en aquellos lares como «la tía», nos asistió inicialmente en aquella oscuridad, mientras Paty estableció contacto por celular con don Eleazar, el agente de seguros.

—Chúpense estos limones —nos dijo la tía— son para los nervios.

Una hora después llegó la grúa, la ambulancia, la patrulla de caminos y el vehículo del ajustador. Nos trasladaron al hospital encamillados; la camioneta al corralón. Así terminaba o continuaba, como dirían los Beatles, la noche de un día difícil, provocada, al menos en sus causas mediatas, por el puente roto, del que esperamos algún día sepamos quién es el responsable, si es que hay alguno. Por suerte, nosotros todavía podemos contarle.

Septiembre de 2001

Preparó hasta el último detalle de su muerte: las escrituras de sus terrenos, los huipiles, las enaguas negras de sus hijas con el holán blanco, el pantalón negro, la guayabera, el paliacate negro con los remates blancos de los hijos, aun la canción de despedida que pidió que la interpretaran Enrique y Gustavo.

«Mírame/mira cómo me vuelvo de humo y puede ser/que me pierda en el aire y no sepa volver/átame con el hilo de tus ojos/imírame!».

Don Victoriano yacía rodeado de los suyos: su esposa, sus hijos e hijas, los nietos y nietas, los parientes cercanos, los amigos de la familia, la autoridad municipal, la cual también representó en algún tiempo. Las mujeres de luto, ocupando los sillones y las sillas en la amplia sala; los hombres, sentados afuera, platicando en la calle cerrada al tránsito vehicular. Tal vez así soñó su última morada.

Su cadáver vestido con una camisa azul y corbata, con la placidez de haber vivido la vida a plenitud, mostraba una piel sonrojada, un rostro afeitado y sereno y unas manos suavemente entrelazadas.

Su muerte fue casi natural, sin sobresaltos mayores. Una noche regresó a casa luego de quince días en el hospital. Eran las seis de la mañana del 14 de febrero, acababa de tomar sus pastillas y el «ensure» con el que se alimentaba cuando por alguna causa no podía comer lo acostumbrado: huevos fritos, entomatadas, guchachi (iguana) o ngupi (armadillo) que en Juchitán son alimento cotidiano.

La casa permaneció como él lo deseaba para el velorio, sin telas cubriendo muebles u otros objetos. Quería que todos la visitaran como él la vio y vivió en estos años. Su retrato de cadete con casco de dragón prusiano, su nombramiento militar, el sable que lo protegió en

campaña, las fotos de sus padres, Laura Toledo y Crisóforo López, las sedas trabajadas plásticamente por Carmen, los óleos y acuarelas de Gustavo, el diablo y las caras pintadas con colores tierra y ocre del hijo menor que lleva su mismo nombre, el póster de Paty, las ampliaciones de las fotos de Na Mari. Su agradable casa con sus altos y gruesos muros, su techo de tejamanil, el corredor con los cuadros de sus hijos y las hamacas, la máquina de coser en la que Na Mari tejió en épocas de austeridad el sustento de sus hijos pequeños, las cómodas butacas de cuero y de mimbre. El patio grande con su almendro al centro, las palmeras, el mangal al fondo, limoneros, bugambilias. Sombra y frescor en este clima tropical. Los animales desplazándose por el patio, los patos, el berelele o alcaraván, los loros enjaulados, la perra negra que a su muerte le llora con quejidos lastimeros.

La noche del velorio transcurre entre copitas de mezcal, cigarros, café y pan de yema traído de Oaxaca. Don Victoriano nació en Juchitán con el clarear del siglo. Después de la revuelta de Che Gómez en 1911, que le costó la vida al líder juchiteco, el padre de don Victoriano fue síndico municipal, en la junta encabezada por el después famoso general Pablo Pineda. Al unirse éste a la lucha enroló al entonces joven Victoriano, quien se fue a combatir al norte. Pablo Pineda, como otros militares, fueron envueltos en la vorágine revolucionaria que los sorprendía y trasladaba de un bando a otro.

A los 22 años, después de correr los grados de sargento y subteniente en el Ejército de Línea, el joven Victoriano ingresó en el Colegio Militar, ahí estudió Derecho, disciplina que le sería de gran utilidad más adelante, pues al retirarse de la carrera de las armas ingresó al servicio judicial. Primero fue agente del Ministerio Público de Juxtlahuaca, a donde llegó acompañado de su amigo, el gobernador del estado, "Chico" López Cortés, quien inauguró las oficinas de la agencia. Don Victoriano conoció prácticamente todos los distritos judiciales. En San Carlos Yautepec, como juez de Primera Instancia, conoció a Na Mari, María de Jesús Hernández Jarquín, quien entonces tenía 15 años, él ya frisaba los 40. Contrajeron nupcias y de este matrimonio procrearon a Mario, Nelly, Carmen, Enrique, Gustavo, Patricia, Ramón y Victoriano. En ese orden.

Don Victoriano fue un hombre de la Revolución mexicana, recio en el combate, disciplinado, con sensibilidad social y espíritu justiciero, apasionado por la política, afable en el trato con los demás, caballeroso, arraigado en los sentimientos a su prole, cariñoso con los nietos, siempre bien aliñado.

En su largo trajinar fue testigo y protagonista de diversos acontecimientos: la caída de Onofre Jiménez de la gubernatura, la fundación del Partido Nacional Revolucionario (PNR), el levantamiento serrano para apoyar a Benito Zaragoza a la gubernatura, el reacomodo de los colonos de la costa, la fundación de colonias agrícolas, el retorno de la imagen de San Vicente a Juchitán (robada por el polémico "Chato" Díaz, hermano de Porfirio Díaz); la lucha contra el cacicazgo del general Charis, las visitas de presidentes y gobernadores a su tierra natal. Muchos de estos sucesos solía contarlos citando fechas, nombres, lugares, haciendo gala de su memoria proverbial. El velorio se prestó para que todos hicieran referencia sobre sus relaciones personales y recuerdo de don Victoriano, quien moría a los 98 años.

A las dos de la tarde del día siguiente al de su fallecimiento, dos horas antes del sepelio, llegó su hija Carmen desde París, 30 horas de viaje, medio mundo recorrido, los ojos apenas perceptibles, los párpados inflamados de lágrimas derramadas en aviones y automóviles. La misma escena que a la llegada de Paty de Oaxaca o de Nelly de Cuernavaca: el sollozo que desgarrar frente a su cuerpo encapsulado, la congoja que duele como una herida en carne viva, el deseo de abrazarlo y revivirlo, la resistencia frente a lo que se constata. Ante el sufrimiento, la solidaridad fraterna, el abrazo de consuelo que busca contener el llanto, las palabras de aliento del hermano.

Poco antes de partir al camposanto, la banda de música interpretó Guendanabani «La última palabra», que es simbólica para el istmeño como el Dios nunca muere para el habitante del Valle de Oaxaca, o Las Golondrinas en el territorio sentimental de la patria grande. Luego, las melodías y canciones cercanas al difunto, el son de la vela López que hoy pierde a uno de sus patriarcas: «Mariquita me despido de ti». Los familiares depositarán sus objetos personales, el cura ofrecerá la misa de despedida.

Al salir de la casa, el cortejo fúnebre, abundante, efectivo, formal, hasta elegante: negro riguroso, como antes, huipil y enagua oscura, mantilla, guayabera, filipina blanca, pantalón y paliacate negro en los hijos que lo cargan en hombros cuatro cuadras hasta la casa de Laura y Crisóforo que le dieron la vida y en la que transcurrió su infancia. Apenas unos meses atrás había llevado de la misma manera a su hermano Juan de 92 años y dos años antes a su hermana Irene, a quien pudo despedir lleno de nostalgia; la generación se fue desgranando como la mazorca.

En el cortejo, la fuerza de la cultura y la sociedad que amalgama lo que la rivalidad política mantiene dividido, en el caudal humano iban priístas, coceistas, Darbien Santiago, Armando Castillejos, Roberto López Rosado. En el cementerio, el último adiós con la música del Vals zapateado, cuyos pasos se habían perdido en el tiempo y ayudó a rescatar para las nuevas generaciones; las lágrimas de Ana Laura y Guedana; la poesía de Nelly; la carta de las nietas desde Francia leída por Carmen; la semblanza breve; el agradecimiento de Mario, en nombre de la familia.

Durante nueve días la casa permaneció abierta, la familia recibió visitas que traían condolencias, panela, guelagueta (limosna, le llaman aquí). Durante esos días, la cruz en el piso de la casa, las veladoras encendidas, las flores renovadas cotidianamente, los rezos a las cinco de la tarde, el atole de granillo. Al noveno día otra velada, el taguubeeleza (tamal de res), el mezcal, el cigarro, el café. En la madrugada, la levantada de cruz. El rezadero y sus rezadores peregrinan aún en la oscuridad hacia la iglesia de San Vicente. Ahí, en el altar, las gladiolas, alcatraces, claveles y crisantemos; la flor de china, el ladrillo envuelto en papel aluminio y la arena de la cruz en el atrio de la iglesia. El canto de los gallos y la luz del sol anuncian un nuevo día. Don Victoriano descansa en paz y su espíritu se desplaza por su querido Xavizende.

Febrero de 1998

EL CRISTO DE TEQUISISTLÁN¹

Tequisistlán era un pueblo de sorpresas, como aquéllas que daba el río cuando por las lluvias torrenciales cambiaba una y otra vez su propio curso. Así fue el río robándoles terrenos a los agricultores. Cuando el pueblo se inundaba no quedaba otra que subirse al techo de la iglesia que estaba hecha de cantera pura. La lluvia llegaba a caer a cántaros.

Transcurría el año de 1920 cuando Di Gabriell llegó a Tequisistlán, a las faldas de la sierra chontal y a la entrada del Istmo de Tehuantepec.

Venía cargado de fama terapéutica, tal vez de curandero o de médico, por lo que fue bien recibido por el pueblo. Se hacía llamar «el hijo de Dios», «Cristo resucitado» que volvía nuevamente a la tierra.

Instaló una mesa frente al parque central y una silla desde donde predicaba y leía la Biblia.

En casa de «Chente» Rosales, hombre de billetes que tenía fama de cantador y borrachín, instaló en una recámara su catre y en otra más pequeña el consultorio para atender a los enfermos.

Dicen que Di Gabriell llegó a operarle el bocio a una señora. Ésta pudo deambular después por el pueblo sin aquel molesto tumor que le hacía ver como guajolote.

Di Gabriell fue ganando adeptos para la causa que traía en mente.

Leía la Biblia con buena dicción en español sin perder el acento de la península itálica, el mismo que tenía su paisano, el párroco aquél que de vez en cuando oficiaba misa en el pueblo y renegaba del recién llegado, a quien consideraba un farsante.

¹ Historia reconstruida con datos proporcionados por Lázara, Fructuoso y Eufrosino Villalobos de Tequisistlán, y María de Jesús Hernández, de Juchitán.

Cercana la celebración religiosa, Di Gabriell fue seleccionando al personal que le apoyaría en la representación en vivo de la Pasión de Cristo.

Luz rezaría durante el recorrido; Julio, con porte de centurión, lo flagelaría con el látigo durante el via crucis; Próspero y Pánfilo, los carpinteros del pueblo, le clavarían manos y pies; otro, al final, le clavaría la lanza en el costado.

Pocos fueron los ensayos pero reiteradas las instrucciones. Llegado el día cada quien debía jugar el papel que les había asignado.

Esa Semana Santa le acompañaron los seguidores que había cosechado a su paso en otras poblaciones en donde se lamentaba no haber encontrado eco para ser crucificado.

Una atmósfera de incertidumbre y temor invadió el pueblo, cruel el destino que les asignaba a ellos volver a sacrificar al Cristo redivivo. La angustia empezó a invadir a quienes debían jugar papeles protagónicos en aquella tragedia por venir.

En el duro trajinar hacia el Cerro del Calvario, Di Gabriell cargó la cruz mientras el centurión, como se le había pedido, lo fustigaba marcándole la espalda con cada latigazo. Luz entonaba las oraciones con una creciente temblorina en la garganta y en el cuerpo. El corazón amenazaba con escapársele del pecho. La multitud gritaba.

El ascenso por el barrio de La Ermita se fue haciendo más difícil, la cuesta resultaba cada vez más empinada para alcanzar la cima, Di Gabriell atropellaba sus pasos y caía en ocasiones.

Desde lo alto del montículo y viendo hacia la izquierda se divisaba el camposanto. Al pie del cerro el pueblo se desparramaba como el agua de lluvia con sus casas de adobe y tejabana. Al frente, se levantaba la iglesia con sus dos grandes cúpulas y su ancha nave que servía de barcaza en noches y días de tormenta. Al fondo, se veía el río, a cuyos márgenes le acompañaban erguidas, marcialmente, varias hileras de palmeras. Más allá, en lontananza, se alzaba la cordillera con sus escarpados picachos y lomeríos.

Estoicamente, Di Gabriell resistía los últimos embates a su lánguido y desfallecido cuerpo.

Próspero y Pánfilo, con un nudo en la garganta, escucharon

nuevamente de sus labios la orden de clavarlo como les había dicho. Procedieron con un pánico creciente golpeando los gruesos clavos con el mazo. Levantaron la cruz y, ya erguida, el centurión empuñó la lanza para asestarle el último y fatal golpe entre costillas cuando la voz apenas audible del italiano, le dio la contraorden. «¡No sigan más!, bájenme de la cruz» les dijo balbuciente.

Desfallecido Di Gabriell fue trasladado a Tehuantepec donde le atendieron las heridas; otros cuentan que se quedó en Tequisistlán y al día siguiente de su crucifixión lo vieron con pies y manos cicatrizadas atendiendo a otros pacientes como si nada le hubiera pasado.

Sin embargo, todos los que tuvieron una intervención directa sufrieron consecuencias. A Próspero le entró una fiebre intensa, a Pánfilo una diarrea incontenible, a Luz, que tenía fama de ser mujer hermosa, la temblorina se le volvió el equivalente a lo que hoy llamaríamos mal de Parkinson. A Fructuoso, que estaba siendo amamantado, al igual que a su madre, dicen que «le cayó el azúcar».

A los habitantes de Tequisistlán, sus vecinos de Jalapa les colgaron el epíteto de «matacrístos». En respuesta, a los jalapeños les llamaron «sarnosos» por el mal del pinto que ahí se dio.

Así terminó la historia del Cristo de Tequisistlán, quien se dice había apostado con gente del gobierno para demostrar que aún había incautos, inocentes y fanáticos en México.

Septiembre de 2002

En el recorrido del claustro del exconvento de Santo Domingo en la ciudad de Oaxaca, Ana Lilia, sentada en una mecedora, se balancea placenteramente; Katerín, la vendedora de hamacas, camina de uno a otro extremo de las salas; Paty porta el traje con un resplandor sobre su cabeza; en la entrada, vestida de luto, Magdalena parece recibir las condolencias. Ellas son el toque vivo de la ambientación del evento inaugural de Alquimia de Prestigio: "El oro y las mujeres del Istmo".

La exposición ocupa parte de lo que fue el refectorio, el comedor del antiguo convento. Llegan don Andrés Henestrosa acompañado de Cibeles, su hija, quien ha prestado varias piezas que pertenecen a su familia. Don Andrés presenta la exposición con un texto titulado «Vírgenes terrenas».

La primera sala está abarrotada, la directora del Centro Cultural "Santo Domingo", Amelia Lara Tamburrino atiende a los invitados en su papel adicional de curadora de esta muestra de joyas, trajes, obras de arte, libros y piezas diversas.

Las mujeres que han prestado alguna pieza dialogan con los concurrentes sobre sus alhajas y vestidos. «Mi traje lo usó después mi hija en su boda aunque con un nuevo huipil; la peineta de oro con filigrana la compró mi mamá en España», dice Cibeles Henestrosa.

Aquí están Margarita Toledo, Patricia López, Amira Musalem, Martina Escobar, Natividad Amador, Rosa Pineda, que también es curadora de esta exposición, entre otras.

No sólo las istmeñas han prestado sus pertenencias, lo han hecho otras oaxaqueñas y mexicanas: Ana María Cruz Vasconcelos, Isabel Grañén Porrúa y algunas más. Dialogan entre sí en medio de cientos

de asistentes a la inauguración mientras la vendedora de hamacas sigue cargando sobre la testa su hatillo de hilos de seda. Karen, en otra sala, muestra su oficio de tejedora sobre el telar.

—Yo soy español, pintor. ¡Estoy sorprendido cómo ustedes han conservado cosas que hemos perdido en España! ¡Claro, el arte del oro nos vino de Grecia y los mantones de Manila!

La mujer en el Istmo liga su vida al arte del orfebre. Acumula monedas de oro, maximilianos, aztecas, victorias, hidalgos, centenarios.

Lleva en su mente la idea futura de un collar, un brazalete, un ahogador, un guardapelos, que lucirá con garbo y donaire el día de la fiesta, el día de la boda, el día de la vela.

Las velas son una exposición momentánea, itinerante, del arte joyero de la región. En ellas, las mujeres no sólo lucen sus hermosos trajes de felpa francesa, muselina, terciopelo, los holanes blancos almidonados que bordean su enagua como plumas extendidas de pavo real o sus resplandores alrededor de su testa; la mujer istmeña, en la fiesta, también exhibe con orgullo sus delgadas cadenas doradas o sus gruesos torzales de los que penden monedas empotradas, enjardinadas, pequeñas bolas de oro, pendientes de filigrana con perlas, corales, amatistas.

Hacer joyas para la mujer del Istmo no es sólo orgullo o pura vanidad, también es la materialización del ahorro persistente, que a su vez lo es del trabajo cotidiano en el que la mujer istmeña es esforzada.

La joya es también la previsión del mal momento, del apuro financiero, de la enfermedad, del accidente, de la necesidad.

Mucho ayuda en esas circunstancias contar con una prenda que ha de mercadearse involuntariamente.

La pequeña niña va aprendiendo de sus mayores la importancia de tener oro, que no se devalúa, que no se desconoce, como el papel moneda en casos de revuelta armada. Ahorrar es, pues, atesorar, es guardar, conservar, preservar el oro, el tesoro.

La joven crece, se vuelve mujer y sigue acumulando. Algún día, ya grande, repartirá su pequeño o gran tesoro para que otra niña, otra joven, otra mujer, encuentre en el oro cierta dosis de orgullo, vanidad, seguridad.

La exposición Alquimia de Prestigio incluye joyas y trajes con diferentes usos rituales: boda, funeral, vida cotidiana.

Un huipil de boda que se aprecia en la exposición lleva un primer encaje blanco que rodea el cuello, luego otro encaje (camisita) de color perla que ciñe el talle y después el fleco de oro, rayos iridiscentes.

El traje de luto con riguroso huipil y enagua negros, holán blanco. Se exponen ahí un par de aretes de luto de azabache negro en filigrana de oro.

Otras joyas de ocasión que vemos aquí: un lazo farol con pequeñas monedas, lluvia de filigrana; un collar engarzado de espejo con una pequeña bola de oro achatada en los costados que pende al final; un ahogador, llamado así por la forma tan estrecha en que ha de rodear el cuello, con tres monedas grandes de 375 gramos de oro puro cada una; otro lazo farol de la que cuelga una cruz de coral, según la leyenda, materialización de la sangre de los que murieron en el mar durante el diluvio, la cruz de estilo bizantino; unos rosetones de flores con piedras en collar grande y brazaletes del mismo estilo; una pulsera «escama» con monedas sobrepuestas simulando la piel de un pez; un lazo de torzal con centenarios; anillo de cincho, aretes lluvia de Maximiliano cuya efigie se encuentra estampada en la moneda.

En las joyas del Istmo, por alguna razón histórica o comercial, pululan las monedas con las caras de figuras reales como la reina Victoria de Inglaterra o de figuras célebres como Abraham Lincoln o George Washington, en el caso de las monedas americanas.

Existe la idea de que en la región, y ante la fragilidad del papel moneda, las mujeres istmeñas, muy eficientes en el comercio, prefirieron desde el siglo XIX el pago en moneda de las manos de extranjeros que por razones marítimas y geográficas cruzaban el Istmo de Tehuantepec.

Las mujeres del Istmo han llamado con frecuencia la sensibilidad de los artistas, especialmente luego de la etapa armada de la Revolución que desató una corriente fuertemente nacionalistas entre nuestros creadores.

Encontramos en esta exposición cuadros de Best Mugard (Tehuana, 1919), Alfonso X Peña (Tehuanas con floripondios, 1950),

Daniel Núñez Rochet (Tehuana, 1940), María Izquierdo (Retrato de Cibeles Henestrosa, 1943), Jorge González Camarena (El Perico, s/f), Francisco Gutiérrez (Tehuana, 1939), Olga Costa (Tehuana con sandía, 1949), Carlos Mérida (Tres mujeres del Istmo, 1930), quienes usan diversas técnicas: acuarelas y tinta, óleo sobre tela, gouache sobre papel o sobre masonite, grabado. Las obras de los artistas provienen del Museo Nacional del Arte y el Instituto de Artes Gráficas de Oaxaca.

De Miguel Prieto encontramos el retrato al óleo de Alfa Henestrosa, la compañera de Andrés. Alfa posa y reposa en una perezosa. El brazo sobre el respaldo haciendo una «c» invertida. Al final de la letra, la mano sobre la que descansa tímidamente la cabeza de la mujer de Andrés. Porta un traje de muselina guinda que ahí se expone tras los cristales de una vitrina.

El traje, bordado a mano con ganchillo, se encuentra estampado con pequeñas flores doradas. Un lazo doble luce sobre su pecho con pendientes de «María» de monedas conmemorativas.

En el cuadro, puede observarse una ventana abierta que da al jardín por la que penetra una tenue brisa que juega con la cortina que al revolotear hace la figura de un ave con sus alas abiertas. Pareciera dispuesta a cobrar vida y escapar de la habitación. La mira otra ave que, gallarda, se encuentra parada sobre el muro de la ventana.

Vemos en la exposición fotografías de Tina Modotti, Manuel Álvarez Bravo (Baudilia), Sotero Constantino, Agustín Cassasola (Matrimonio tehuano, 1920 y Velorio, del mismo año).

Una fotografía de Rolando Arjona, tomada en 1940 en el rancho del artista en el Estado de México, nos muestra un grupo de alumnos pintando a una joven, hermosa, espigada y altiva modelo que posa semidesnuda ante los estudiantes mostrando sus redondos glúteos, sus alargados y firmes muslos, la turgencia de sus senos de manzana. Con un toque de rubor, una enagua del Istmo le cubre y recorre tenuemente el cuerpo. Las hojas de los platanos que se encuentran atrás de ella parecen formar una gran diadema sobre su cabeza a la manera de los bidani roo o huipiles de cabeza, lo que le da majestuosidad.

Mecedoras, muebles de bejuco, butaques, baúles, recortes de pe-

riódicos, revistas, libros, recrearon esta exposición inédita que se extiende hacia la sala De profundis del exconvento.

Por la noche, el claustro y el patio central del exconvento sirvieron de marco esplendente para realizar una «vela» en pequeño, amenizada por la banda de Carlos Robles, quien viajó desde Juchitán para celebrar la apertura de la exposición. Sones, polkas, vals zapateado. Garnachas, molotes, lechón horneado.

Dos meses después, en el espacio que ocupó la cocina del exconvento, se presentó el catálogo de la muestra con textos de Margarita Daltón, de quien surgió la idea de esta exposición organizada por Amelia Lara. Los comentarios poéticos de María de los Ángeles Comeña le dieron continuidad a esta fiesta de arte y cultura de Oaxaca.

El día 13 de octubre, un día después del de la raza, la exposición fue levantada para devolver a sus propietarias las joyas.

Agosto de 2002

No es la primera vez que el Istmo se asoma entre las páginas de la revista *Acervos*.

Desde el número 2, un grabado de Linati, titulado *La Tehuana*, nos lleva a esa región plena de mujeres hermosas y torneadas como la *jeun femme* de Tehuantepec que presenta el artista en su colección titulada *Costumes Mexicains*.

Henri Cartier Bresson, quien en su paso por la ciudad de México vivió en la casa de Andrés Henestrosa, recibe una pequeña referencia con motivo de la exposición de fotografías de la ciudad de México y de Juchitán que se presentó en el Centro Fotográfico Álvarez Bravo.

En el número 6 de la revista *Acervos*, que nació para establecer «un vínculo de comunicación entre investigadores, responsables de archivos y bibliotecas de Oaxaca con los más amplios sectores de la sociedad oaxaqueña», aparece un artículo de Nimcy Arellanes titulado «Un fraile dominico en Santa María del Mar», en el que la autora da a conocer la carta de fray Pedro Guzmán dirigida al Padre Maestro Provincial de la orden de los dominicos, quejándose de los indios huaves de esa población ubicada en el Istmo de Tehuantepec.

En ese mismo número, encontramos un trabajo del historiador Héctor Zarauz sobre Heliodoro Charis y la rebelión que encabezó en diciembre de 1919 proclamando el llamado Plan de San Vicente.

Zarauz encontrará en éste un proceso de rebelión e integración a la vez, ya que para suerte del propio Charis, quien se levantó contra Venustiano Carranza, estalló poco después contra el mismo Carranza la conocida rebelión de Agua Prieta encabezada por Álvaro Obregón, el cual, tejiendo alianzas, entabló relaciones con Charis; éste se volvería aliado del caudillo.

Aparece ya en esta rebelión el tema de la separación del Istmo que Zarauz abordará con detalle en este número 19 que hoy presentamos ante ustedes y al que volveremos más adelante.

La figura mítica de Juana Catalina Romero, que también se aborda en el número 19, aparece desde el número 7 de *Acervos*. En él Francie R. Chassen hace su primera entrega de una serie de tres referida a esta importante mujer istmeña.

En el mismo número 7 es posible contemplar nuevamente mujeres del Istmo en algunas piezas fotográficas de las colecciones Netie L. Benson y Adkins de la Universidad de Texas. De esta última colección se nos muestra el convite que acompaña una pareja de novios a la salida de un templo de Tehuantepec. Forman parte de la indumentaria de los recién desposados y sus acompañantes: enaguas, huipiles, respaldores o vidaniró, blancos holanes, calzones de manta y gruesos sombreros del estilo de los conocidos en esta región como charros 24.

Asimismo, se informa del libro coordinado por Verónica BennHolt Thompson titulado *Juchitán, la ciudad de las mujeres*, y publicado por el IOC.

El número doble 8-9 contiene referencias a los lienzos de Guevea y Santo Domingo Petapa, en un artículo de Víctor de la Cruz titulado «La etnohistoria de Oaxaca según John Paddock» y con quien el autor, como es propio de su estilo, polemiza.

En el número 11 hay un timbre postal en el que la imagen ya prototípica de una mujer istmeña anuncia la inauguración del Mufi, Museo de la Filatelia en Oaxaca. Este tema del estereotipo de la tehuana será abordado en el número 19 por Ricardo Pérez Montfort, quien también ha escrito sobre el estereotipo charro y otros personajes arquetípicos de la cultura mexicana difundidos y promovidos en las postrimerías de la revolución, algo ligado a los propósitos de encontrar símbolos para reforzar eso que llamamos identidad nacional.

El número doble 14-15, dedicado principalmente a los archivos y bibliotecas de la ciudad de Oaxaca, no contiene referencias al Istmo salvo una información de fotografías existentes en el artículo «La imagen oaxaqueña en el Archivo General de la Nación».

En el 16, una tarjeta postal titulada *Indias de Tehuantepec* sirve

de pretexto para que Jesús N. comunique sus comentarios sardónicos sobre la belleza mexicana a una hermana suya. La tarjeta fue enviada el 2 de agosto de 1906.

Nuevamente las fotografías de mujeres istmeñas captadas ahora por la cámara de Tina Modotti en 1925.

Donald Cordry retrata un altar de muertos en el Istmo; al centro, una anciana portando su huipil de cadenilla. Abajo, las velas largas encendidas. Veladoras en los entrepaños, frutas diversas y muchas flores rodean al personaje central de la fotografía. Nos recuerda la costumbre istmeña de la mexha vidó. También la celebración en los panteones de la fiesta de muertos, en Domingo de Ramos.

Vemos otra fotografía fue de Hugo Breheme de 1912, se trata de un pequeño bosque de los alrededores de Tehuantepec. Los niños juegan entre los árboles.

Francie R. Chassen, de la Universidad de Kentucky, hace su segunda entrega sobre Juana Catalina Romero, se refiere en esta ocasión a la actividad empresarial y de beneficencia de quien se llegó a convertir en la mujer más rica de Tehuantepec; su fortuna, comparada con la de Juan Baigts en los Valles Centrales.

Algunos datos aportados por la autora desmitifican ciertos pasajes que la telenovela de Enrique Krauze, *El vuelo del águila*, contribuyó a reforzar y que frivolan la figura de Juana C. Romero. Se pregunta, por ejemplo, cómo es posible que en 1894, fecha en que se inaugura el ferrocarril a Tehuantepec, un Porfirio Díaz ya de 64 años pudiera «saltar de un tren en movimiento hacia los brazos de antiguas pasiones»; o cómo en 1907, cuando la inauguración del ramal a Salina Cruz del mismo ferrocarril, el llamado «soldado de la República» pudiera haber hecho esperar a su esposa Carmelita Romero Rubio durante horas en el tren parado frente a la casa de la ya para entonces «Doña» Juana C. Romero, a quien efectivamente visitó ese año; o cómo, en 1912, el general, que ya se había ido del país, podía haberle construido a doña Juana el chalet estilo francés que aún podemos ver atrás del mercado de Tehuantepec. Francie R. Chassen adelanta algunas hipótesis sobre las que les dejó la duda para que compren el número y se enteren del chisme completo.

En el número 18 de la revista de la Asociación Civil Amigos de los Archivos y Bibliotecas de Oaxaca, que encabeza nuestro querido Paco Pepe, encontramos una fotografía de Flor Garduño del libro *El árbol de la vida*, publicado en 1982.

La imagen nos muestra una especie de árbol siamés del que parecen desprenderse dos mujeres istmeñas, caminan sobre la arena en sentidos opuestos, la brisa del mar ondea sus enaguas.

Llegamos así por fin al número 19, motivo de esta presentación y del que mencionaré sólo algunos aspectos de los muchos de interés que contiene.

Me llaman la atención los documentos del siglo XVII, XVIII y XIX referidos a los distintos istmos que componen esta larga franja de 2 mil kilómetros que une la América del Norte con la América del Sur y entre los que se encuentran no sólo el Istmo de Tehuantepec, sino el de Honduras, el de Nicaragua, y el de Chiquirí, dividido en tres secciones: el de Panamá, que es el más conocido, el de San Blas, y el de Darién, que aluden a las sierras de los mismos nombres.

Estos documentos, seguramente obtenidos de esta rica y hermosa biblioteca Burgoa, dan cuenta de la importancia estratégica casi inmediata que los colonizadores dieron a dicha región para la comunicación interoceánica, que, como dice Mónica Toussaint en su artículo «La aventura por Nicaragua: los Estados Unidos y el canal interoceánico», cobró mayor interés luego del descubrimiento del oro en California en 1848. Era más seguro enviarlo por vía marítima desde San Francisco a Nueva York que, yo supongo, atravesar todo el territorio de oeste a este de los Estados Unidos plagado de asaltantes, forajidos y facinerosos como lo sugieren las películas hollywoodenses. El mismo artículo nos da cuenta de las disputas entre norteamericanos e ingleses en Centroamérica durante el siglo XIX.

El asunto de la comunicación interoceánica, pero ahora de cara al futuro, es retomado por Luis Fernando Tomas Castillo, quien titula sugerentemente su artículo «¿El Istmo de Tehuantepec acaso será el nuevo canal de Panamá?».

El desarrollo logrado por el Istmo de Tehuantepec en su parte veracruzana, a partir de la construcción del ferrocarril en 1894, ha

sido poco tratado por los historiadores, de ahí la importancia del trabajo de Ángeles Sarabia Russell, en el que da cuenta de la expansión de las plantaciones de nacionales y extranjeros para la producción de café, caña de azúcar y caucho, así como el inicio de la explotación petrolera en el Istmo veracruzano que daría origen a la refinería de Minatitlán y la poderosa compañía petrolera El águila, iniciada, en gran medida, por el empresario británico Weetman Pearson, a quien Porfirio Díaz dio la concesión para construir el ferrocarril y luego el puerto de Salina Cruz. Pearson jugó un papel clave en la economía de toda la zona a principios del siglo XX.

El crecimiento económico atrajo inmigrantes de diversas partes del país y del extranjero. Chinos, españoles, japoneses, cubanos, puertorriqueños, haitianos, ingleses y, desde luego, norteamericanos, arribaron a esta región veracruzana. En tan sólo diez años, entre 1900 y 1910, la población creció en un 600 por ciento.

Zarauz retoma el asunto de la separación del Istmo en este número 19. Una historia que, como nos lo muestra, se remonta por lo menos a los primeros años de nuestra independencia, cuando se presenta el proyecto «Bases sobre las que se ha formado un plan de colonización en el Ysmo de Hoazacolacos o Tehuantepec (sic)» con el cual los diputados Echevarri, Barbosa y Ortiz justificaban la creación de una entidad federativa independiente que abarcara los cantones de Tehuantepec, Oaxaca y Acayucan, Veracruz «por estar casi enteramente abandonado y despoblado».

La propuesta fue aceptada por el Congreso el 14 de octubre de 1823, pero el experimento duró sólo tres meses, pues una vez jurada el Acta Constitutiva de la Federación, los cantones volvieron a las entidades que habían pertenecido.

Zarauz menciona algunas rebeliones que retomaron la propuesta, tal es el caso de la protagonizada por Gregorio Meléndez con motivo del reconocimiento oficial que hiciera el gobierno del estado de Oaxaca al monopolio de las salinas que ejercía Francisco Javier Echeverría y de las haciendas marquesanas a favor de Juan José Guergé, quien llegó a ser nombrado, incluso, gobernador del Istmo en 1847.

Retomando una tesis de Víctor de la Cruz, Zarauz plantea que en el fondo estaba «el enfrentamiento del gobierno y los grupos del Valle de Oaxaca en contra de los indígenas del Istmo en su lucha por recuperar el control sobre sus recursos naturales». El autor sugiere que «todas estas rebeliones repetían el esquema de pugna entre el proyecto modernizador e integrador del nuevo estado nacional y las formas de subsistencia comunal istmeña». Este tema sigue vigente a propósito del llamado megaproyecto del Istmo.

En 1851, el propio Juárez se desplazó a combatir el movimiento secesionista de Che Gorio Melendre, el cual un año más tarde proclamó el Plan de Juchitán en apoyo al Plan de Jalisco, que buscaba el retorno de Santa Ana, exiliado en Colombia.

Al triunfo de Santa Ana, como premio para los istmeños que lo habían apoyado, restituye la Ley del 14 de octubre de 1823 y reinstala el territorio del Istmo con los distritos de Minatitlán y Tehuantepec, que estaban compuestos por seis partidos: Minatitlán, Acayucan y Huianguillo, en Veracruz, y Juchitán, Tehuantepec y Petapa, en Oaxaca. Melendre fue nombrado comandante militar en Tehuantepec.

Aunque esta separación dura un poco más que la anterior, después de la Revolución de Ayutla y ya en 1857, el Congreso de la Unión aprueba por 56 votos a favor y 23 en contra la desaparición del Territorio del Istmo.

Más adelante y con el correr del mismo siglo, se darían en territorio del Istmo oaxaqueño otras rebeliones: la de Albino Jiménez «Bino Gada» en 1870, la de Miguel Petriz en 1880, y la de Ignacio Nicolás en 1882. Estas rebeliones tuvieron su origen en el alza de impuestos y/o en demanda de respeto a la democracia local frente a la imposición política de las élites estatales.

Como consecuencia, se ha mantenido una disimulada aspiración a separarse del estado que aparece cíclicamente (al parecer, con un cierto consenso popular).

Así ocurrió nuevamente con la rebelión de Che Gómez en 1911, la que fue reprimida por el gobernador Benito Juárez Maza, hijo de don Benito.

Como sabemos, Che Gómez fue asesinado, pero la fatalidad

también siguió al gobernador Juárez Maza, quien meses después falleció, se dice que de muerte natural.

La causa del Che Gómez fue retomada por su hijo «Chechito» y el diputado Crisóforo Rivera Cabrera, quienes presentan un nuevo proyecto separatista al Congreso de la Unión en 1917 sin lograr el éxito que esperaban.

En 1919, como ya se mencionó en el Plan de San Vicente, Heliodoro Charis planteó la propuesta de crear un territorio federal, «por no llegar sus habitantes al número suficiente para erigirlo en estado». Charis abandonará su demanda al adherirse al Plan de Agua Prieta.

Nuevamente, la rebelión de los doctores Roque Robles y Valentín S. Carrasco en contra del gobernador Francisco López Cortés por conflictos agrarios e imposiciones políticas, replantea el asunto de la separación. Los médicos fracasan y mueren en mayo de 1931.

Como vemos, el tema ha estado ahí presente alentando ciertos regionalismos y rivalidades en la relación entre los Valles Centrales y el Istmo de Tehuantepec. Cabe destacar, sin embargo que López Cortés era del Istmo. En el fondo hay también una disputa entre élites políticas.

El conflicto entre juchitecos y tehuanos ha dificultado los consensos. Los microrregionalismos no han ayudado mucho. La idea de la separación tampoco ha sido muy apoyada por los istmeños veracruzanos. Al parecer éstos tienen mayor identidad con su entidad federativa.

El tema de la mujer y la política también es abordado al hacer Francie R. Chassen su tercera entrega sobre Juana C. Romero, la cual, a pesar de su liderazgo político, su «cacicazgo», como le llama la autora, no se libró de la mordacidad de sus detractores y adversarios, por su desempeño público, caricaturizado, minimizado o reducido a su relación amistosa con Porfirio Díaz. Cuestión de género parece decir la autora.

Para concluir, el tema del megaproyecto o «megaprograma del Istmo», como le llamó Carlos Ruiz Sacristán, Secretario de Comunicaciones y Transportes del gobierno de Ernesto Zedillo pasa lista de presente en este número.

Más de 72 paquetes de proyectos industriales, la instauración de un transporte multimodal de primera categoría, proyectos para la industria química y petroquímica, para la comercialización de petrolíferos, para la industria forestal, para las ramas industrial y mineral y para impulsar las comunicaciones, el desarrollo urbano y el turismo están a la espera.

Uno de los más relevantes, y del que supimos por notas periodísticas más o menos recientes, es el del Grupo Acerero del Norte que, con una inversión inicial de dos mil millones de dólares, espera explotar más de 220 millones de toneladas de hierro detectadas en la Sierra Sur. De ese tamaño son algunos proyectos. Quedan pendientes asuntos de orden cultural, ecológico, económico y político.

¿Hasta qué punto las comunidades que durante los dos últimos siglos han resistido los embates de la modernización están dispuestas a aceptar que se les sustraigan sus recursos sin ser directamente beneficiadas?, ¿hasta qué punto el desarrollo económico no afectará zonas claves en la regulación del clima y de la lluvia como los Chimalapas?, ¿hasta dónde la inmigración inminente afectará las culturas indígenas locales? Éstas son algunas de las interrogantes que nos despierta este tema que está en el tapete de la discusión nacional, estatal y regional.

El corredor Puebla-Panamá del que ha hablado Fox pasa por el Istmo o por los istmos y, obviamente, está articulado a esta discusión que dejamos en los aquí presentes para la reflexión.

Finalmente, una aclaración, la fotografía de la portada corresponde al río Tehuantepec y no al río Los Perros.

TUXTEPEC

«Aquí todavía hay muchos viejos que no conocen Oaxaca», me decía Rafael Jiménez de Sandoval, «Coco de oro», al tiempo que agregaba «Ahí tiene usted a la mamá de mi mujer, mejor ha ido a Veracruz, Puebla, México y no a la capital de su estado. Yo conocí Oaxaca en 1962. Nací en 1930».

Para mis adentros, pensaba que también para muchos oaxaqueños del Valle Tuxtepec resulta desconocido, y más lo fue antes de que don Rodolfo Brena Torres terminara la brecha que uniría finalmente las dos regiones. La pavimentación, como buena parte de la urbanización de Tuxtepec, corresponde a la obra del gobierno del ingeniero Bravo Ahuja.

En el pasado (ya construida la red ferroviaria en tiempos de Porfirio Díaz), el viaje de Tuxtepec hacia la capital del estado tomaba tres días. El tren se abordaba en la estación de La Esperanza (en Tuxtepec) para Papaloapan (en ese entonces conocido como El Hule); ahí se esperaba el tren que venía del Istmo para bajar en la estación de Tierra Blanca, donde se aguardaba el Ferrocarril Mexicano que se dirigía a Puebla y, ya en ese lugar, se tomaba el que tenía por destino la capital de Oaxaca. El viaje a lomo de bestia era una locura y, en el mejor de los casos, ocupaba hasta una semana. No cabe ninguna duda, después de estos datos, de que la construcción de la carretera constituyó uno de los acontecimientos históricos más relevantes en las relaciones entre Oaxaca y Tuxtepec, y, por tanto, en la ruptura del aislamiento geográfico mutuo.

En esta ocasión me había tomado apenas cinco horas en «la Pichirila», la vagoneta que me acompaña desde hace casi ocho años; ni lo estrecho ni lo sinuoso de la carretera dificultaba el viaje manejando

despacio. Ni siquiera los restos de nieve que a los lados encontré como residuos de la onda gélida que asoló durante los últimos días de enero.

Después de atravesar la Sierra Juárez, la entrada a Tuxtepec se hace por Valle Nacional, el enorme pasillo de la leyenda negra que rodea la historia de esta zona. A las orillas del camino, las fértiles tierras que otrora ocuparon las haciendas tabacaleras del porfiriato acerca de las que narra Kenneth Turner. Entre éstas, Tuna o Hendura de Nanche, la que sirvió de marco de referencia al autor de México Bárbaro para describir las condiciones de vida y trabajo de la mano de obra semiesclava a principios del siglo XX. Don José Niño, hijo de quien fuera uno de los enganchadores de las haciendas, me contaría después del trabajo de su padre, a quien alguna vez acompañó para traer reos desde las cárceles de Oaxaca; pagaban por ellos cierta cantidad de dinero, «luego de bajarlos en la estación del ferrocarril en Cuicatlán, los [traían] amarrados por toda la sierra. Unos pistoleros con sus enormes rifles nos acompañaron». En Ojitlán, Alberto Ortiz, con sus 88 años auestas, hijo del mismísimo Sebastián Ortiz, cabecilla del primer levantamiento armado maderista en Oaxaca, nos contaría hechos similares ocurridos en las cárceles de la región chinanteca y por las que, dijo, su padre se había levantado en armas. A Sebastián Ortiz, finalmente, después de ejercer su autoridad como jefe político de Tuxtepec, lo asesinaron en 1914, según don Alberto, por órdenes de Miguel Bolaños Cacho; según otras versiones, por el gobierno de la Soberanía.

A la vera del camino hacia Tuxtepec me acompaña, por tramos, el río Papaloapan; una vegetación exuberante da cuenta de la prodigalidad de estas tierras del trópico húmedo. Platanares, cañaverales, naranjos, limoneros, mangales y otra suerte de cultivos diversos, comerciales, se entreveran con los más tradicionales de la dieta campesina: maíz, frijol y chile. La ganadería extensiva deja ver, con todo y la lucha agraria del período cardenista y los movimientos campesinos más recientes, que la gran propiedad sigue vigente en esta región. A las viejas y enormes vegas de tabaco de españoles, árabes y cubanos le siguieron las haciendas de sus sucesores y después, incluso, la gran

propiedad de algunos generales revolucionarios como Juan Andrew Almazán, quien se hizo de 45 mil hectáreas de terreno, las cuales, por cierto, debía pagar en la misma cantidad de pesos y que, según se cuenta, nunca liquidó. Su rancho, Las Carolinas, era tan grande que lo usaba para practicar la cacería. Aunque una parte de estas tierras de Valle Nacional, Jacatepec, Chiltepec, son tierras ejidales ahora, existen todavía algunos latifundios disfrazados. «Los Casanova Balsas, dueños de La Trinidad, Luna de Nanche y otras fincas, como cinco mil hectáreas, tienen su latifundio a nombre de Juan Santos, Pedro Santos, etc. Los Santos están obligados a sembrar en esas tierras, quince hectáreas de tabaco cada uno y cada año. Es tabaco para La Prueba (la fábrica de cigarros y puros, también de su propiedad)».

Los pueblos ribereños de la cuenca del Papaloapan disfrutaban no sólo de la fertilidad de estas tierras sino de la belleza del río y sus afluentes. Ya cerca de Tuxtepec, 20 kilómetros de por medio, me detuve a contemplar el río desde un puente peatonal que une sus márgenes derecho e izquierdo. El agua es una esmeralda de verdor, las garzas, los gansos y otras aves vuelan al ras, otras juguetean en las orillas, los pececillos saltan o asoman la cabeza. El follaje espeso, el silencio (sólo interrumpido por los graznidos y los motores ocasionales de la carretera), el correr suave del agua, trasminan la calma de la naturaleza. Hoy, mejor aún, no hace mucho calor.

La deliciosa vista fluvial, sin embargo, se acaba a la altura de la antigua Sebastopol, cuyos terrenos son ahora ocupados por la Fábrica de Papel Tuxtepec, la cual arroja hacia el río todos sus desechos, contaminando el agua. La industrialización cobra su cuota de muerte y destrucción.

—Aquí ahora ya no hay robalo, roncador, lisa, bobo. En octubre, en la época del bobo, aquí se hacía un guisado con la hueva y que llamamos tapado. Ahora, por ejemplo, sólo en tres o cuatro casas de Tuxtepec se comió bobo; costaba hasta sesenta mil pesos un pescado, que antes se lanzaba uno al río con un arpón y lo tenía.

Pero no sólo la fauna del río se ha venido acabando, también la de la superficie terrestre y la volátil.

—Uno no podía caminar en Tuxtepec sin tropezar con mariposas

que se estrellaban en la cara. Había también mucho cerete (especie de conejo). Cuando yo era chico —me dice Coco de oro— íbamos a tirarles, con el charpe. El cerete y la mariposa forman parte del escudo emblemático de esta ciudad. Papaloapan viene de papalotl, «mariposa»; apam, «lugar».

La agroindustria de Tuxtepec, como en otros lugares del país y de América Latina, incorporó a los nuevos cultivos que le sirven de insumos productivos el paquete tecnológico de la revolución verde en el que resalta el uso indiscriminado de plaguicidas que, efectivamente, ofrecen cierto margen para defender la planta, pero que también son contaminantes de la misma y del ambiente en que se desarrolla. La llegada del Ingenio López Mateos a Tuxtepec significó la conversión del patrón de cultivos y la masificación de la producción cañera de la zona. La defensa de la planta trajo consigo la introducción de estos nuevos recursos tecnológicos: «los aviones están todo el día tirando insecticida y porquería y han acabado con todo». Obviamente, también con las mariposas.

Una fábrica reciente, la Cervecera del Trópico, faraónica como las otras por sus dimensiones y la cantidad de empleos que genera directa o indirectamente, también traerá, seguramente, repercusiones para la ecología de la región, no obstante, se dice, ésta ha instalado una planta de tratamiento de sus aguas residuales que devuelve al río líquidos purificados.

La fábrica de cerveza, «la más grande de América Latina», representa, hoy por hoy, el ejemplo más digno de la utopía industrial a la que aspira un sector de tuxtepecanos, quienes lamentan la salida anticipada de la gubernatura de su paisano Pedro Vásquez Colmenares, principal impulsor de lo que vendría a ser, o tal vez sea en el futuro, el parque industrial, para el que se dotaron de servicios de energía eléctrica, pavimentación, infraestructura, una buena porción de tierras tuxtepecanas ubicadas justamente cerca del río y próxima al ingenio, la papelería y la cervecera.

La industrialización de Tuxtepec quizá constituya parte de la explicación del rápido crecimiento que tuvo esta ciudad, particularmente en las últimas dos décadas, que subió de 17 mil 500 habitantes en

1970 a 130 mil en la actualidad, según se indica en el tablero que a un costado de la carretera anuncia la llegada a este lugar. «La verdad, sin embargo, es que no hay un censo riguroso. Algunos dicen que ya tiene 200 mil, otros que 150 mil. Yo creo que son 100 mil», me dice otro tuxtepecano renombrado. No parece ser, empero, la industrialización, ni la reforma agraria cardenista, ni el paso del tabaco al cultivo del plátano, ni el tránsito a la caña de azúcar, ni la más reciente introducción del hule, cultivos todos practicados en forma intensiva los que, en la mente de los tuxtepecanos, marquen cambios definitivos en la historia (aunque no dejan de reconocerlos como hechos importantes); el verdadero parteaguas, al menos para los viejos tuxtepecanos, está en la inundación de 1944 que destruyó buena parte de la ciudad.

Sobre la inundación del 44 ha corrido seguramente mucha tinta en Tuxtepec, se recuerdan de ella la destrucción de casas y vidas; la ruina económica de muchos; la visita del presidente Ávila Camacho —a quien, por cierto, Tuxtepec no apoyaba su candidatura para la presidencia, era la región de Almazán, el célebre general dueño de las 45 mil hectáreas de Las Carolinas, repartidas después a los campesinos—; los apoyos del gobernador de Puebla don Rómulo O’Farril, el inicio de la construcción de la presa Temazcal en tierras chinantecas, como las que hoy ocuparán también las aguas de la presa Cerro de Oro; en fin, tantos sucesos que se derivaron luego de la catástrofe, cuyo panorama desolador es descrito con maestría por Manuel Castillo Estrada en un texto citado en el libro: *Tuxtepec: historias y anécdotas*, de Rafael Jiménez de Sandoval y quien hiciera el favor de obsequiármelo en esta visita. Dice así Manuel Castillo Estrada:

Los días 23, 24 y 25 de septiembre de 1944, hogares risueños y felices son barridos como plumas por la impetuosa corriente, dejando en su lugar, sólo una huella dolorosa de su precipitado paso. Tres noches angustiosas e intranquilas vivió la población. Los que a tiempo buscaron un segundo refugio salvaron sus preciadas vidas; los que tardaron un minuto fueron arrastrados por las turbulentas aguas; perdiéndose sus gritos de angustia y de terror en medio de la negra y tormentosa noche.

Las fervientes oraciones que salen de los temblorosos labios de hombres

y mujeres, de ancianos y niños, se elevan hasta el supremo hacedor como un consuelo de los que sufren e imploran perdón de sus culpas. Nos enloquece una macabra sinfonía, en la que se confunden el ulular del viento, el golpe arrollador del torrente, el sonido de la incesante lluvia, los ayes lastimeros de pobres gentes, heridas de muerte que son devoradas por las aguas, y el llanto de los niños, que pálidos y medrosos, con sus ropitas empapadas, apenas si tienen fuerzas para pedir alimentos.

Las aguas suben aún de nivel. Resignados y tristes, esperamos la muerte que parece inevitable.

Mientras tanto en cada hogar se produce un drama. Todos luchan por salvar a sus pequeños, a sus esposas, a sus padres. Se presencian verdaderos actos de heroísmo que llenarían muchas páginas. Héroe anónimo que calladamente y sin ostentación salvaron muchas vidas, con inminente peligro de perder las suyas. Hubo dos personas que en frágiles chalupas rescataron de la muerte a familias enteras, luchando a brazo partido con el torrente hasta llevarlos a lugares relativamente seguros. Varios niños vieron la luz primera en esos terribles días. Ojalá que no lleven para toda su vida, la tragedia que los vio nacer.

Las aguas bajaron con desesperante lentitud. El espectáculo que se le presentó a la población después de la avenida fue desconsolador y triste. El corazón se oprime y los ojos se llenan de lágrimas. Tuxtepec casi ha desaparecido. De lo que fuera una floreciente ciudad llena de arrullos y de canciones, de guitarra y marimbas, sólo quedan cieno y ruinas.

Luto y desolación en los corazones. Llanto en los ojos y en el alma la tristeza infinita de los vencidos.

Una laxitud horrible invade al pueblo. La mente resulta impotente para resolver la desesperada situación en la que han quedado; sin hogares los más, y afortunadamente los menos, sin algún ser querido.

Un espantoso silencio de tragedia llena la población. Sus moradores se mueven como autómatas sin decir palabra; no es posible que las digan. Sus mentes desorganizadas no saben qué pensar. Algunos parecen como si todavía no despertaran de un terrible sueño, y contemplan absortos y desilusionados el lugar vacío que ocupaba apenas su venturoso hogar. Otros, desesperados buscan sin encontrarlo, alimentos para

sus pequeños, que allá en la calle o en el desolado solar, se guarnecen hambrientos Y ateridos, bajo las protectoras ramas de un árbol solitario que resistió los embates de las aguas.

Vinieron entonces los auxilios, la Cruz Roja, la formación del Comité de Emergencia, la creación de la Comisión del Papaloapan, la Presa Miguel Alemán, etc., y Tuxtepec resurgió de entre los escombros. El panorama urbano cambió, dejaron de verse a lo largo de las calles 5 de Mayo, Independencia y otras del centro de la población las construcciones de palma de dos aguas, los techos de teja, las casas de madera, para dar paso a la mampostería, a la cultura del ladrillo, la varilla y el cemento. De hecho, la historia de Tuxtepec, como la de otros pueblos, es la misma y a la vez distinta, particularmente después de cada catástrofe, sea ésta natural, económica o política. Para Tuxtepec éstas han sido de diversa índole y magnitud. La catástrofe de la Conquista fue la primera que puso en peligro su identidad al estar en riesgo su posesión territorial frente al amago del conquistador, de este suceso vienen los primeros testimonios, por ahora, de la existencia de este lugar. Se trata de la Composición y los títulos que amparan las tierras comunales de este lugar y que, según don Luis Lavalle Ávila, fundador del semanario Acción, existen en el Archivo General de la Nación (en el volumen número 1153, expediente 40, de la foja 28 a la 37 del ramo de Tierras) y que, en todo caso, muestran la antigüedad del poblado y la existencia de una población originaria de raíces indígenas, como se puede desprender del siguiente texto:

...los dichos naturales del pueblo de San Juan Tustepeque en continuación de su información presentaron por testigo a un hombre que mediante dicho Ynterprete dijo ser indio principal y natural del pueblo de San Juan Tustepeque que una de las tres cabezeras de esta jurisdicción de Usila y llamarse Pedro Pérez del cual recibí juramento en todo y según derecho de Dios nuestro Señor y la Señal de la Santa Cruz so cargo del cual prometió decir verdad y siendo preguntado por vos del dicho Baltazar Martínez, Ynterprete de mi juzgado al tenor de estos autos. Dijo que el pueblo de San Juan Tustepeque es una de las tres cabezeras de

esta jurisdicción que es el solo y con poca gente que no tiene ni ha tenido otros pueblos sujetos a el y que en todas sus siembras sino donde les es más conveniente, si que todas son umedas calientes y fecundas y que se dan en ellas buenos frutos en todas las cuales no hay ganado ni mayores ni menores, ni crías ni bestias caballares ni mulares, ni estancias, ni confradias ni ermandades de otras cosas de las que se le pregunten ni otras gentes que los Yndios que tienen su dicho pueblo que no llegan oy a treinta tributarios...

En qué momento los indígenas perdieron estas tierras, no resulta fácil saberlo ahora, pero lo cierto es que durante el porfiriato las encontramos en manos de grandes propietarios y dedicadas no precisamente para el consumo de sus antiguos poseedores, sino al enriquecimiento del sector agroexportador, primero de la producción del tabaco y luego a la del plátano, que tuvo auge entre 1924 y 1938. De este último período queda, como testimonio de la bonanza bananera, la conocida Casa Verde que perteneciera a la United Fruit, una de las tres grandes empresas exportadoras, entre las que también estaban la Oyamel Fruit Company y la Standar Fruit Company. La Casa Verde, después del éxodo de las compañías bananeras provocado por el agrarismo de finales de los treinta, pasó a ser propiedad del español Manuel Fernández y luego, como hasta la fecha, de don Víctor Bravo Ahuja. Del «oro verde», como se le llegó a llamar al plátano en aquellos años de auge y prosperidad económica en Tuxtepec, quedan viejos aunque no siempre gratos recuerdos. Las gentes, se dice, ganaban hasta un peso cincuenta centavos por día en el corte; los estibadores y cortadores usaban finas camisas de seda, pero con la liquidez monetaria campeaba también la prostitución y el vicio. A la inauguración del ramal del ferrocarril que conectaba a Sebastopol con Tuxtepec acudieron no sólo el gobernador del estado, sino el conocido embajador norteamericano Dwight Morrow. Tuxtepec vivía entonces una borrachera sin fin; al respecto, dice don Sixto García Loyo, actual director del semanario Acción: «se pensaba que aquello nunca iba a acabar».

El ocaso de la época del «oro verde» coincidiría también, a fines de los 30, con la intranquilidad y la zozobra provocada por el

enfrentamiento político entre don Pancho Moreno y don Miguel Ortiz. El primero, proveniente de la ciudad de Oaxaca como recaudador de rentas y amigo cercano del gobernador Francisco López Cortés (Chico López); el segundo, originario de Ojitlán, hijo de Sebastián Ortiz, el revolucionario maderista que hemos citado antes, nombrado también recaudador de rentas y amigo cercano del general Vicente González y de Constantino Chapital, estos últimos, gobernadores de la entidad entre 1936 y 1944:

—La gente no podía caminar después de las siete de la noche, se arriesgaba uno a que lo agarraran los pistoleros de uno u otro bando. Fue una época de muchos asesinatos. En esa época mataron a Roberto Colorado, el líder agrarista que peleó por la creación del ejido de Tuxtepec.

El cacicazgo de don Pancho Moreno, padre de los Moreno Sada del Tuxtepec actual, se construyó, se dice, con la compra anticipada de los impuestos del gobierno del estado, los “Cetes” de entonces. «Don Pacho le daba al gobierno 200 mil pesos adelantados y aquél le daba manos libres para cobrar los impuestos con sus pistoleros». Don Pacho así creó una inmensa fortuna y se convirtió en el hombre fuerte, nada se hacía en Tuxtepec si antes no se le consultaba. Hasta que, con otro gobernador, Constantino Chapital, llegó un nuevo recaudador, don Miguel Ortiz.

—Miguel no estaba de acuerdo con las arbitrariedades de don Pancho y quiso ponerle un hasta aquí —me dicen los parientes de Miguel Ortiz en Ojitlán—. Miguel fue un hombre muy preparado, estudió en el Instituto en Oaxaca, fue presidente municipal, diputado.

Los partidarios de don Pancho, por su parte, lo calificaban como el cacique de Ojitlán. Se cuenta que esta disputa fue zanjada finalmente alrededor de 1940, en una reunión privada con funcionarios del gobierno oaxaqueño realizada en tierras veracruzanas y en la que don Pancho aceptó retirarse momentáneamente.

Otras familias poderosas en la región han sido las de los Bravo y los Ahuja, que dieron origen a la familia de don Víctor, cuyo hermano, Rodrigo, fue sepultado el lunes 1o de febrero mientras me encontraba en Tuxtepec.

—Se lo habían llevado muy grave en una avioneta, pero no alcanzó a llegar, se les murió en el camino —me comentaron.

Don Víctor y sus hermanos son hijos de Rodrigo Bravo Monsalve y Carmen Ahuja Beauregard. Han sido familias importantes también desde el punto de vista económico y político los Prats, Cué Morín, Bravo Loyo, Ahuja Beauregard, Trejo Cruz, Cruz Beauregard, Pedro Ocampo, Sacre Ebrahim.

Aprovechando el camino hacia Ojitlán, no quise dejar de visitar las obras de lo que vendrá a ser la gigantesca presa Cerro de Oro, sobre la que tanto se habla. Que si los chinantecos no aceptan ser reacomodados; que si la obra lleva ya tres sexenios y no se termina; que si las tierras de reacomodo en el estado de Veracruz son pantanosas y por ello los ojitecos no quieren irse; que si las tierras que abandonan, 22 mil hectáreas, son de primera; que si de 18 mil indígenas tendrán que salir más de 12 mil; que si se pudo mejor hacer un tapón más arriba de donde se construirá la presa para no afectar tanto a la población oaxaqueña y poner en riesgos mayores en el futuro a la población de Tuxtepec de reventarse la cortina de la misma; que si los que se van a beneficiar en realidad son los terratenientes veracruzanos y algunos oaxaqueños que tienen tierras tanto en uno como en otro estado, en fin, preguntas y más preguntas frente a las que no fue posible encontrar respuestas definitivas, pero que sin duda tienen que ver con un acontecimiento que dejará huellas indelebles en el futuro de la región, de una región que como decía, para muchos de los «vallistas», como nos llaman a los originarios de los Valles Centrales, nos es desconocida y sobre la que caben unas palabras finales. Volvamos aquí con don Rafael Ximénez de Sandoval, a quien le pregunté sobre la desintegración cultural y regional del estado de Oaxaca:

—Estamos desintegrados porque ustedes nos tienen desintegrados —dice enfático, y agrega—, vamos a Veracruz, nos dicen oaxacos; vamos a Oaxaca, nos dicen jarochos. ¡Bueno, no tenemos ni padre ni madre!

El popular «Coco de oro» se acomoda en su sillón y reflexiona:

—Sí, sí somos jarochos, pero jarochos oaxaqueños. Somos jarochos porque estamos en la región del Sotavento y los jarochos no son

los veracruzanos, sino los nacidos en esta región. En la Guelaguetza debía bailarse jarocho y no esa danza de la piña que fue inventada por doña Paulina Solís. La danza de la piña no es de aquí. El traje antiguo de Tuxtepec es la enagua blanca de la jarochoa.

Mientras don Rafael me habla, recuerdo que el traje de la danza de la piña es el mismo que usan en Ojitlán. Y cabe aclarar que así como los istmeños se distinguen entre sí como tehuanos, juchitecos, etc., así los nativos de esta región se diferencian entre sí a partir de su municipio de origen y en este sentido, una cosa es Valle Nacional, otra Loma Bonita y otra Tuxtepec, que por tradición y poder ha sido el centro administrativo, económico y político más importante en las últimas décadas; aunque no así en el pasado más lejano, en el que lo fue la población de Ojitlán. Al escuchar a ojitecos y tuxtepecanos hablar unos de otros, no deja de sentirse cierta rivalidad entre ellos como también ocurre en el Istmo.

—Nosotros qué culpa tenemos de que nos guste el pinte (tamal de pescado, sin masa, cocido al vapor y envuelto en hoja de acuyo o hierba santa y luego en hoja de plátano). Qué culpa tenemos de que nos guste la cocada, el rompopo, el popo (una especie de chocolate del que se toma sólo la espuma). Qué culpa tenemos de que nos guste el baile de tapanco, el zapateado —concluye «Coco de oro».

Febrero de 1988

CHACAHUA

La primera parada la hicimos en Chila, ubicada apenas a 15 kilómetros de Puerto Escondido. Tulipanes, palmas elegantes, copas de oro, crotos blancos y anaranjados, en suma, vegetación tropical variada en flores y plantas de gran follaje y mucho colorido. Ahí Venancio nos recibió en su fonda, un costeño de baja estatura, la frente ancha, el pelo relamido y el andar inquieto. El pantalón holgado, la camisa de fuera y sus guaraches como exigencias del calor del trópico. De ostensibles facciones indígenas y labio temblorino, Venancio, como muchos, como todos quizá, es un personaje cuando nos adentramos en su mundo interno. Bohemio, dicharachero, artista popular, filósofo y mitómano tal vez; explica el simbolismo de los objetos que penden de una larga viga: guajes, delfines, bules, estropajos entrelazados semejando una pareja fornicando, pájaros hechos de ramas y plumas, y barcos fantasmales extraídos de troncos de árbol; todos con colores llamativos, predominando el verde y el rosa mexicano. En el ambiente bullen las voces simultáneas de Los Panchos, Los Dandys y Los Tres Ases, mientras empiezan a circular las cervezas, que, según dicen, al mediodía Venancio, ya instalado en la bohemia, consume con toda su familia a costa de sus clientes.

Después del desayuno en la fonda Venancio y su Malú, el viaje continúa hasta Río Grande. Ahí los minutos contados para proveerse de lo necesario se alargan porque, para variar, a uno de los pasajeros se le ocurre recorrer todo el pueblo en busca de un rollo para su cámara fotográfica, afortunadamente, más adelante, la voz de Pedro Infante en el tocacintas del autobús nos vuelve a la calma que el intenso calor y la espera nos habían hecho perder: «Pasastes a mi lado/con gran indiferencia/tus ojos ni siquiera/voltaron hacia mí/te vi sin que

me vieras/te hablé sin que me oyeras/y toda mi amargura se ahogó dentro de mí».

En el trayecto, a los costados de la carretera, nos ven pasar los papayales, las huertas de limón, el ganado bovino que abunda en esta zona, las plantas de cacahuete. Dos árboles amorosos, de cuyas ramas como gruesos brazos con el puño en alto, se levantan unas palmeras; malformación natural, accidente o propósito deliberado, no dejan de ser curiosos estos dos grandes árboles gemelos que entrelazan sus ramas como en un abrazo.

El chofer, y guía a la vez, se afana por servir al cliente y cuenta las leyendas de El Cerro de la Vieja y El gallo encantado, pero su convicción es tan poco profunda, su lenguaje tan parco y su emoción tan pequeña que no alcanza a arrancar ninguna exclamación de asombro de los pasajeros. Después me enteraré que Carlos, como se llama nuestro conductor, no es nativo de esta región, sino de Miahuatlán y que, por tanto, a él como a nosotros, estas leyendas le llegan de oídos, no las mamó desde la infancia para alimentar su fe y enraizar en su credo el entusiasmo.

Finalmente, y después de una breve parada en la Laguna de Manaltepec, llegamos a Zapotalito, en donde abordamos una lancha que nos dará el recorrido por la Laguna de Chacahua.

Surcando las aguas, con la estela siempre atrás de la lancha, vamos alejándonos de la Isla de la Culebra, «donde no hay culebras»; y la del Venado, «donde no hay venado», y luego llegamos a la Isla de las Garzas, «donde ahora sí hay garzas» y no sólo eso, sino vistosos zacuaros, patos y tjerillas (que son unos pájaros negros con cola en forma de tijera). Las aves se desplazan por la laguna casi al ras del agua, dan la impresión de ir sostenidas por un hilo invisible, como si fuera una plomada horizontal. Al elevar su vuelo, inevitablemente nos dan esa sensación de libertad que asociamos con las alas que no tenemos. En parejas, las aves recuerdan el amor.

Por la tarde, y en medio de una quietud inconmensurable, sólo rota por el ronroneo de la lancha y los graznidos de los pájaros, la laguna refleja, como en un espejo, el azul intenso del cielo, el blanco de las nubes y el verde de las montañas. Las imágenes así se duplican

con la tranquilidad del alba, cuando, contemplativa, se solaza en el milagro de la naturaleza.

Finalmente llegamos a Chacahua, poblado ubicado cerca de la barra que une a la laguna del mismo nombre con el océano Pacífico. Chacahua básicamente está formada por una población de negros, y en su suelo abundan la palma, el bejuco, los almendros, los nanches y las flores. El color verde del follaje se encuentra con el azul intenso del mar y del cielo, el amarillo camello de la playa, las palmas secas de sus techos y el carrizo de paredes y puertas.

Lugar pintoresco en donde la naturaleza y la cultura se entrecruzan con la arquitectura, el vestido, el alimento. Donde el pescado, la sandía, el coco, el maíz, forman parte de la mesa, el aseo personal y la vida diaria.

La civilización también llegó con la lancha de motor, vehículo indispensable en las culturas lacustres del México de hoy, fundamental no sólo para el tránsito de pasaje, víveres y herramientas, sino también para transportar la cerveza que no puede faltar, la cual desplazó al pulque de coyu, que, en esta zona, había dado origen a una industria etílica artesanal que no pudo seguir compitiendo con la producción industrial de vinos y licores, aquella industria prácticamente ha muerto.

Caminando por sus calles o veredas resulta inevitable el contraste de un entorno ecológico pródigo en su tierra y en sus frutos con una población de niños ventrudos por la parasitosis, y puercos revolcándose en lodazales sin control. Las moscas, paradas sobre el pescado seco oreado tendido sobre las cercas, también asolan la salud pública de estos negros fornidos y de mirada entre perdida y nostálgica. Chacahua, un pedacito de África en la costa oaxaqueña.

1986

II. DEAMBULANDO POR EL PAÍS



El malecón

Como en otros puertos, el malecón constituye un polo de atracción. Los domingos por la tarde, las parejas se dan cita en este lugar. Los turistas husmean en las rústicas tiendas de artesanías. Pescadores aficionados lanzan sus anzuelos sentados a la orilla. Los viejos platican en las bancas refrescándose con la brisa. El faro Venustiano Carranza, que data de las primeras décadas de este siglo, es mudo testigo del acontecer cotidiano. Al frente de éste, la enorme estatua del Primer Jefe, que le ha dado su nombre.

Al norte del malecón, por la noche, luce espléndido el castillo de San Juan de Ulúa, color de sal renegrida durante el día. Como el Baluarte Santiago, el castillo fue fortificación indispensable en tiempos de acoso marítimo.

Fundada en abril 22 de 1519 por Hernán Cortés, Veracruz ha sido lugar clave en la historia del país. Leonardo Pasquel ha dicho de ésta:

...Primera ciudad europea surgida en América del Norte

cuna del Ayuntamiento

garganta de la cultura occidental

puerta mayor de nuestra historia

abuela marítima de la nación

afán de corsarios y piratas

crucero de rutas oceánicas y de caminos que flanquean el Citlaltépetl...

No es extraño un cierto parecido entre Veracruz y Cartagena, en Colombia. De ambas ciudades partía el oro de tierras conquistadas por los españoles. Fuertemente fortificadas, aunque un poco menos Veracruz que aquel puerto colombiano que en la Colonia estuvo práctica-

mente cerrado en todo su perímetro por enormes y gruesos muros que dan cuenta de las dimensiones de los amagos de ladrones ingleses y holandeses.

San Juan de Ulúa, hay que decirlo, constituyó el último refugio armado español hasta el momento de su expulsión en 1825. Veracruz conocería después otras invasiones extranjeras. En 1838, los franceses; en 1847, los americanos; en 1862, nuevamente los anglos y, después, otra vez los americanos en 1914. San Juan de Ulúa testificó todas ellas. Como el palacio negro de Lecumberri en el DF, San Juan de Ulúa también conoció historias truculentas de mazmorras y castigos para adversarios opositoristas a don Porfirio durante los años de su mandato. Allí estarían encarcelados, por ejemplo, los oaxaqueños Gaspar Allende, Plutarco Gallegos y Manuel Aguilar Maraver, después del levantamiento magonista de 1906.

Desde el malecón puede verse también el faro de la Isla de Sacrificios, esta última por ahora cerrada a los visitantes que se privan así de conocer sus restos arqueológicos.

Caminar por el malecón y la costera Manuel Ávila Camacho resulta siempre interesante. Barcos pesqueros, El compa, Escama XX, Amarrador IV; lanchas pequeñas de pescadores ribereños, el buque escuela de la Marina que lleva el nombre de aquel comodoro al que se le atribuye la frase de «a las armas muchachos, la patria está en peligro», Manuel Azueta, fallecido durante la invasión americana de 1914.

Al llegar al club de yates, me topo con una multitud que observa la filmación de la película mexicana *El regreso de la muerte*. Cámaras, reflectores, maquillaje, actores en escena, guaruras a la entrada.

Más adelante, el club Villamar con su pista de baile: «Háganle una rueda a Juana». Cumbias, salsas, merengues, ritmos afroantillanos en los que los veracruzanos son especialistas. Música alimentada por la sangre y la cultura negra que aquí se hizo ostensible desde la Colonia. Ya para 1810, la población afroestiza se estimaba en 600 mil pobladores en toda la provincia. El fandango, el son, el huapango y hasta la polka más al norte, dan cuenta de la musicalidad de este estado de 780 kilómetros de largo que, a fuerza de distancias tan lejanas,

resulta obligadamente versátil no sólo en sus ritmos y tonadas, sino en sus platillos y costumbres. Pámpanos empapelados, pescado a la veracruzana, bocoles de la huasteca, tamales gigantes de 10 y 15 kilos cocidos como la barbacoa, fritangas diversas: “gordas”, “negras”, “blancas”, “picadas”. Cocina indígena, negra, española. De los dulces, ni hablar, empanadas de guayaba de Tlacotalpan, marquezote, conservas de La Mixtequilla, dulces de panela, coco, hoyo, piña y otras frutas cristalizadas.

A todas horas al malecón concurren deportistas amateurs o no, pululan en los corredores en shorts, algunos, como si no fuera suficiente con el calor que hace aquí, todavía se atreven a usar pants y sudaderas. Los viejos caminan dando largos pasos, sin correr.

En el otro extremo del malecón, pasando la estatua del «Flaco de oro» Agustín Lara, se avizora el nuevo Veracruz, el “Costa de Oro”, con sus hoteles de cinco estrellas, Torremar, Playa Paraíso, su moderno y lujoso centro de convenciones Expo-Ver, las grandes cadenas comerciales que se desparraman por el país en la disputa con los capitales locales, como los Chedraui de aquí, por el mercado de las clases medias y altas de los centros urbanos más importantes. Plaza Mocambo con su Salinas y Rocha, Comercial Mexicana y otras.

Parque Ciriaco Vázquez

Las bancas rodean el parque, sombreadas casi todas por menudos pero exuberantes almendros. Un alivio en medio de este calor de 38 grados de primavera. Son las tres de la tarde. Hora límite. Los rostros de los peatones lucen fatigados. Las sonrisas parecen convertirse en rictus.

En los jardines del parque hay geranios, pasto muy bien cortado, palmeras a cuyos pies se tienden las parejas. Se acomodan en líneas paralelas o se recargan ellos en las piernas de ellas. En la esquina del parque, el vendedor de mangos duerme sentado en un huacal, el tórax al frente, sobre la tabla que exhibe la mercancía.

En el aire, los zanates revolotean. Lanzan graznidos al posarse en las ramas de los árboles. Unas mujeres pasan con sus abanicos en la

mano. Se soplan la cara tratando de ahuyentar el calor. Son las tres de la tarde. Hora de sensaciones límite en Veracruz.

Plaza central

—Una cerveza —le digo al mesero.

—¿Una? —me pregunta sonriendo bromista. Creo que mi deshidratación es elocuente después de haber caminado un buen rato.

—Bueno, una antes de la otra —añade.

Los bares para mitigar la sed en la plaza central no faltan: El Palacio, La Barca, Las Palmetas, Florida, Tasca Colonial, El Regis; si se quiere comer además, El Prendez es buen lugar.

Desde estos bares ubicados en los portales pueden contemplarse la torre y la cúpula de la catedral, pintada en rosa y blanco; los jardines; la explanada en que, con frecuencia, los veracruzanos bailan danzón al aire libre; una borbotante fuente en medio que sustituye al kiosco; las bancas de fierro que he visto en otros tantos lugares; y los faroles sostenidos por esos alados y míticos seres producidos industrialmente durante el porfiriato para ornamentar los puertos; el acacahuatado palacio municipal y sus mil placas, «Al primer Ayuntamiento de México», «A la capital provisional de la República». Una de las inscripciones que llama la atención es el reconocimiento a sus mujeres célebres, Elena y del Toro, Luz María Nava, Josefina del Río, Mercedes M. de Grandes, América Kayse.

—¡La hueva!, ¡la hueva!, ¡el caviar de los humildes! —Pasa entre las mesas pregonando un vendedor que enseña a los parroquianos una charola de madera y, en ella, algo parecido al pan de centeno. Si alguien voltea a mirarlo le ofrece un pedazo de prueba. Mientras coloca su charola en las mesas y corta el “pan”, su ayudante pasa el limón y la sal que le adereza. Una venta y sigue el pregón: «¡La hueva!, ¡la hueva!, ¡el caviar de los humildes!». Después vendrán el camaronero vestido de marinero, el chiclero “rengo” que te agita su caja en la cara, la cigarrera de minifalda que es acosada, cada vez que pasa, por el mesero de saco blanco, moño negro e imagen hollywoodense.

...Mamá yo quiero saber
De dónde son los cantantes
Serán de La Habana
Serán de Santiago...

Un par de mulatos y un mestizo interpretan El son de la loma. Guitarras, maracas, el combo. Camisas floreadas con fondo azul marino y pantalón blanco, como los zapatos que calzan. Después será la marimba, los soneros de la Cuenca del Papaloapan, el cuarteto tropical. Desfile de ritmos y vestimentas sin fin, estamos en Veracruz.

Edificios

Las plazas de la República y la Concordia, ambas contiguas, son pródigas en edificios históricos. En su derredor pueden verse las viejas instalaciones de Correos, la Aduana Marítima, Telégrafos, el Registro Civil, el faro Benito Juárez, del Ferrocarril y otros.

La mayoría fueron construidos en el porfiriato. Su apariencia arquitectónica es similar. Entre los constructores estuvo don Salvador Echegaray, quien hizo los edificios de Correos y Telégrafos. Ahora están sostenidos por pilotes provisionales de madera en su interior y resguardados, cada uno de ellos, por dos leones dorados que, junto con las columnas jónicas, dan una idea de las influencias grecorromanas que también se observan en el Registro Civil, bellamente reconstruido en 1972.

Rompe con la armonía arquitectónica de la plaza el moderno cajón de acero, concreto y cristales de Servicios Portuarios, que vino a reemplazar al de la Aduana. Muy deteriorado, el edificio que ahora ocupa el hotel Rex del que sólo se salva, por su mejor estado, la mosaiquería al estilo Samborns, con escenas típicas del siglo XIX. El faro Benito Juárez, ahora en desuso, fue nombrado así a partir de 1872, probablemente en memoria del indio de Guelatao que falleció ese mismo año.

Sobre la Plaza de la Concordia, un puente enorme permite a vehículos y personas cruzar las instalaciones del ferrocarril; la

construcción de este último data de 1873. El edificio en rosa y granito, decorado con mosaicos azules y detalles arabescos en el frontil, fue reconstruido en 1947, cuando era director de Ferrocarriles Nacionales el oaxaqueño Manuel R. Palacios. En el interior, una enorme sala de espera, bancas largas de madera, sensación desolada, es domingo y hay poco movimiento. Saliendo del edificio, a poca distancia, la entrada a los muelles que también están prácticamente vacíos. Sólo la llegada de un barco escuela de la Secretaría de Comunicaciones y Transportes con cadetes de la Marina le imprime cierto dinamismo. Estudian para pilotos náuticos. Gallardos, los jóvenes van bajando del barco en el que han pasado 17 días desde que salieron con destino a Río de Janeiro, Brasil. Los esperan familiares, las novias, los amigos. Caminan entre tubos de acero que serán transportados a Salina Cruz, rollos de alambre de Venezuela, contenedores propiedad de la cervecería Mochizuma. No vemos hoy a los maniobristas, carretilleros, cargadores, amarradores de barcos, estibadores, checadores del puerto, quienes, por cierto, unos días antes habían sido apremiados a modernizarse por el presidente Salinas. Corrupción y burocratismo son dos problemas añejos. Los días posteriores a nuestra visita fueron particularmente álgidos en la vida de los muelles. Sobre ellos, la requisita.

La Parroquia

En una superficie de apenas 10 por 15 metros, casi contra esquina del parque central, se levanta el Café La Parroquia, del que se dice «quien no lo visita, no conoció Veracruz». El café se encuentra en la calle que en el siglo XIX llevaba el mismo nombre, Parroquia; hoy es Independencia. Cabe hacer notar que muchas de las calles de Veracruz tienen las placas que dan cuenta de su denominación decimonónica.

Famoso por su café y la concurrencia que concita artistas, políticos, empresarios, ganaderos, turistas, La Parroquia es un sitio obligado para el visitante. Muros enmosaicados de blanco, abundantes ventiladores de techo, las mesas y sillas apretaditas, los meseros de postín, sacos blancos rigurosos y moño negro.

—¿Café señor?—

—Sí, con leche.

—¿Pan?

—Por favor.

El mesero regresa con un vaso de cristal con un poco de café

—Ahorita le traen la leche.

Segundos después, el “repartidor”, llega con dos recipientes en la mano.

—¿Leche?

—Sí.

Toma su distancia y a cuarenta o cincuenta centímetros tuerce la muñeca y del recipiente salta un chisguete que da justo en el centro del vaso, llenándolo luego a plenitud. Apenas salgo de la sorpresa por tamaña precisión cuando ya está en otra mesa sirviendo.

Al salir, la belleza de la Machina me atrapa. Luce espléndida, sus tonos niquelados con remates ornamentales dorados. En la parte superior, dos toros en actitud de ascender, posición parecida al relincho de un caballo. Un par de alas por encima de cada uno de ellos que involuntariamente me recuerdan al mítico Pegaso. Al centro, los detalles que identifican la enorme cafetera: «La Tormo Express», los datos de su fabricante y el lugar del que es originaria: «Mattei Bartolini, Torino, Italia». Su operador, ya viejo y encanecido, mueve aún con destreza las palancas que ascienden y descienden vertiendo café. Le pregunto sobre la Machina.

—No sé exactamente —me dice con amabilidad sin dejar de maniobrar—, pero aquí dicen que tiene 110 años funcionando.

Poco después, el Café La Parroquia entraría en un largo litigio entre sus propietarios.

MANZANILLO

Al antiguo boulevard de la Costa del Pacífico, los colimotes le han dado un nuevo nombre: Miguel de la Madrid. Pa'qué sirve ser presidente pues, si no pa'darle nombre a las calles. Pocos, sin embargo, se lo han dado a las "costeras". Ahora Don Miguel comparte el honor con su tocayo Alemán, quien se la dio a la costera de Acapulco. Sin la ostentación y magnificencia de esta última, la de Manzanillo también tiene lo suyo. El Club Maeva, con sus tonos azul y blanco, su alberca gigantesca, caballerizas. Las Hadas, con su presencia morisca, su campo de golf y la playa privada rodeada de acantilados. Ambas son sus cartas fuertes. Pero también están, para no quedarse atrás, el Fiesta Americana, de la cadena internacional del mismo nombre, el nuevo Pacífico Azul, con sus tonos rosas y el conjunto de siete hoteles: Las Brisas. Todos ellos con habitaciones de lujo y vista a la bahía.

Restaurantes, discotecas, negocios de todo tipo y el nuevo centro comercial definen el perfil del Manzanillo turístico, cuyos límites llegan justamente hasta donde el viejo Manzanillo, el del puerto que le había precedido.

Siguiendo por la costera y justamente a la altura de las primeras instalaciones portuarias, pero del otro lado, una laguna pequeña. De las ramas que emergen del fondo del agua se sostienen los patos que aquí se conocen como «buzos» por su capacidad y destreza para la inmersión en busca del alimento. Aún pueden verse, también, los blancos pelícanos australianos, que en busca de mejor clima, emigran a costas del Pacífico. Aguanieves, gaviotas y otras aves conforman el panorama.

El puerto, que durante larguísimo tiempo constituyó la principal actividad en la «Ensenada del Manzanillo», como se le conocía en el siglo pasado, o «La Manzanilla», así llamada en el siglo XVIII, vivió en su desarrollo, como es de suponerse, diversas etapas. Primero sólo se aprovechó la circunstancia natural que la bahía ofrecía. Los estibadores tenían que adentrarse en el mar para el desembarco de las mercancías. En el siglo XIX, las recomendaciones de los planificadores apuntaban a la construcción de un puerto “moderno”, que pusiera la mirada en el futuro. Tocó a don Porfirio desarrollar un sistema más eficiente y dinámico. Con todo, el movimiento portuario apenas llegaba a cuatro o cinco barcos al mes.

Pero, sin duda, las nuevas obras del sexenio del entonces hijo predilecto de Colima, Miguel de la Madrid, le dieron un impulso definitivo. Hoy la actividad de carga y descarga es superior a la que se observa en Salina Cruz y muy cercana quizás a la de Veracruz. Grúas enormes, las grandes cajas de los contenedores apilados o trasladándose de un lado a otro por vigorosos remolques, los estibadores en masa, los «gusanos» del ferrocarril con sus vagones uno detrás del otro, los barcos cargueros, petroleros, pesqueros y aun los yates y las barcazas para los servicios turísticos, ofrecen una imagen irrecusable del dinamismo y la pujanza del puerto de Manzanillo.

En el centro de la ciudad, una plaza relativamente pequeña. Almendros, palmeras, flores diversas, un césped ralo. Bancas y faroles como en Veracruz, de hierro, con las mismas figuras míticas que parecen sostenerlos. Una justa atlética de relevos tiene lugar, mientras del lado del muelle, los marinos miran atentos los juegos de voleibol. En los alrededores de la plaza central, comercios diversos, el cine, el palacio municipal. En las calles aledañas, los edificios de los sindicatos y organizaciones pesqueras del puerto, los bancos, talleres y tiendas de refacciones que alimentan los múltiples servicios que el puerto reclama. Más allá, apenas a dos cuerdas del muelle, las casas de los lugareños como trepándose al cerro. Pequeñas, apretujadas, como el conjunto de comercios con espacios apenas para caminar.

Al salir con rumbo a Colima finalmente el otro Manzanillo, el de

la población que tuvo que retirarse de la zona del puerto, donde la naturaleza le permitió crecer sin tantas constricciones.

A Manzanillo, en postrimerías del siglo XX, también se puede llegar en avión, éste es el caso nuestro, desde el boeing hemos contemplado el blanco oleaje al reventarse en la playa, azul intenso y arena a los costados de la espuma. Ya en tierra, el calor húmedo. Una combi nos traslada apretujados al hotel. En el trayecto, algunos pasajeros descienden: la pareja de americanos negros que bromeaban en el avión; la mujer embarazada que se movía dificultosamente apoyada en el marido; la hija solterona que, aburrida, saca a pasear a la madre que le organiza todavía la vida a pesar de sus treintaitantos años.

Coyutlán

Dos son las líneas de autobuses equipados con clima artificial que nos permiten en dos horas estar en Colima: Pirámide y La Línea. Hacemos en un par de horas el mismo recorrido que a los viajeros del siglo pasado les tomaba mucho más tiempo, en una travesía plena de sorpresas y seguramente más interesante. Con todo y que ahora ya no se usa el buque de vapor Colima, traído acá por don Augusto Morril en 1875 para navegar por la laguna de Coyutlán, pudimos verla, ya que el camino corre, por tramos, a lo largo de los casi 50 kilómetros de ésta. Los antiguos viajeros debían recorrerla aún en buena parte en mula o caballo, y otra más larga en diligencia. En el trayecto, el agua verde de la laguna, las aves sobrevolando, las palmeras abundantes de cocos, tantas justamente, que he titulado esta crónica «Por tierras de cocos y palmeras», copiando a Servando Ortoll, a quien doy crédito, el nombre con el que bautizó su libro de viajeros a Colima.

COLIMA

Plaza central

Colima sigue siendo, como en el periodo precolombino, cultura del occidente de nuestro territorio. Antes, como lo corrobora la cerámica

que se exhibe en el Museo de la Ciudad, la cultura Comala fue representativa de aquí. Ejemplares similares a estas piezas se muestran también en el Museo de Guadalajara. No en balde, Colima y Jalisco son estados colindantes. Hoy, el traje de charro, la música campirana, los jarabes y otros bailes nos siguen mostrando el emparentamiento de éste con aquel estado. Caben sin duda, a pesar de todo, diferencias apenas perceptibles para el forastero.

Saliendo del pequeño Museo de la Ciudad se encuentra la plaza central, relativamente menor cuando se le compara con la de otras ciudades capitales de los estados del país. La catedral, junto al palacio de gobierno recién maquillado, los portales con sus columnas dando paso a la arquería, algunos comercios al lado de los pasillos, entre éstos, un buen número aferrado a sus viejos y apolillados estantes de madera y los mostradores originales, imágenes contrastantes con la "modernidad" del aluminio y el cristal con los que compiten, además de los productos.

En la plaza central, las bancas de fierro como en Manzanillo y Veracruz, aunque aquí las arbotantes han sustituido ya a los faroles con sus figuras míticas. El jardín y el césped más cuidado. Mientras observo tomando «tuba», un refresco local, desde la esquina donde se encuentra la Casa Ceballos, una pequeña caravana se aproxima por la comercial calle de Madero. Son militantes y simpatizantes de los partidos de oposición que se han unido para presentar candidatos únicos, quienes, por cierto, no parecen contar aún con la talla suficiente para vencer al partido oficial. Posteriormente, llevan a cabo un mitin, apenas un centenar de opositores de distintos colores, desde el blanquiazul del PAN hasta el solferino del PPS. El encuentro entre las fuerzas del "centro" representadas por doña Socorro Díaz y las "locales" por Carlos de la Madrid Virgen, a la postre triunfadoras, constituyó, en todo caso, el evento más importante de esta coyuntura electoral en la que, por otro lado y contrastando con la selección del candidato a la gubernatura, a los precandidatos a las 10 presidencias municipales, se les pidió el más estricto apego a la «ortodoxia y estructura» del partido, el que, se les dijo, «tarda, pero no olvida».

Atrás del palacio, otra pequeña plaza donde puedo ver las palmeras más altas y encorvadas que recuerdo.

Volcán de fuego

Aprovechando un breve espacio libre (entre la comida y el inicio de la sesión vespertina del Coloquio al que asistimos en homenaje al historiador Friederich Katz), nos trasladamos en grupo hacia Comala y la zona del Volcán de Colima, que ha llamado nuevamente la atención nacional por las enormes fumarolas que ha lanzado en los últimos días.

Comala, que nada tiene que ver en su paisaje urbano con el Comala de Juan Rulfo, es un poblado espléndido por su preservación y originalidad. Las casas blancas, los techos de teja rojiza, sus calles empedradas. Paso obligado de la carretera que conduce a la zona del volcán, Comala se encuentra apenas a unos kilómetros de Colima.

En el camino hacia el volcán, «la bajada que sube y la subida que baja» como la define Ramón, quien nos guía y se empeña en hacer la demostración con el autobús hasta que consigue sorprendernos. Ilusión óptica es al parecer la explicación más convincente. Un poco más adelante, sin poder llegar al pie del volcán por las limitaciones del tiempo, alcanzamos a ver su cono y las exhalaciones de humo negruzco que se difumina en el ambiente. La visibilidad de sus alrededores se empaña. Dos días antes, el 27 de mayo, el volcán había hecho una de sus mayores erupciones recientes, a las que se dice, los colimotes ya están más que acostumbrados. Han convivido con este volcán por siglos en las mismas condiciones. «Volcán de Fuego», le llamaron, diferenciándolo del «Volcán de Nieve» situado casi frente al primero. En torno al volcán se ha recreado la leyenda del «perro de fuego», referida al señor Colimozcuintle quien, al verse imposibilitado para enfrentar el poderío español a la hora de la conquista, prefirió arrojar al cráter exclamándole a Quetzalcoátl: «Tú te fuiste por las aguas sagradas del mar del norte, a mí me ha sido señalado el fuego como mi ruta». El «perro de fuego», pequeño, de piernas cortas, ventruado y regordete, constituye una de las figuras más representativas de la cerámica de

Colima y simboliza al gran señor Colimozcuintle. El ballet folklórico de la Universidad de Colima, (reconocido internacionalmente), interpretó para nosotros, asistentes al coloquio, la obra Perro de fuego, que muestra escenas de esta leyenda.

El «Volcán de Nieve», ahora conocido como Nevado de Colima, es un cono más perfecto aún, como lo describió Chavero en el siglo pasado. Su altitud de 4 mil 200 metros constituye un reto obligado para los aficionados al alpinismo en el país. Éste, a diferencia del «Volcán de Fuego», está inactivo.

De regreso, paramos unos minutos en los portales de la plaza central de Comala a beber, en un «botanero», como se les llama aquí a los sitios de recreo, un vaso de ponche de granada, curado a base de tuzca, una bebida entre mezcal y alcohol puro. Con el tiempo apenas justo, llegamos a la sesión vespertina del trabajo.

Mayo de 1991

VACACIONES: ACAPULCO

Camino a Puerto Marqués, sobre el cerro, desde el hotel Las brisas, se puede tener una de las mejores vistas de la bahía. Azul en el mar, rayones blancos de espuma de las lanchas que jalan a los esquiadores. En la playa las hormiguitas humanas de un lado a otro, la muralla de hoteles de cinco y cuatro estrellas. Las Torres Gemelas, el Presidente, el Fiesta Americana, La Palapa. Un paracaídas recreativo tirado por una lancha da vueltas en torno a este gigantesco vaso de agua de mar. Acapulco luce espléndido, «parece una pintura», comenta mi acompañante. Sólo te das cuenta de que no es una fotografía porque las lanchas se mueven en aquella inmensidad. Tal vez sea ésta una de las más grandes y bellas bahías del mundo. Se requieren horas para caminarla toda. Miles de turistas de todo el orbe son atraídos a ella. Las olas revientan suavemente formando un collar de espuma.

Puerto Marqués

Pasando Las brisas, el hotel de rayas rosadas y blancas en las fachadas, los cortinajes y hasta los jeeps que alquilan a sus huéspedes, se divisa la bahía de Puerto Marqués, del otro lado del cerro. La vista desde lo alto, también es deliciosa y reconfortante. La naturaleza alimentando el goce del espíritu. En el extremo, Punta Diamante, territorio de lo que será escenario para el turismo archimillonario según lo anunciara Francisco Ruiz Massieu, gobernador del estado de Guerrero. La obra negra de las primeras construcciones y caminos, a lo lejos.

Bajando el cerro se llega al pueblo. Casas rústicas y chozas de palma y bajareque. Las palmeras cocoteras en los patios terregosos. Los perros relamidos y los niños ventrudos. La otra cara de la opulencia.

«Señor, señor, ¿le lavo su carro?». Los jovencitos se apiñan ofreciendo servicios.

En la playa de Puerto Marqués la arena es gruesa, parece próxima a convertirse en grava. Apenas entrando en el agua, a escasos tres metros, la profundidad marina se presenta súbita. «Una camarita señor, para los niños; mire, las chiquitas a cinco y las grandes a diez mil». Los lugareños ofrecen “salvavidas” en arrendamiento. Cámaras de autos parchadas una y mil veces, prestas a agujerearse otras tantas más. Otros acuden a nosotros vendiendo los más diversos productos: conjuntos de playa, camisetas, barquitos de conchas, charales secos, donas, aceite de coco «para las quemaduras de la piel, para broncearse mejor». El bronceador local desplazado por el universal Coopertone.

La noche llega pronto y a las seis los meseros de los negocios conminan a los visitantes a retirarse. Es hora de que el pueblo, al menos aquí, en Puerto Marqués, duerma tranquilo.

Turismo infantil

Con Pavel, Kaneck, Verónica, Alejandra, Mariana y el “negrito”, sobrenombre de Jorge, las visitas al Cici y al parque Papagayo resultan obligadas. Las energías infantiles y sus risas encontraron rienda suelta al subirse una y otra vez al tobogán. Resbalan sentados unos, acostados otros. La caída es mitigada por el agua. Las zambullidas son inevitables cuando unos alcanzan a los otros en el sinuoso y empinado trayecto. «Con permiso, con permiso», apremian cuando ya tienen los pies sobre la espalda del de adelante. Al llegar abajo, la sumergida atropellada. El tobogán es, para decirlo de otro modo, una gran resbaladilla. Los papás también entran en el juego.

Después a la alberca de olas. Los motores para accionar el movimiento del agua funcionan intermitentemente, lo precede una sirena de alerta que pone a todos sobre aviso. Luego del anuncio todo es agitación. Los más pequeños prefieren las orillas, los más intrépidos aceptan el reto del balanceo apresurado. Después de diez minutos vuelve la calma... hasta el próximo silbido.

Ya para salir, o al entrar, si así se quiere, hay que ver el espectáculo de los delfines y focas amaestradas que saltan por un aro, bailan al ritmo del jarabe tapatío, lanzan pelotas como diestros jugadores, dan maromas en el aire, arrastran a los pequeños en barcasas de plástico o se despiden del público con las aletas. Después de cada número, el recurso pavloviano del alimento. Los delfines degluten apresuradamente cuanto pescado llega a sus mandíbulas. Al retirarnos, los niños, sonriendo, guardan las vivencias en el baúl de los recuerdos.

La Bocana

Muchas son las playas famosas de Acapulco: Caleta, Caletilla, Condesa, Pie de la cuesta y La Bocana son algunas de ellas. Algunas sólo las visitamos de «pisa y corre» como las primeras; experiencia frustrada en la última, a la que llegamos después de la puesta de sol, que es quizás su mayor atractivo. Las playas privadas de los hoteles del llamado Acapulco Dorado son más selectivas. Guardias de seguridad que ahuyentan a los vendedores, exclusividad para los huéspedes en palapas y sillas de sol, ejemplares bien alimentados y saludables. La Bocanilla es, a diferencia, una playa más popular. El control de ésta y otras más las tiene el municipio, que cobra por la sombra y el acomodo de posaderas 3 mil pesos* por cristiano. Las sillas de madera, en riguroso azul y blanco que las identifica. Puede uno, en esas antiguas condiciones, pasar un rato más agradable que asándose en pleno sol acapulqueño.

En La Bocana pasaremos dos o tres mañanas placenteras. Con sombra, sin estruendos de grabadoras a todo volumen, ni tumultos como los que se ven aquí en Semana Santa. Conociendo los trucos para estirar los recursos siempre escasos, una buena hielera bien surtida nunca está por demás en estos trotes. Nos ahorramos así algunos pesos en líquidos siempre necesarios estando acompañados de Darío, Justina, la comadre Lulú y el “Chuleta”, mi compadre.

Desde La bocana, ubicada frente al hotel Doral Playa o al más famoso Do Brasil, se puede contemplar la bahía en una posición

* *Viejos pesos.*

estratégica, prácticamente desde el centro de la misma. Desde ahí se ve a los paseantes del yate Fiesta o el Bonanza, una estafa de Acapulco con música desacompañada, show de quinta y olor a gasolina cruda; los esquiadores, las lanchas rápidas, las motos acuáticas, el paracaídas de la Cooperativa Turística y ahora la famosa banana.

En La bocana, como en todas las playas de Acapulco, imposible librarse de los agentes del yate Fiesta, las lanchas de fondo de cristal o los que invitan al Palao, restaurante ubicado en la isla Roqueta. Ofrecen maravillas. El viaje, la música, espectáculos en cubierta, barra libre, precios módicos. Los agentes van y vienen, son incisivos. «Qué pasó jefe, ya no lo piense, deme el anticipo y aparto su lugar, porque ya después no va a encontrar». Las mañanas y las tardes transcurren así, entre asoleadas, chapuzones en el mar, los vendedores de ilusiones, el abrir y cerrar la hielera hasta agotar las provisiones. La noche llega exigiendo pan y descanso para el cuerpo.

La Quebrada

Abriéndose paso entre el público, tres clavadistas tostados por el sol descienden por unas escalerillas estrechas. Cada uno lleva una antorcha en la mano derecha. La gente, apretujada, les aplaude. Al llegar hasta abajo cruzan a nado hacia el acantilado de enfrente, lo escalan como diestros alpinistas. Llegan así al sitio desde donde realizarán sus clavados. Más arriba, testiga muda, una pequeña virgen iluminada por unas tenues luces de colores: verdes, rojas, blancas. Guadalupanismo nacionalista.

Abajo, el mar entrando y saliendo del recodo. La marea que baja y sube al ritmo de las olas. En el acantilado, los clavadistas aguardan el momento oportuno: el agua en su cenit. A un costado de ellos, El Mirador, recién adquirido por el complejo Plaza de las Glorias, y desde donde se anuncia el evento, teniendo como fondo musical la tonadita popularizada por la cinta de Superman. Los clavadistas, antes pagados por «lo que sea su voluntad», ahora forman parte del show que el restaurante ofrece a su clientela.

Uriel, el primero en lanzarse desde el acantilado, levanta las

manos dirigiéndose a los espectadores. Aplausos, luego como una paloma, con los brazos abiertos, vuela en busca de su meta, cerca de ella tiende los brazos hacia adelante para lograr su objetivo. El agua estalla en mil partículas al encuentro con el cuerpo que, grávido, se sumerge momentáneamente. Aún se escucha el ¡ah! del asombro de la gente. Después le seguirán en el turno Arturo, David y Rolando. Este último se lanza desde donde se encuentra la virgen, 30 o 40 metros de altura aproximadamente. Como si esto no fuera suficiente, da dos vueltas en el aire imprimiéndole mayor espectacularidad a su número. El público, su público, rubricará la hazaña con un aplauso más estruendoso que los anteriores.

Paracaídas

Para animar a Darío acepto reincidir en el viaje por paracaídas, que hace cuatro años hice por primera vez. «Fírmale aquí», me dice el boleterero. Es el documento que los libra de toda responsiva por si algo me ocurre. Después me insiste en las instrucciones. «Recuerde, para salir empiece a correr; para bajar, sólo le jala a la cuerda que tiene el pañuelo rojo cuando yo levante la bandera y la suelta cuando yo vuelva a bajarla».

Después de hacer que le repita las instrucciones, me sostiene las cuerdas del lado derecho mientras otro elemento de la Cooperativa Turística sostiene del lado izquierdo. A un silbatazo de éstos, el de la lancha que habrá de remolcarme inicia la travesía. Corro unos cuantos metros y de repente, mis zancadas en el aire me indican que estoy volando.

En el ascenso me percató de que las amarras de los cinchos que me sostienen al paracaídas han quedado demasiado apretadas, no obstante, no hay ocasión para quejarme y menos para aflojarlas. Con suerte y me doy un “mameyazo” —pienso— y me resigno. No hay más que ponerse a disfrutar la vista y dejar los ardores de la piel para más tarde. Abajo, en una pequeña barcaza inflable, una pareja de recién casados, supongo, por el arrumaco en que los descubro, me miran curiosos. Les agito mi mano saludándolos mientras ellos se sonríen y

contestan. Paso después a un costado de un barco anclado a mitad de la bahía. Desde arriba veo a los marineros haciendo sus rutinas. Más allá el club de yates, plagado de blancas embarcaciones. Cerca del muelle, un trasatlántico turístico está arribando. Varios pisos, cientos de ventanas de lujosos camarotes. Todo blanco.

A la mitad de mi trayecto puedo ver la playa en el otro extremo. La muralla de hoteles, las palmeras cocoteras, la gente brincoteando, las olas, las palapas, las bananas desplazándose en uno u otro sentido de la orilla.

De regreso empiezo a buscar el punto de llegada. No veo la bandera roja entre tanta gente, hasta que por fin, oigo a alguien que me grita: «Jálale con las dos manos»; ya estamos muy cerca de la playa y el viento esta mañana es más fuerte que lo de costumbre. La bandera roja sigue todavía izada de mano de Andrés, el boletero. Al tirar de la cuerda con las dos manos, el paracaídas baja más rápido. La lancha va disminuyendo su velocidad hasta detenerse casi completamente. Voy cayendo por propio peso. Antes de llegar abajo, Andrés y otros tres cooperativistas casi me “cachan”. La cámara de Pavel todavía me capta en el aire a punto de caer al piso.

1992

He viajado a Guadalajara en varias ocasiones. La primera vez lo hice en 1970 o 1971, ya no recuerdo bien. Estudiábamos entonces en la UNAM: Neto, Jorge, Víctor, Rodrigo y yo. Llegaron de Oaxaca a la ciudad de México nuestros amigos Rafael y Heliodoro. Nos fuimos en tren de segunda serpenteando por el bajío. A nuestro despertar juvenil llamaba el Guadalajara de noche del que tanto hablaban las películas mexicanas y los anuncios turísticos. Visitamos la Casa de Rosa Muriillo, famoso lupanar de «La perla de occidente». Nuestras posibilidades financieras, sin embargo, eran mucho menores que las apetencias eróticas. Un “disparejo” marcó la fortuna de uno de nosotros. Los demás tuvimos que conformarnos con puro “taco de ojo” aligerado por unas copas. La aventura concluyó con el viaje de regreso.

Tlaquepaque es la posibilidad infinita de la creatividad artesanal del occidente de México, obviamente bastante comercializado; trabajan allí objetos de cerámica, madera, vidrio, hierro, tela, palma, ixtle, piel, papel y una gama amplia de materiales, pretexto para la inspiración fecunda de manos hábiles. Muñecos, jarrones, juguetes, vajillas, manteles, bolsas, ceniceros, platones, sillones; sensibilidad, en fin, una diversidad enorme de productos y posibilidades de uso, decorado y ornamento. El tren Tapatío nos trajo de regreso al DF y, finalmente, El Oaxaqueño a la tierra natal.

¡Ay Jalisco, no te rajes!

En ésta, tal vez, la quinta ocasión en que piso suelo jaliscience, los fondos no alcanzaron para viajar en tren turístico, lo hicimos en autobús de segunda: Servicios Coordinados. No faltaron los detalles: la

llanta que se poncha, una hora en la vulcanizadora para arreglarla, el chofer que “vuela” para llegar a tiempo. Guadalajara estrena terminal de autobuses.

Después de deshacernos de agentes turísticos que nos proponen ofertas hoteleras, Paco y yo abordamos una combi colectiva, semejante a las peseras del DF. En el camino, el conductor recoge pasaje sin límite, llegué a contar dieciocho en un momento, algunos encorvados, como colgando del toldo. Un carro se nos cruza repentinamente, su conductor intercambia palabras con el nuestro. Nos da la impresión de que se trata de algún pleito pero no alcanzamos a escuchar con claridad. La gente empieza a gritar y a buscar la salida atropelladamente. Nuestras palabras aconsejando «¡tranquilos!», se las lleva el viento, nadie nos hace caso. Nosotros, que estamos en el asiento trasero, bajamos al final. Nos percatamos entonces de que la combi se estaba incendiando. El conductor apaga las llamas con una toalla. Pasado el susto, ¡increíble!, como si nada hubiera pasado, los dieciocho volvemos a la combi que nos lleva a su «base», nuestro punto de destino. ¡Ay, Jalisco, no te rajes!

La Villa Primavera

Ya a bordo del autobús que nos conducirá a la Villa Primavera, en donde se realizará el Tercer Encuentro de Historia Regional en la Educación, hacen su aparición, en el último momento, Víctor de la Cruz, Irma y Juan Manuel Cholula que, a diferencia de nosotros, hicieron el viaje desde Oaxaca sin detenerse mucho en el Distrito Federal. Todavía agitado nos espeta Víctor: «tuvimos que tomar un taxi de la terminal para llegar a tiempo: ¡veinte mil pesos!»*. Si algo es caro en Guadalajara son los taxis.

La Villa Primavera está a casi 30 kilómetros de la ciudad, el transporte está a cargo de la Universidad de Guadalajara, que es anfitriona y propietaria de la Villa. El trayecto nos da una impresión visual de las dimensiones de esta metrópoli y su área conurbada, que incluye además de Guadalajara los municipios de Zapopan, Tlaquepaque y Tonalá. Casi 5 millones, según la versión de René Cabrera, nuestro paisano

radicado en Guadalajara, con quien comeremos en la última tarde en el lugar. Destacan el buen trazo, el ornato y la imagen consistente de esta ciudad, en cuya urbanización tuvo una influencia decisiva, desde los años cuarenta, el Consejo de Colaboración, integrado por hombres de empresa. De hecho, éste fue uno de los primeros consejos en el país y por lo que se ve, funcionó no sólo en favor de la trama urbana sino como un negocio que dejó buenos dividendos.

Aunque el entorno arbolado y verdoso de la Villa Primavera es agradable, sus muros ocres y enormes no nos parecen de buen gusto. Existe en el hotel de la Villa cierto aire palaciego que no armoniza con el ambiente. Víctor recuerda una frase de José Vasconcelos a Eulalio Guzmán en aquellos años del gobierno de la Convención: «Señor presidente, el campo de la Patria huele a sangre». Algo nos hace sospechar de sórdidas y desagradables historias por este lugar. Más tarde nos enteramos de que parte de los terrenos fue despojada a los ejidatarios.

La Villa, además del hotel, tiene un conjunto de cabañas equipadas, y a la distancia alcanzan a verse las canchas deportivas que la Universidad de Guadalajara ha construido ahí para sus trabajadores académicos.

Al concluir el segundo día de trabajo, los organizadores del evento nos ofrecieron una «noche mexicana» con tequilas, pozole, tacos y sopes, música de estudiantina, el Jarabe Tapatío: sombreros de ala grande, chaparreras plateadas y botas para el zapateado; mujeres de ojos negros, crinolinas y vestidos que despliegan al girar en la danza. «No hay ojos más lindos...» el verso de un trovador lugareño, don Pancho, le rinde tributo finalmente al honor, la lealtad y al valor bravío, virtudes ensalzadas en la idiosincrasia regional.

El museo

Paco, Irma, Juan Manuel y yo decidimos aprovechar el tercer día para recorrer algunos puntos de la ciudad. Víctor, por su parte, se lanza al Archivo Municipal tras las huellas del paso por estos lares de su paisano, el general Charis.

En la caminata voy reconociendo el palacio de gobierno y su

portada barroca, la cantera café de los edificios coloniales, la catedral con sus torres góticas como grandes cucuruchos, el amarillo canario y el azul celeste del mosaico que las recubre, el porfiriano teatro Degollado, sus columnas, las musas de su frontis y en un arco, en la parte superior del edificio, la leyenda: «Que nunca llegue el rumor de la discordia». Cuatro plazas rodean la catedral: la «De Armas», con su kiosco afrancesado, la «De los Laureles», frente al palacio municipal, la «Plaza de la Liberación» y la «Rotonda de los Hombres Ilustres», justamente frente al Museo de la Ciudad, que decidimos visitar.

Originalmente, el museo fue el Seminario y Convento de San José, después pasó a ser cárcel, luego Liceo o Escuela de Varones y finalmente, a principios de este siglo, en pleno periodo revolucionario, local del famoso Centro Bohemio, del que formaron parte reconocidos artistas e intelectuales jaliscienses, entre ellos Javier Guerrero, Carlos Stahl, Mariano y Salvador Azuela, Agustín Basave, Ixca Farías, Manuel Martínez Valadez, Guadalupe Marín y José Guadalupe Zuno Hernández, quien se convertiría en una de las principales figuras políticas de Jalisco en el siglo XX. Zuno Hernández, por cierto, sería director del museo durante muchos años.

El museo está compuesto de diez salas que intentan mostrarnos el recorrido histórico de esta región, desde la época prehispánica hasta la contemporánea. Ordenadamente se nos brinda un repaso breve no sólo de la historia de Jalisco, sino también del occidente de México, pues encontramos aquí objetos precolombinos hallados en Michoacán y Nayarit. Asimismo, muestras de la cerámica estilo Comala, como el nombre del pueblo de la novela de Juan Rulfo, de la de Ameca, Jalisco y de otras como la descubierta en la Laguna de Cuitzeo u otras partes del Valle de Atemajac, donde se asentará definitivamente, en 1542, la capital de Nueva Galicia, posteriormente Guadalajara.

La pintura del siglo XVI al XVIII encuentra aquí alguno de sus más dignos ejemplos. Priva en ellos, desde luego, la temática religiosa. Sobresalen Sebastián de Arteaga, Luis Xuárez (sic), Francisco León, Juan Correa, Cristóbal de Villalpando y Juan Rodríguez Xuárez. Si las muestras del siglo XVI nos hablan del sacrificio y estoicismo de los mártires que pagaron con dolor y sangre su fe, las del siglo XVIII nos

dan otra visión en la que el paraíso celestial, rostros sonrientes y rosados, paisajes maravillosos y curas milagrosos, nos brindan una imagen esperanzadora del reino de Dios y del «mañana que nos aguarda». El triunfo de la Iglesia o la Alegoría de la Orden Carmelita, son una muestra. No deja tampoco la pintura del siglo XVIII de mostrar cierto atrevimiento al presentar, por ejemplo, a la Virgen María con el pecho descubierto.

El desarrollo de las guerras de Independencia y particularmente de Reforma, le conceden a Jalisco un lugar especial en el siglo XIX. Una pléyade de liberales connotados enorgullecen a los tapatíos: Ramón Corona y Prisciliano Sánchez, que anteceden, en algunos aspectos, las disposiciones de Gómez Farías en el ámbito nacional, encabezan esta lista. La Rotonda de los Hombres Ilustres y el Monumento a los Reformadores dan cuenta del valor que la historia regional les asigna a estos jaliscienses.

Las últimas salas nos hablan rápidamente de la llegada del ferrocarril en 1888, el movimiento del «Tigre de Alica», las batallas libradas en la Revolución, los gobernadores de Jalisco. Salimos del museo, no sin antes contemplar las carrozas del siglo XIX que se hallan en el patio de la entrada y los pequeños retablos en las paredes de los pasillos.

La Capilla Clementina

Del Hospicio Cabañas, construido por Manuel Tolsá por órdenes del obispo Juan Cruz de Cabañas y Crespo a principios del siglo XIX, resalta la Capilla Clementina, así conocida ahora en homenaje al pintor José Clemente Orozco y en donde plasmó algunos de sus murales más connotados.

La conquista española y el trauma para el mundo indígena, la fusión compulsiva de las culturas, el avance tecnológico, la opresión sobre los débiles, la demagogia, son algunos de los temas que el pintor aborda en los murales de la capilla, donde podemos reconocer las figuras de Fernando Segundo, de El Greco y del célebre Manco de Lepanto.

De todas estas figuras, sin embargo, destaca por su fuerza y

magnetismo El Hombre de Fuego, que se encuentra en la cúpula de la capilla. El dinamismo y la energía que encontramos en ésta nos da la impresión de que asciende sin límites; la misma cúpula parece que ha de ceder a su impulso. Orozco, se dice, ha querido ver aquí al hombre en general, que se consume en la antorcha de su propia condición. Hay quien sospecha que éste es el mismo Orozco, quien así vivió y así murió. Para apreciar estos murales no hay como mirarlos acostados; se han diseñado, para ello, una especie de camastros de madera, ordenados en fila continua a lo largo de la nave mayor de la capilla. Acompañamos la contemplación con el descanso.

El Hospicio Cabañas no sólo es la Capilla Clementina; por don Renán Ramírez Chi, guardián de la misma y de indudable origen maya, que no tapatío, nos enteramos de que éste fue construido sobre 2 mil 500 metros cuadrados, que consta de 23 patios y jardines y que originalmente había sido construido como hospicio para pobres y desvalidos. Actualmente y después de restaurarlo hace apenas unos años, el gobierno lo destinó para albergar al Instituto Cultural Cabañas, donde además de impartirse clases de escultura, pintura, artesanías, presentarse conciertos y desarrollarse todo tipo de actividades artísticas, se exponen en 18 de sus salas fotografías y bocetos de prácticamente toda la obra de José Clemente Orozco, entre éstos los de los célebres Murales de la Suprema Corte de Justicia en el Distrito Federal, de la Escuela Industrial de Orizaba, del Darmouth College en los Estados Unidos y de los que en otras partes de Guadalajara, como el Palacio de Gobierno, que visitamos por la tarde, y el Paraninfo de la Universidad, realizó el pintor.

Conflicto en la Universidad

La lluvia vespertina que nos hizo correr después de la comida ha limpiado los edificios y las impurezas de esta ciudad industrial que ya es Guadalajara, y en la que, con todo y que muchos se quejan de las multitudes, la falta de vivienda suficiente, la violencia callejera, conserva mucho de su encanto original: su clima, la hospitalidad tapatía, el cielo despejado.

Dos eventos han captado la atención de sus habitantes en estos días: los pleitos en la “familia universitaria” y la detención de Rubén Zuno Arce, hijo de don José Guadalupe.

El conflicto en la Universidad entre el rector Padilla y la Federación de Estudiantes en Guadalajara (FEG) tomó tintes amenazadores, como otros que se han visto protagonizados por la FEG. «Los grupos andaban armados hasta con metralletas estos días», nos dicen, desmintiendo la imagen pacífica que Oliverio Ramos Ramos, presidente de este organismo, hizo difundir a través de sus declaraciones a la prensa nacional. El pretexto fue, según la versión de la FEG, la “reforma” anunciada por el rector y su intervención en asuntos gremiales de los estudiantes y los trabajadores académicos. El rector, por su parte, arguyó que los grupos defendían cotos de poder y prebendas económicas que no deberían mantenerse, hizo público un déficit de miles de millones de pesos en el manejo del equipo de futbol de la Universidad de Guadalajara, como un ejemplo de ello. El conflicto sacó a la luz información de la tanta que sobre la FEG se oculta con celo profundísimo: el verticalismo de la organización, el peso de los expresidentes de la misma en la conducción de la Universidad, las relaciones de la FEG con el poder público, el peso del presidente del organismo en la política y selección de los dirigentes de las escuelas que agrupa (en la que se congregan cerca de 300 mil estudiantes, incluyendo a los de escuelas secundarias), el liderazgo oculto y a la vez heredado por Álvaro Ramírez Ladewig, hermano del fundador de la FEG, Carlos Ramírez Ladewig (asesinado a principios de los setenta), el conjunto de reglas no escritas que han dado cohesión a esta organización, el reparto de parcelas de poder entre los exdirigentes, el porrismo y la violencia con el que han enfrentado a los adversarios y disidentes de la FEG. Sin embargo, apenas y se ha conocido por este conflicto «la punta del iceberg». Raúl Padilla, quien la presidiera hace algunos años, es ahora rector de la Universidad, y a él se le atribuye la intención de debilitarla, se dice. Su propósito, la reforma de la Universidad, encuentra en la FEG (como funciona ahora), uno de sus mayores obstáculos. La respuesta estuvo a la vista, la FEG pidió su caída, esta demanda la avalaron la mayoría de los expresidentes y Álvaro Ramírez Ladewig, quien,

como se puede desprender de un comunicado público que hiciera, da la impresión de ser o querer representar el papel del patriarca. Finalmente no fue Padilla el desplazado, sino Oliverio Ramos, quien pidió una licencia a su cargo. Previamente, el rector tuvo que negociar con el grupo hegemónico universitario. La reforma, por lo pronto, quedó suspendida.

Sobre el asunto de Zuno Arce, hermano de doña Esther Zuno y, por tanto, cuñado del expresidente Luis Echeverría, los tapatíos comentan su detención en los Estados Unidos. Se le acusa de haber sido testigo ocular del asesinato de Enrique Camarena, agente norteamericano de la DEA, y que desembocó en la captura del capo Caro Quintero. Zuno Arce negó el cargo y fue luego acusado de perjurio. Paseaba por los Estados Unidos cuando fue aprehendido.

Llegada la noche, debemos regresar al Distrito Federal y luego al terruño. Cargamos con nuestras maletas a la fila para abordar la combi de «a trescientos pesos»; el taxi resulta un lujo a estas alturas. Los viáticos se han acabado y sólo queda la morralla. Víctor se ha quedado con las ganas y el antojo con el que llegó a Guadalajara: un plato de birria jalisciense.

Septiembre de 1989

La avenida 5 de mayo, antes calle Guevara, se encuentra pletórica desde las 10 de la mañana. Sobre la banqueta y el boulevard han colocado hileras de sillas, cuyos propietarios rentan entre 7 y 8 mil pesos*. «Las de la banqueta son más caras porque después de las doce les dará la sombra». El sol nos da a plomo sobre el rostro mientras esperamos. «Sombreros, viseras joven, a mil pesitos nada más». Irremisiblemente el público empieza a caer por su falta de previsión: «A ver, dame tres». Algunos han llegado aquí con sus sombrillas, la jarra de agua de limón con hielos, las tortas; y otros, como si fuera espectáculo a distancia, traen binoculares con los que aprovechan su ventaja para verles las piernas a una que otra damita. En las azoteas, los vecinos han instalado gruesas lonas amortiguando los rayos de sol que se sienten traspasar la piel hasta los huesos.

Puebla vive, como otros años, la euforia de su protagonismo en la gesta que condujo a la derrota del ejército francés, quizás el más prestigiado de su época. El 5 de mayo es fiesta nacional, pero más lo es sin duda para los poblanos y particularmente, desde el siglo XIX, para los indios de Zacapoaxtla, personajes clave en la derrota de los invasores y que hoy desfilarán vestidos a la usanza de entonces, con sus afilados machetes, huaraches, sus cónicos sombreros de palma y sus jorongos de lana.

Desde la tarde anterior a nuestra llegada pudimos ver, en los adustos edificios públicos y privados que rodean la plaza central, las banderas nacionales. Lo mismo en el hermoso palacio municipal que en el hotel Royalty, el Café Plaza o el más reciente restaurante Mac's,

* *Viejos pesos.*

que desentona bastante con el conjunto arquitectónico del centro de la ciudad. La antigua calle del Hospicio, ahora avenida Reforma, está poblada de hermosas construcciones coloniales, como las que ocupan ahora Bancomer o Banca Serfín, también vestidas de fiesta con listones y rosetones tricolores, banderas y otros recursos ornamentales para recrear el patriotismo. Calle realmente hermosa ésta de Reforma. Cantera cobriza, herrería depurada en balcones y ventanas, influencias barrocas, moriscas, grecorromanas. Atlantes sosteniendo columnas aparentes, leones, medallones, escudos heráldicos, obeliscos miniatura. Influencias de la arquitectura francesa de principios de siglo se advierten en el cine Reforma, construido en 1938 por don Gabriel Alarcón e inaugurado por Maximino Ávila Camacho y por William O. Jenkins, quien levantó, con ese mismo estilo, el edificio de la Fundación Merry Street Jenkins en honor de su esposa. Todavía podemos leer la placa «Shwartzm Meurer, Constructurs, Paris». La influencia de los Jenkins, como vemos, no sólo se dio en economía, al ser propietarios de infinidad de empresas, entre ella la Fábrica Textil Toledo, el ingenio de Atencingo, La Carolina, o en la política, en la que se dice, la palabra de Jenkins llegó a ser ley, sino también en la arquitectura.

Como parte de la celebración del 5 de mayo, se efectúa aquí entre el 20 de abril y el 20 de mayo, la XIX Feria de Puebla. Telas, libros, artesanías, zapatos, artículos para el hogar, discos, muebles, máquinas, herramientas, joyería, artículos electrónicos, autos, computadoras, promociones turísticas, venta de terrenos, lámparas, ropa, porcelana, artículos de oficina, ganado, en fin, cientos de cosas se expenden en esta feria, sin faltar desde luego bebidas de todo tipo, comida típica y los famosos dulces poblanos, entre los que encontramos no sólo los muy conocidos camotes de Santa Clara, sino glorias, marinas de piñón, bocados (de coco), canelones, macarrones (de leche), roscas, mostachones, picones, polvorones, almendras confitadas, yemitas de leche, pulpa de tamarindo, colación rellena, nuez garapiñada, biznaga, manzanitas de coco, galletas, trompadas, etc. La Feria de Puebla no es parca en espectáculos. Aparte de los juegos mecánicos en los que los niños se divierten, este 5 de mayo habrá corrida de toros con la presencia nada menos que de Eloy Cabazos, Mariano Ramos,

Manolo Arrayza y Miguel Espinoza «Armillita»; en el palenque se presenta Vicente Fernández y, en el estadio Cuauhtémoc, el Puebla recibe al UNAM (juego en el que perdió 2 a 0 el equipo local). Otros artistas que han pasado en estos días por aquí o pasarán en los próximos, son: Manolo Muñoz, Lucerito, Beatriz Adriana, César Costa, Humberto Cravioto, Lola Beltrán, José José y, no podía faltar, Juan Gabriel.

No hay duda, «Puebla está de fiesta». Mientras esperamos el paso del desfile, los vendedores ambulantes pululan. Volantines, aviones de plástico que giran sostenidos por un hilo amarrado a una vara larga, ingeniosos juguetes de lata que al rodar hacen circular una hélice de helicóptero. Juguetes populares caracterizados por su bajo precio y su fragilidad. Seguidos por la mirada y el dedo índice de los chiquillos apuntándoles, los vendedores caminan con sumo cuidado empujando los carritos. Saben de los resultados de una «demostración fallida». «Papá, cómprame uno». También se venden globos, confeti, nieve, naranjas, refrescos, paletas, tortas, sombrillas de papel hechas con residuos diversos. «A mil pesitos, a mil».

El desfile, programado para las once, se ha retrasado más de la cuenta. Tal vez la ceremonia de Jura de Bandera que se realiza simultáneamente por parte de los conscriptos en todo el país sea la causa. El desfile empieza normalmente después de este acto. Finalmente, a las 12:30, aparecen tres jeeps del ejército seguidos por una banda de música que toca una pieza marcial. La gente se inquieta y rompe la modorra provocada por el calor inclemente. Después de la banda, un conjunto de más de cien banderas portadas por hermosas damitas. La piel se «enchina» ante la enseña nacional. El fervor nacionalista tiene su efecto. Empieza luego la algarabía. Este desfile es quizás uno de los más impresionantes que en la provincia se puede ver. Derroche de color, vestimenta, ornamentación, utilería.

Empiezan a pasar los contingentes de las escuelas secundarias, muchos de ellos procedentes de Atlixco, Tehuacán, Izúcar de Matamoros y otras ciudades poblanas. Entre los primeros, el contingente de la escuela Defensores de la República acompañados de chinas poblanas. Un carro alegórico con un águila de la Reforma. Le seguirán otras escuelas, de las cuales destaca el Centro Escolar Gregorio de Gante,

que festeja su XV aniversario y lleva, entre otros muchos recursos alegóricos, tres elefantes de cartón que caminan sobre ruedas empujados por varios alumnos. Uno de los elefantes, de varios metros de altura, mete una pata en un hoyo, lo que pone en apuros a los chicos que no logran levantarlo. Se hace necesaria la presencia de los adultos y del domador disfrazado de hindú, quien con todo y el látigo en la mano, no logra que los elefantes de utilería le obedezcan. Intervienen algunos maestros y después, como en estampida, los elefantes tienen que correr para alcanzar nuevamente su sitio en el desfile, carcajadas de los espectadores. En el aire, seis aviones de la fuerza aérea, en perfecta simetría, realizan maniobras, piruetas, acrobacias aéreas. Aplausos. Pasarán después otros grupos, los voladores de Papantla que ahora vuelan en un orden distinto, semejante al de la rueda de la fortuna, hacia abajo; los motociclistas del Seguro Social que hacen pirámides; los cadetes del Colegio Militar con sus trajes de gala; los de la Escuela Naval con sus más elegantes uniformes en pantalón blanco y casaca azul, las bandas que los acompañan le dan más fuerza y vitalidad a su presencia; los soldados de la XXV Zona Militar, formales, pétreos, inmutables a pesar del confeti que se les adhiere a la cara perlada de sudor. Después vendrán los indios de Zacapoaxtla, tal vez el grupo más aplaudido de todos. Al final, los bomberos, los socorristas de la Cruz Roja que hacen ostentación de sus equipos de rescate urbano, de alta montaña y acuático, los charros mostrando sus trajes de gala con abotonaduras de plata. Después de esto, pasadas las dos de la tarde, la gente empieza a dispersarse. La fiesta, sin embargo, todavía sigue, no importa en qué lugar, pero todavía sigue.

1990

Después de casi dos horas, entre brincoteos y tumbos desde Tlachichuca, la camioneta finalmente llega a su destino. En el camino, entre pinos y encinos, hemos venido mirando la pronunciada cuesta del Pico de Orizaba. Todavía con los rayos postreros del sol alcanzamos a ver también, en dirección opuesta y a la distancia, otros grandes retos del alpinismo mexicano del Altiplano: el Popocatepetl, el Iztaccíhuatl, la Malinche. Un espectáculo de verdad grandioso.

El albergue

A cuatro mil 300 metros sobre el nivel del mar, en la Sierra Negra, el albergue de Piedra Grande nos dará posada por unas horas. No se piense, sin embargo, que se encontrarán aquí la comodidad de un mullido colchón, aire acondicionado, servicios sanitarios y energía eléctrica, que a veces se observa en los albergues en películas de los Alpes Suizos. Nada más alejado de ello. Con todo y el letrero que dice: «ASOPAC y Ayuntamiento de Río Blanco apoyaron en la reparación de este refugio», el sitio sólo nos ofrece un techo, una tabla y una ventana a la que quedan algunos vidrios, la mayoría han sido suplidos con láminas para protegerse del gélido viento. Desde luego, ello no es poco para sortear los cinco grados bajo cero que nos reciben esta noche.

No faltan los detalles: el mareo y las náuseas que provoca la altura a quienes no estamos acostumbrados, el humo de un anafre que un grupo de alpinistas que nos precedió ha dejado en el ambiente y que consumirá buena parte del oxígeno que nos hace falta esta noche, lo incómodo de la bolsa de dormir que tomé prestada de Pavel, mi hijo, y que no me alcanza a cubrir del todo, los ronquidos y otros sonidos

adicionales inenarrables, las ganas de orinar, en fin, noche insomne. Con todo y las carencias, hemos escuchado, por el diminuto radio de Carlos Moreno, la pelea de Julio César Chávez, quien noquea en el tercer round.

A las cuatro de la mañana todo mundo arriba. Entre la penumbra y las tenues luces de las lámparas de mano, los alpinistas se acaban de preparar. Parte de la vestimenta se la han puesto desde el día anterior: las medias dobles y triples, los calentadores en las piernas, los pantalones térmicos, los suéteres y las chamarras, los guantes y los pasamontañas. Es hora de ceñirse el arnés a la cintura y de éste, los escopetones, una especie de eslabón para amarrarse cuerdas y colgarse otros aditamentos; ponerse las gruesas botas para impedir que se congelen los pies, además lentes protectores que paliarán las corrientes de aire que levantan una tenue cortina de nieve que golpea la cara. De la mochila van colgados los crampones de metal que les ayudarán a caminar mejor sobre el hielo. En el interior de éstas van tortas, galletas, dulces, chocolates, naranjas, agua y refrescos; sobre los hombros y cruzando el pecho, las cuerdas que dan nombre a estos grupos conocidos como cordadas. Viene a mi memoria la placa de la entrada del refugio en honor a Octavio Álvarez, quien falleció en un intento por escalar el Pico: «Porque siempre estarás en la memoria de las cordadas que coronen esta ruta». En un extremo de la placa, la ruta recorrida en forma de una S al revés. Más abajo, un globo terráqueo sobre un triángulo amarillo.

Antes de las cinco de la mañana los alpinistas oaxaqueños empiezan a escalar, se van apoyando de sus puntiagudos piolets. Entre los puntos por los que habrán de pasar a la cima están el Glaciar del Toro, El Sarcófago, La Lengua de Jamapa. El primer tramo es bastante escarpado, se camina entre piedra y arena todavía. Nieve y hielo salpicado. El corazón latiendo aprisa, taquicardia que obliga a dar sólo treinta pasos y a recuperar el ritmo cardiaco en unos segundos que equivaldrían al tiempo que toma dar otros veinte más. Hay desigualdad en la rapidez para ascender. Influye la edad, el estado de salud que se haya tenido en los últimos días, el entrenamiento previo. En la capacidad para escalar pesa sin duda la técnica lograda. El valor y la

tenacidad son prerequisites, sine qua non, forman por ello parte de la subcultura del alpinista. El riesgo y el peligro son constantes, las agallas por ello son imprescindibles. No son éstas tampoco exclusivas de los hombres, dos parejas de varón y hembra que escalan este día nos lo muestran. Una de ellas viene de Veracruz con su compañero, la otra es norteamericana al igual que su acompañante.

La cima

Después de varias horas, los primeros alpinistas en llegar al cráter del Pico de Orizaba deciden dar una vuelta alrededor del mismo. Los más avanzados intentan subir las agujas, las cimas de las cimas: ¡lo logran! La foto del recuerdo, «Para el póster». Están a 5 mil 760 metros sobre el nivel del mar. Desde una zona muy abajo de sus pasos puedo ver la blancura de la nieve atiborrada, alzo la mirada y tengo después el azul del cielo que ahora es más intenso en el contraste. Me imagino la sensación que a los alpinistas les ha de producir ver hacia abajo luego de haber alcanzado las agujas del nevado, la sensación indescriptible de la naturaleza propia y la que, de suyo, les rodea. «Tendrás que verlo algún día», me dirán después. Desde mi puesto de observación alcanzo a ver sus diminutas figuras dando pasos de plomo; de repente, ventiscas, nubecillas de nieve se levantan con el aire y los alpinistas se pierden momentáneamente de mi vista. Los más lentos en el ascenso logran la cima una o dos horas después de los primeros, pero todos llegan, lo celebran después con un abrazo solidario en el albergue. No fue fácil, algunos estuvieron a punto de regresar, lo confiesan; otros sintieron la angustia y desesperación del oxígeno que se aspira con ahínco y parece no llegar a los pulmones. Los temores de una torcedura o el deslizarse involuntariamente en las grietas traicioneras ocultas por la nieve no dejaron de presentarse momentáneamente para algunos. El sueño de montaña, las pequeñas lagunas en la mente, la náusea intensa, son detalles que no faltan. «En dos ocasiones en que me senté por un momento, sentí que me dormí profundamente sin quererlo; no me volví a sentar otra vez», me dice uno de ellos.

El retorno

Javier Rojas es el primero en descender hasta el refugio, son casi las dos de la tarde cuando pasa junto a mí, que también vengo bajando de mi puesto de observación. Se adelanta sin detenerse mucho tiempo: «Antes de que me enfríe y se me entuman las piernas», me dice. Después bajarán Rafael Aragón y Alejandro Escudero. Para entonces, Javier ya nos ha platicado su experiencia. Regresan quemados de la cara: «Es el sol y el reflejo de la nieve», comentan. Vienen molidos de las piernas. A Carlos Martínez, el primero en alcanzar la cima, le tiemblan las manos cuando se desata los zapatos. Casi no han comido y han tomado pocos líquidos. Una naranja al llegar los refresca y reenergiza. Algunos se cambian las botas humedecidas por la nieve, otros se recuestan un momento, siguen comentando peripecias.

A las cuatro de la tarde, don Polo regresa por nosotros en una camioneta del tipo de las de la Segunda Guerra Mundial, quien nos mostrará que, con todo y su vejez, su potencia para el camino rudo no ha disminuido. Otros grupos de alpinistas llegan apenas al refugio; unos de Guadalajara, a quienes el Nevado de Colima les ha servido para entrenarse; otros del Distrito Federal, con éstos, el primer cura alpinista que conozco. Con sotana, cáliz y todo lo indispensable oficiará una misa un poco después dentro del albergue. Ellos entran mientras nosotros salimos. Cargamos el remolque y escuchamos al cura mientras llegan los últimos en el descenso. Han transcurrido ya doce horas de que iniciaron la jornada cuando llegan hasta nosotros. Concluida la celebración religiosa partimos hacia Tlachichuca nuevamente. En el camino, el atardecer nos deleita con un sol anaranjado y el resplandor de éste sobre la nieve del Pico de Orizaba, que así parece despedirnos. De regreso, una opípara cena en Tehuacán corona los esfuerzos y el éxito obtenido.

Diciembre de 1989

Llegamos después de casi once horas de viaje, cinco de ellas bajo la lluvia. Taxco se mira apenas entre la niebla y la llovizna. Ciudad de pendientes. Pequeñas luces dispersas, irregulares, sin líneas perpendiculares definidas. Nada que se parezca a los trazos urbanos de la metrópolis o las nuevas ciudades de México. A la entrada un gran arco, en su parte superior, se lee: «Taxco de Alarcón».

De la exhacienda El Chorrillo, que debe su nombre a la inmensa caída de agua que se observa a sus espaldas, doblamos hacia la derecha intentando subir la cuesta. La combi que traemos se niega a hacerlo debido al empedrado humedecido y resbaloso. La lluvia continúa. Lino zigzaguea e intenta que las llantas se aferren mejor al terreno. Esta hacienda es una de las cuatro que hicieron historia por aquí, las otras son: Cantarranas, San Juan Bautista y San Francisco Cuadra. Dicho sea de paso, Cantarranas perteneció a Hernán Cortés.

El Chorrillo data de 1524, su último propietario privado fue un tal señor Sullivan, excombatiente norteamericano de la Segunda Guerra Mundial, ahora radicado en Cuernavaca, quien la vendió al gobierno de Guerrero en 1977, según se cuenta bajo presiones del entonces gobernador Rubén Figueroa. Ahora se utiliza como casa de visitas del gobierno del estado y como albergue del Centro Experimental de Arte Dramático, el Taller de Artes Plásticas y otras instalaciones dependientes del Instituto Guerrerense de Cultura. Es en este lugar en donde se llevará a cabo el Foro Regional sobre Información y Archivos Públicos.

El amanecer es un espectáculo gratificante luego de observar la indolencia que priva en el mantenimiento de la hacienda, plagada de

goteras, humedad y hongos perceptibles al olfato. Rayando el día, las nubes parecen emerger de los cerros que la rodean. En la punta de Monte Taxco, se aprecia el hotel que lleva su nombre. Atrás, el agua cristalina de El Chorrillo, que cae casi una centena de metros desplegándose en tres vertientes, las cuales, al juntarse, por momentos semejan una cascada. Los manchones celestes destacan en el cielo aún nublado. Alrededor hay abetos, encinos, cucharillos, bugambilias, jacarandas, platanares, limoneros, helechos, musgos sobre el terreno, vegetación exuberante. El clima templado, el ornato de las flores, el dulce y matinal cantar de los pájaros inundan el ambiente.

El corazón de la hacienda tiene nueve habitaciones, pero cuenta con otras construcciones menores totalmente equipadas que, según se dice, fueron construidas por amigos huéspedes del señor Sullivan y quienes, luego de varios años de habitarlas, las legaron al propietario de la hacienda cuando regresaron a sus lugares de origen, casi todos a los Estados Unidos. Ahora, algunas de estas casas están destinadas al uso del gobernador, del oficial mayor, del director del Instituto Guerrerense de Cultura. La hacienda, hasta antes de la administración de Francisco Ruiz Massieu, dio también servicio a particulares, y fue ocupada por el Centro de Gastronomía Guerrerense que ofrecía comida a los huéspedes. Se cuenta que en dicho periodo la hacienda tuvo mejor mantenimiento que el que se le da ahora. «Desde mayo que no teníamos visitas, por eso los cuartos no se habían abierto» le responde don Regino a Anselmo Arellanes cuando le pregunta por el olor a humedad. Don Regino es el velador de la hacienda y ha trabajado en ella desde que la ocupaban los Sullivan. Su «sí, antes estaba mejor», es elocuente.

Santa Prisca

«Del lado izquierdo, del lado izquierdo, del lado izquierdo...», repite Isidro con la mirada en el vacío, tratando de recordar las frases memorizadas. Finalmente logra asir el hilo de su exposición y añade: «...tenemos el martirio de san Jacinto, una flecha en el brazo, otra en la pierna y la última en el pecho», como si recitara. Había hablado

casi sin interrupción. Nos daba a conocer una breve historia de la Catedral de Santa Prisca que escuchó de los «guías mayores».

Isidro es casi un niño, tiene apenas doce años y tres hermanos pequeños. Cuando sale de la escuela viene a trabajar aquí para lograr algunas propinas que lleva a su mamá. De los «guías mayores» ha aprendido que la Catedral de Santa Prisca fue construida por el español y riquísimo minero don José de la Borda, quien trajo aquí muchas de las tradiciones que caracterizan a Taxco. Isidro, casi sin tomar aliento, repite las historias de Santa Prisca, quien fue lanzada a los leones sin que éstos dieran cuenta de ella; del oaxaqueño Miguel Cabrera, quien pintó el martirio de la santa y el de San Jacinto; del propósito central de don José de la Borda para construir este increíble e impresionante templo; de los diversos retablos recubiertos de una tenue capa de oro de 22 kilates; de la virgen María que aparece embarazada en el segundo medallón del retablo, al costado derecho del altar. Historias para turistas que Isidro cuenta para ganar unos centavos.

Entre las más bellas descripciones de Santa Prisca destaca la de Manuel Toussaint, quien visitara la ciudad de Taxco a fines de los veinte y nos dejara una de las mejores crónicas de este lugar. Del frontispicio de Santa Prisca, Toussaint nos dice:

...dividida en dos cuerpos y un remate, la encuadran columnas geminadas: lisas las bajas, salomónicas las superiores. Sobre la puerta el escudo pontificio finamente esculpido como obra de un platero colonial y, arriba, un gran medallón ovalado que representa el bautismo de Cristo. El remate con una ventana coronada por una concha y los escudos a los lados; sobre la fachada, el reloj con la virgen y dos evangelistas, parece un gran reloj de chimenea, hecho en bronce dorado o en mayólica policroma.

Por la silueta desgarrada en esculturas y ornato las torres oscilan si se les ve desde lejos: parecen dos emociones temblorosas concrecionadas en piedra. El ojo goza siguiendo los detalles de su ornato, la filigrana de sus pilastras. Los campaniles inferiores descansan sobre ménsulas formadas por grandes máscaras: unas grotescas, trágicas otras...

Monte Taxco

Para caminar Taxco se requieren amplios pulmones y «buenas piernas», agrega alguien volteando a ver las de Cecilia, una linda lugareña. Sus vías de comunicación son estos callejones empinados que conducen por doquier. Sus calles irregulares sólo son comparables con las de otras ciudades mineras de México, pero aun ni Zacatecas ni Guanajuato tienen esos declives tan pronunciados. Los escasos terrenos planos que se encuentran aquí los ocupa la Catedral de Santa Prisca que, por cierto, no deja de ser estrecha comparada con otras; el pequeño zócalo, el palacio municipal, el campo de fútbol, es lo que alcanzo a ver desde Monte Taxco, cuyo ascenso me ha tomado treinta minutos desde la orilla de la carretera.

Las casas y edificios de Taxco parecen a la distancia como si estuvieran sobrepuestos, a semejanza de las pinturas que se venden a un costado de Santa Prisca. Techos de teja, muros encalados, remates y vigas de madera, balcones y ventanas, hierro forjado y fuentes interiores. Los elementos definitivos de la arquitectura de Taxco no dejan duda del estilo colonial que le dio origen e inspira aún su crecimiento con todo y el afán modernizador y la ruptura visual que representó el Holliday Inn, que afortunadamente quedó distante del casco de la ciudad.

La construcción de Taxco representó, sin duda, un serio reto que aún hoy da dolores de cabeza a los arquitectos: «Yo todavía no entiendo cómo es que construyen aquí», me dice el arquitecto y museógrafo Miguel Enríquez Troncoso, del Instituto Guerrerense de Cultura. «Imagínate nada más lo que significa sacar escombros y trepar el material entre los cerros y estas calles», agrega. Aunque el modelo arquitectónico de las casas es muy parecido, la variedades y medidas son infinitas. Dependen de los estrechos espacios con que se dispone, por lo que las casas y edificios tienen que adaptarse para crecer, casi siempre hacia arriba en dos o tres niveles.

Desde Monte Taxco, la Catedral de Santa Prisca se observa majestuosa. Destacan sus dos enormes torres, casi del mismo alto que el edificio que las sostiene. Los detalles de orfebrería, escultura y

arquitectura barroca, churrigueresca, sobre cantera rosa, se aprecian mejor desde el bar Pacos, frente a ella, franqueando el zócalo.

Caminando por los sinuosos y escarpados callejones de este lugar, uno se encuentra entre otros lugares de interés: la Iglesia de la Veracruz, en el antiguo barrio Tetelzingo, donde nació Juan Ruiz de Alarcón; la Casa Humboldt, que nos recuerda el paso del barón del mismo apellido; la Iglesia de Guadalupe; el Museo de Antropología; las platerías y hoteles más conocidos. «Hotel Monte Taxco, donde sí brillan las cinco estrellas», leemos durante nuestro ascenso en teleférico. Cuenta con Club de golf, caballos, alberca, tiendas diversas y hasta una galería del INBA.

Ixcateopan

Serpenteando entre las montañas, a 36 kilómetros de Taxco, saliendo por la avenida Cuauhtémoc, llegamos a Ixcateopan. En el trayecto, en plena sierra, caseríos dispersos, talleres de carpintería que abastecen a los mercaderes de Taxco, vegetación abundante que recrea la vista y anima el lento recorrido, caídas de agua y arroyuelos. Una cascada que invita a detenerse: ronroneo del agua, inevitable acometida, chispas perladas que saltan juguetonas al estrellarse el líquido en las rocas, aire fresco que humedece el ambiente, el pelo, la ropa. Vuelta al camino entre encinos y cedros. Qué Alpes ni que nada, el cerro del Huasteco y sus ramificaciones.

—Ixcateopan —nos ha dicho antes de partir Guillermo Marín, ahora coordinador de cultura en esta ciudad—, es como el Taxco de hace un siglo.

Las tejas rojizas, los muros de adobe, los cimientos de piedra y mármol sin tallar, los interiores austeros, apenas unas sillas, la mesa, la cama. En las calles, los artesanos puliendo mesas de cedro, sillones de gruesas estructuras, sólidos y pesados escritorios. La calle principal y el zócalo están empedrados con materiales de los ricos filones de mármol que abundan por aquí. El kiosco se encuentra en el centro de la plaza, donde un grupo de pequeños, entretenidos, se lanzan proyectiles con ligas adheridas a rifles y pistolas de madera.

Alrededor, la vieja iglesia ahora retirada del culto, el palacio municipal, las tiendas principales de abarrotes y muebles de madera, el Museo de la Resistencia Indígena.

Pintoresco, legendario, trabajador, con sello y estilo propio, Ixcateopam se levanta a lo largo de la loma rodeada de grandes barrancas y hondonadas.

Los restos de Cuauhtémoc

Con vehemencia, en el interior del viejo templo, colocado a un lado del mausoleo que guarda los supuestos restos de Cuauhtémoc, don Jairo Rodríguez Olmos, quien se considera sin decirlo, descendiente del último gran Tlatoani, nos cuenta la historia.

Ofrece datos, fechas, autores, versiones, documentos, para comprobar que los restos que ahí vemos son los de Cuauhtémoc. El ambiente resulta extraordinario. La atmósfera nos pesa como plomo; la tumba de Cuauhtémoc dentro de un templo católico. Los mitos y tabúes aquí se rompen, la constancia evidente de la conquista, el levantamiento de los recintos sagrados del catolicismo sobre los de las instituciones religiosas prehispánicas, las estrategias de los evangelizadores para enganchar sus concepciones y rituales; el sincretismo religioso.

Ante la oscuridad del recinto, don Jairo ha encendido las luces. Al frente, el altar del viejo templo de la Asunción en Ixcateopam. En medio del mismo, sobre un bastidor de madera, una pintura de Cuauhtémoc. Más arriba, una pequeña vitrina en cuyo interior se observan restos de osamenta, tierra y piezas ornamentales. A un costado del altar un rosetón, aparentemente un símbolo de poder. En otro costado, la pintura de un ángel en ascenso con las alas desplegadas. Al frente del altar, en un pulcro, grueso e imponente mausoleo blanco, sobre un nicho antropomorfo, los restos óseos de Cuauhtémoc perceptibles a simple mirada. Un grueso cristal apenas los separa de nuestros ojos. Abajo, en la cavidad de la tierra de donde fueron exhumados, un agua cristalina en cuyo fondo se ven pequeñas piedras de mármol blanquecino.

Según la versión de don Jairo, fue su padre, don Salvador

Rodríguez Juárez, el último depositario del secreto que ocultaba el sitio donde reposaba Cuauhtémoc. No fue, sin embargo, él quien lo hizo público sino el cura del lugar, a quien don Salvador cometió la indiscreción de comentárselo. «Mi familia lo guardó por 450 años, el cura no pudo conservarlo ni por cinco días». Después de que el cura lo hizo saber en el púlpito, intervinieron el presidente municipal, el gobernador y el mismo presidente de la República. El Instituto Nacional de Antropología e Historia, por conducto de Eulalia Guzmán y Anselmo Marín Flores, se dio a la tarea de revisar los documentos celosamente guardados por don Salvador y de exhumar los restos. Fue fray Juan de Tecto quien a fines de 1524 bautizó a Cuauhtémoc con el nombre de Martín Fernando, habiendo nacido éste en 1500, hijo de Ahuizo, que no de Ahuizotl, quien fue su abuelo, y de una nativa de Ichi-ca-teopam, ahora Ixcateopam.

Agrega don Jairo que Cuauhtémoc fue colgado y muerto en Izankanak y, conforme a la tradición, sus restos debían ser sepultados en su lugar de origen que era «Ichicateopan». Es por ello que sus seguidores descolgaron su cuerpo y lo trajeron hasta este lugar, donde un cura lo sepultó, y donde tiempo después levantó el templo. Durante 450 años se guardó este secreto, sólo transmitido entre los descendientes de Cuauhtémoc, hasta que debido a la indiscreción del cura antes citado se reveló. Don Jairo da detalles adicionales, pero los ruidos agudos de los murciélagos que vuelan a nuestras espaldas nos impiden seguir conversando.

Cierto o no, los hipotéticos restos hicieron levantar aquí una enorme estatua que se encuentra a la entrada de Ixcateopam y el Museo de la Resistencia Indígena, éste que recorreremos a zancadas, pues la noche se nos ha venido encima y debemos regresar a Taxco. La toma de Tenochtitlán, el suplicio de nuestro héroe, las guerras contra los indomables lacandones y otros grupos indígenas que, como los yopes de Oaxaca, prefirieron suicidarse a caer en manos de españoles, son ilustradas con bellísimas pinturas hechas sobre amate y textos de los cronistas que se aprecian aquí.

De regreso, entre la neblina, apenas distinguimos el camino. Un percance inesperado nos saca del somnoliento andar a vuelta de

rueda: ha caído un enorme encino sobre la carretera que impide a los autos avanzar. Se nos inquiere si traemos cuerdas, machetes o hachas. Bajamos del carro y ayudamos a quitar ramas y levantar la hojarasca; de un camión de pasajeros desciende una pléyade de ayudantes. Finalmente, entre todos y la ayuda principalísima del autobús que jala con varias cuerdas, el encino cede y es colocado al borde del abismo. Uno de los carriles se ha logrado despejar, los vehículos nuevamente marchan. Fotos del tequio, notas para la crónica.

La capital de la plata

Junto con José de la Borda y Juan Ruiz de Alarcón, don Guillermo Spratling forma parte de los prohombres que recuerdan los taxqueños. A Spratling, un emigrado norteamericano, se debe en buena parte la tradición y fama lograda por la joyería y orfebrería de Taxco.

Aunque la minería se desarrolló aquí desde mucho tiempo atrás—el propio Hernán Cortés poseyó en este lugar varias minas—, el arte de la platería es un fenómeno relativamente reciente. A él se dedica ahora una buena parte de la población económicamente activa en infinidad de talleres que nos recuerdan el llamado «trabajo a domicilio». Los grandes mercaderes proveen a los artesanos de la materia prima y del crédito, comprometiendo así la producción. La platería forma parte de la vida y ámbito cotidiano de los habitantes del solar nativo del autor de *La verdad sospechosa*, *Ganar amigos*, *No hay mal que por bien no venga*, don Juan Ruiz de Alarcón. Casi podría decirse que no hay familia en Taxco que no tenga un platero en su seno. «Desde niños nos enseñan el oficio que nos dará de comer algún día», nos dice Benito, quien nos guiará por algunas platerías y, en amistosa charla, por el camino de la gastronomía guerrerense, aderezada con pozole, iguana, codorniz, conejó.

Taxco de bellos perfiles
y de sonoras campanas
tu alimento son jumiles
y lo demás, caravanas.

Como las chicanas en Oaxaca, los jumiles son usados para dar sabor a las salsas. Se trata de un hemíptero de centímetro y medio de largo que aparece al término de la temporada de lluvias, entre octubre y enero.

De Taxco es ya famosa la Feria Anual de la Plata, organizada durante la última semana de diciembre y que atrae a infinidad de turistas y compradores de diversos países. En la tienda de los Ballesteros vemos algunas de las piezas que han obtenido primeros lugares en los concursos recientes: un Cristo de plata sobre una cruz de madera, actitud hierática; una indígena en cerámica sosteniendo una preciosa iguana de plata.

Collares, anillos, cadenas, aretes, prendedores, pulseras, llaveros, estuches, cubiertos de mesa, en fin, todo lo imaginable e inverosímil. El mercado de la plata de Taxco rebasa nuestras fronteras, se encuentra plata de este lugar en Nueva York, Chicago y Los Ángeles. Los orfebres y joyeros nos muestran sus catálogos de productos para la exportación con incrustaciones de piedras preciosas. Los precios de algunos de ellos son estratosféricos: «veinte millones este juego de té», (pesos viejos, por supuesto).

1993

Igual que Oaxaca, Puebla, Querétaro, Guanajuato o Morelia, Zacatecas tiene el encanto e interés de las ciudades coloniales, llenas de historia y leyendas inverosímiles. Sus edificios son en cantera rosada, como en Morelia, destaca en ellos el talento y el trabajo de filigrana de los artistas barrocos y, mejor aún, el del arte churrigueresco del que la portada de la catedral es el ejemplo más logrado. En su frontis parece no haberse querido dejar un centímetro libre sin tallar: ángeles y querubines, los San Pedros y San Pablos, las hojas largas y cortas de clara influencia grecorromana, las escenas bíblicas por doquier, la representación del Espíritu Santo con las alas abiertas, la imagen de la paz. Cuando uno alza la mirada a sólo unos pasos de traspasar la puerta, ¡oh! extraña impresión: una visión irrecusable de un paraíso glorioso se nos impone en medio de un concierto visual que se hace audible, casi polifónico. Una maravilla.

A un costado de la catedral, el palacio de gobierno. Un bello edificio, aunque austero y pequeño, nunca de las dimensiones del de Chihuahua (el antiguo edificio), que quiso darle magnificencia al Poder Ejecutivo de aquella entidad fronteriza. En las escalinatas de acceso a la planta superior del palacio zacatecano, la historia resumida de la provincia de la Nueva Galicia como se le conoció, en un mural concluido en 1970 por Antonio Pintor Rodríguez. Resaltan aquí los prohombres de las letras, las artes y la política de esta región, entre ellos López Velarde; más arriba, en la planta alta, la placa alusiva a la presencia del Benemérito, quien se alojó en el palacio del 21 al 27 de enero de 1867.

La sede del Poder Legislativo se encuentra, desde hace apenas unos años, en el lugar donde antes estuviera la Alcaicería de San

Agustín, que primero fuera convento y después, hasta el siglo XIX, un hospedaje popular.

Zacatecas tiene la frescura y lozanía de nuestra provincia. Muchas de sus calles conservan aún su adoquín original, sus ventanas de hierro, sus puertas de madera centenaria. No dejan de verse por sus calles los asnos cargando grandes ollas de barro taponadas con pedazos de maguey para evitar que se desparrame el neutle o pulque. El aire de la ciudad es limpio y fresco, recordemos que está a una altura superior a los dos mil metros sobre el nivel del mar. Algunos dicen, sin embargo, que el calor suele ser duro también.

Los callejones, los pasillos estrechos, las calles sinuosas, las largas pendientes y las escalerillas por todos lados nos recuerdan un poco a Guanajuato o Taxco, no en balde también éstas, como Zacatecas, tienen un denominador común: su pasado minero. Actualmente Zacatecas sigue siendo uno de los principales centros mineros del país, aunque conserva su condición de enclave, pues el mineral se envía en bruto a otras entidades industriales del país, como Chihuahua y Nuevo León, donde es procesado.

De los resabios de la minería, Zacatecas cuenta ahora con la mina del Edén, la cual ha sido convertida por sus propietarios en un centro de atracción turística. Fue construida a fines del siglo XVI y laboraban en ella cerca de cuatrocientos hombres con puro cincel y marro, siendo éstos pagados sólo con puños de maíz y frijol. Conocer el interior de una mina es impresionante, no únicamente por lo que vemos: los diferentes niveles, las rutas que va imponiendo la veta, los deslaves y la humedad, las corrientes subterráneas ¡en fin!; es impresionante también por lo que no vemos, ¿quién puede imaginarse el trabajo titánico, los riesgos permanentes de la fatalidad, los gases tóxicos, el calor o el frío extremo, los acomodamientos de la tierra, los derrumbes y sus funestas consecuencias y, por si fuera poco, el final de la vida productiva?

Después de haber bajado cerca de 200 metros, para salir de la mina puede tomarse un elevador que llega a una distancia similar, del socavón más cercano a la punta del cerro. Desde allí y a la distancia, se puede admirar la ciudad uniformada en guinda y blanco. Un guinda

poco más encendido que el de nuestras bugambilias, aunque más tenue que el del terciopelo con el que se cubren las imágenes de la iglesia en Semana Santa. Un teleférico puede llevar al visitante del Cerro de la Bufa al Cerro de la Grilla, una hermosa vista aérea de la ciudad.

Desde las alturas pueden distinguirse el teatro Calderón y algunos de los museos de Zacatecas, entre ellos el Pedro Coronel, el Francisco Goitia y el Toma de Zacatecas. El teatro Calderón (construido en 1881), aunque no tiene la fastuosidad del teatro Macedonio Alcalá en Oaxaca, el Juárez, en Guanajuato, u otros construidos en las postrimerías del porfiriato, posee un enorme y bello mezzanine. El museo Pedro Coronel, cerca de la iglesia de Santo Domingo (también una joya de la arquitectura zacatecana), posee una colección de fotografías, periódicos, mobiliario, armas, artillería, indumentaria y documentos de la Revolución y, particularmente, de los generales Pánfilo Natera y Rosendo Rayas.

Mayo de 1988

III. LA FRONTERA Y MÁS ALLÁ



AL ESTE DE LOS ÁNGELES

Plaza Olvera

Alrededor de la plaza Olvera se encuentra el centro histórico de Los Ángeles. Comprende la casa del último gobernador del periodo mexicano en California, la iglesia de la Placita, la vieja estación del ferrocarril, la alameda, la plaza central y el kiosco.

En sus pasillos, artesanías y comida mexicana. Platillos típicos: mole poblano, chiles rellenos y Corona extra. Restaurantes con ornamentación patriótica que favorece nuestro nacionalismo.

La iglesia se ha convertido en el centro de confluencia de los "paisas", de los que vienen en busca de trabajo y de los que aquí buscan el consuelo.

Caras y cuerpos fatigados, ansiosos, temerosos de la migra y un mañana incierto, sin dinero en los bolsillos, pasean por los alrededores con sus esperanzas y escasas pertenencias. Bolsas de plástico, pequeñas maletas de deportes.

Al este de la plaza Olvera se extienden los barrios de los mexicanos ausentes, de los chicanos, de "otros latinos" como identifican genéricamente a los hispanohablantes.

Sobre la First Street se encuentran los puestos de tacos, los bares, las panaderías, las carpinterías, los talleres con nombres en español: Rinconcito de Acapulco, La norteña, Qué lindo Veracruz. Calles más adentro, el Mercadito de la Primera, como le conocen; en la planta baja, los puestos de tomate y legumbres, los quesos, las carnicerías, las cervezas del país: Carta Blanca y Bohemia. En el segundo piso, restaurantes y cenadurías y mariachis en cada pasillo. Los concurrentes,

nostálgicos, piden sus canciones Caminos de Michoacán, Qué bonito es Chihuahua, Veracruz de Agustín Lara.

En los alrededores de la zona, desperdigados, más de un millón de mexicanos viendo la televisión, regando sus plantas, platicando en los patios, bajo un poste de luz o en el cofre de algún automóvil viejo.

La prosperidad de los emigrantes con frecuencia es ficticia. Viviendas de madera, muebles de segunda mano, paredes desteñidas, a veces enmohecidas por el salitre y el detritus industrial de esta enorme ciudad.

Son pocos en proporción los que acceden a una clase media o alta. Generalmente los que hicieron sus fortunas en México y hoy viven acá. Una reducida burguesía media involucrada en la industria.

La mayoría de los mexicanos aquí viven de su salario, cuando lo tienen. Margarita me cuenta que trabaja en un hotel pequeño, ya tiene su casita, vive mejor que en México, pero trabaja muy duro. No tiene vacaciones o descansos realmente gratificantes.

Los Ángeles es una ciudad enorme, de rostro gris pétreo, concreto armado, chimeneas, containers, vías férreas, tráileres, deshuesaderos. Se extiende a lo largo de la calle Washington, millas y millas con la cara al Pacífico. Confluencias mercantiles en el puerto y productos con destino a todos los confines del planeta.

El Aeropuerto Internacional de Los Ángeles, uno de los de mayor tráfico en el orbe, se compone de decenas de salas, estacionamientos, líneas de transporte y un restaurante aéreo y circular para ofrecer una perspectiva panorámica a sus clientes.

De la cara amable de Los Ángeles, las avenidas de Santa Mónica, los grandes aparadores, los turistas prósperos en las aceras, los restaurantes de comida internacional, Beverly Hills, limusinas, Rolls Royce, BMW, grandes mansiones, jardines de dimensiones monumentales. Opulencia y glamour.

En Hollywood se encuentra el Chinese Theater, construido a fines de los veinte. Su propietario gozó ver a sus artistas preferidos dejar las huellas de sus zapatos en las losetas de cemento a la entrada. Otros dejaron sus firmas, dedicatorias o las marcas de las palmas de sus manos. La práctica se hizo tradición, hoy vemos entre muchas, las

firmas de Ava Gardner y Clark Gable, o de Clint Eastwood y Silvester Stallone.

La visita obligada a Disneylandia para que disfrute mi hijo Pavel: el paseo en submarino, el video de Michael Jackson, el mundo de los pequeños, el vuelo de Peter Pan, el paseo de la Jungla, el viaje por ferrocarril. Por la tarde La feria de la granja con disfraces de zanahorias, tomates, mazorcas, cebollas y brócoli. Cabras, mulas y caballos de verdad, no de utilería. Desechos pastosos y orines espumosos arrancaban carcajadas e hilaridad y captaban más la atención que bailarines y bailarinas moviéndose como maquinitas, con pasos mecanizados y sonrisas artificiales.

Por la noche, el desfile eléctrico y los fuegos pirotécnicos. Salimos de ahí a las nueve de la noche y el calor del verano aún persistía inclemente.

Septiembre de 1988

QUIEN NO HA VISTO GRANADA NO HA VISTO NADA

MADRID

El turismo es una cadena en la que cada eslabón juega su papel. El chofer que te recibe en el aeropuerto para instalarte en el hotel, la recepcionista que te hace los trámites, los guías especializados en zonas y lugares específicos.

—Vean ustedes de este lado la mejor vista del Palacio Real y La Almoneda, la Catedral de Madrid.

Desde el sitio en que nos encontramos se divisa el río Manzanares, muy famoso, pero de escaso caudal.

La visita a la ciudad el primer día: el Museo del Prado, la Fuente de Cibeles, la de Neptuno, La Castellana, La Ópera, El Oso y el Madroño, árbol que le da origen a la palabra «Madrid», la Plaza de España con sus estatuas de El Quijote y Sancho Panza.

A nuestra llegada a la ciudad sentimos un poco de frío.

La caminata obligada con paradas en El Corte Inglés, la cadena más famosa de tiendas en España. Vemos un tápalo negro con el mismo tipo de flores que se bordan en algunos trajes del Istmo de Tehuantepec, los mismos colores y tonos, los mismos terminados, hilos que nos enlazan culturalmente a España con México.

La Gran Vía

La Gran Vía es la calle más transitada de Madrid. A un lado y otro, salas de cine, teatros, cafés, tabernas, estanquillos de cigarros y dulces, boutiques, restaurantes. Los peatones se desplazan con lentitud

en algunas zonas donde se realizan obras de mantenimiento. La calle poblada en el día y por la noche también. El teatro Coliseo, donde escucharemos a Paloma San Basilio en la comedia musical *My Fair Lady*.

La noche de sábado hemos visto cientos de jóvenes en pequeñas o grandes parvadas que pululan en busca de diversión, música, acción. Los vasos de vino en la mano, bueno para el aire gélido que cala los suéteres, los sacos, las chamarras. Un pordiosero tiritita en medio de la calle y de la noche.

De la Gran Vía se desprende, a la altura de la Plaza del Callao, una calle transversal que conduce a Plaza del Sol, así llamada porque desde ahí, iridiscentes como rayos de luz, se desprenden siete calles que toman hacia distintos rumbos cardinales de la capital de España y el interior del país.

Entre las calles que dan a Plaza del Sol, los domingos se pueden visitar las callejuelas del Barrio Latino y adquirir todo tipo de chucherías en el tianguis semanal: libros, monedas, joyas, instrumentos musicales, fotografías, radios, estatuillas hindúes, chinas y otras chácharas. Paraíso de coleccionistas y de "ratones" que pepenan carteras, bolsas de mano, las compras del día.

En las esquinas, de tramo en tramo, los domingos también se encuentran músicos, mimos, malabaristas, guitarras, acordeones, saxofones, flautas, castañuelas, solistas, dúos, grupos musicales. Arte en la calle en busca de algunas monedas para enfrentar la semana.

El Escorial y el Valle de los caídos

A doce kilómetros de Madrid, El Escorial es un monumento a la megalomanía de Felipe II, quien dominó España en el siglo XVII y en donde encontramos su tumba y la de toda su dinastía.

Desde luego, El Escorial es imponente no sólo por su condición de panteón real (es una cámara circular construida con granito, mármol y bronce) sino por las dimensiones del edificio y su belleza arquitectónica.

La riqueza artística que ahí puede admirarse es sorprendente. Las bóvedas al fresco de Lucas Giordano (El éxodo de los israelitas y La gloria de la monarquía española); El Cristo crucificado, escultura en mármol blanco de Carrara, labrada por Benvenuto Cellini; La última cena, de Tiziano y las esculturas orantes en metal de Leoní representando a Felipe II y a su familia.

Deslumbra, por sus estanterías y pinturas al fresco en la bóveda, la Biblioteca Real, que a lo largo de 55 metros de largo contiene más de 40 mil volúmenes, entre los que se encuentra una colección de manuscritos latinos, hebreos y árabes.

Se dice que Francisco Franco, quien no tenía destino en El Escorial por su condición de plebeyo, no quiso quedarse atrás y mandó entonces construir indirectamente su mausoleo en la ahora Basílica del Valle de los caídos. Se llamó así en homenaje a los muertos de ambos bandos de la Guerra Civil Española.

De sol a sol, en esta obra participaron miles de presos (incluidos los presos políticos) realizando trabajos forzados. Por cierto que en la exposición 150 años de la fotografía de España, que se inauguró en el Museo Manuel Álvarez Bravo de nuestra ciudad capital con motivo de la Presencia de España en Oaxaca, encontramos varias fotografías de Franco. En una de ellas el dictador, en una actitud condescendiente, levanta la mano para contener a sus guardias que detienen el paso a una mujer que se le acerca para hablarle de su marido preso. La mujer, en su atrevimiento, muestra también su desesperación. El general Franco va rodeado por una comitiva de empresarios, funcionarios y jerarcas religiosos. La multitud observa.

Para construir la basílica, que se quiso hacer más grande que la de Roma, los presos tuvieron que horadar más de 200 metros de piedra. Muchos quedaron aquí sin vida, heridos, lisiados; les ofrecieron ganar dos días de libertad por uno de trabajo.

En 1975, a la muerte del "generalísimo", aquí se enterraron sus restos.

De la roca firme del cerro en que se construyó la basílica se desprende, imponente, una cruz de 150 metros de alto.

SEVILLA

Sevilla nos recibe de noche con guitarra clásica y flamenca, así como con una fugaz pero intensa representación de la ópera Carmen, cuya historia se tejió en la antigua fábrica de cigarros de esta ciudad. Hoy esa fábrica forma parte de las instalaciones de la Universidad. En Oaxaca tuvimos recientemente la oportunidad de ver completa la obra en el marco del Festival de otoño.

Caminamos al día siguiente por los jardines del parque María Luisa, llamado así en recuerdo de quien cedió sus terrenos para llevar a cabo, en 1929, la exposición conmemorativa del “descubrimiento” de América.

Recorremos rápidamente los edificios construidos para la exposición por los distintos países iberoamericanos. México mandó realizar el símil de una pirámide.

Ciertamente el más sorprendente es el de España. A lo largo y convexo de un hemicíclo y sobre bellos azulejos, se da una visión rápida de la geografía e historia de las 49 provincias españolas. En el piso, los mapas de cada una de ellas con la ubicación de sus principales poblaciones.

La catedral

La antigua mezquita, hoy Catedral de Sevilla, se destruyó por un temblor y hoy sólo se conserva el alminar y algunas partes del cuerpo original. La iglesia abarca una hectárea completa, lo que da idea de sus dimensiones. Se dice que es la tercera del mundo católico después de San Pedro en Roma y la de San Pablo en Londres. Ninguna puede ser más grande que la de Roma, ha dicho el papado.

La Giralda, símbolo de Sevilla, es el campanario de la catedral y formó parte del alminar de la antigua mezquita árabe.

El altar mayor está hecho con 2 mil kilos de oro puro proveniente de las colonias. Tomó 50 años de la vida del escultor que lo construyó. Escenas bíblicas y la Pasión de Cristo en pequeña escultura.

Frente al altar, una hermosa sillería construida con cedro de

Líbano. Hermosas esculturas en el mismo cedro. A los lados, dos órganos más grandes que el de Tlacoahuaya hechos con caoba de Cuba.

Entre los tesoros de la catedral hemos visto una custodia para el Santísimo hecha con 300 kilos de plata.

El Guadalquivir

En el Guadalquivir, un río todavía navegable como antaño en que conectó las travesías interoceánicas entre España y sus colonias de América, el frío vespertino de esta temporada golpea sobre el rostro.

El puente conmemorativo de los 500 años está suspendido en una sola columna atada por gruesos tensores en el otro extremo. Semeja un arpa gigantesca.

Desde el barco en que viajamos podemos identificar: el edificio del Archivo de Indias hoy remodelándose; la Torre del Oro en la que se recibía el metálico que salía de Veracruz o de Cartagena (de esta construcción también hay una fotografía en la exposición que antes he mencionado); el puente de Triana, que nos conduce al barrio del mismo nombre y en el que veremos después a la virgen de la Macarena.

Con razón reza el dicho popular: «Quien no ha visto Sevilla, no ha visto maravilla» y lo que otros agregan, «quien no ha visto Granada, no ha visto nada».

GRANADA

Desde el mirador de Mijas, un bellissimo pueblo blanco en la montaña, la vista panorámica: el verdor del lomerío, los pequeños valles y las colinas, los promontorios por aquí y por allá, los pinos espigados y desperdigados. En el fondo, el mar y la ciudad de Fuenligeras, a la orilla de la playa, los yates y veleros desplazándose, el mar azul y el cielo que se abre paso entre las nubes que nos han seguido por todo el camino, abriendo y cerrando el grifo de la lluvia intermitente.

Después de Mijas, llegamos a Granada.

Visitamos El Albaicín, el barrio árabe, las calles estrechas y

zigzagueantes, los techos de teja, los azulejos y platos de cerámica en las portadas de las casas, las macetas pletóricas de flores, la herrería negra en las ventanas y balcones, similitudes palpables con el terruño. A la distancia se divisan la muralla protectora y los castillos de La Alhambra; al fondo, la figura majestuosa de la Sierra Nevada pintada de nieve.

La Alhambra luce en su interior espléndidos jardines, los pinos esculpidos formando arcos, círculos, estrellas, geometría vegetal de manos diestras. La rodean, como un cinturón, los ductos que llevaban el agua que los árabes condujeron con maestría de ingenieros de los deshielos de la Sierra Nevada. Qué alegría y seguridad habrá significado para aquéllos que venían del desierto; tuvieron aquí un oasis permanente.

El Palacio del Sultán se divide en varias salas, la del propio monarca, la de justicia, el asignado a la sultana, la preferida, la del resto del harem. Los detalles ornamentales exquisitos que tapizan literalmente las paredes, las columnas y los techos, orfebrería sobre el mármol, el basalto, el yeso fraguado por manos de artista. La fantasía mudéjar en toda plenitud. Cien años tomó construir la primera etapa de La Alhambra. Tomó otros muchos su conclusión.

Los moros fueron expulsados en 1492, después de ocho siglos de dominio de la mayor parte de la península ibérica. Fueron los mismos reyes católicos, Isabel y Fernando, quienes lograron la rendición del último califa en tierras españolas. Después financiarían el viaje de Cristóbal Colón. Carlos V construiría en La Alhambra, sin concluirlo totalmente, otro palacio monumental que sólo ocuparía ocasionalmente.

Los árabes fueron desplazados del poder, pero quedó buena parte de su impronta cultural en la arquitectura y ornamentación de la vivienda, la cerámica, la comida, la música, la danza, los palacios monumentales.

La Mezquita de Córdoba es un ejemplo más del arte, la religión, la espiritualidad del mundo musulmán.

La Mezquita de Córdoba

La Mezquita o Aljama ocupó más de dos hectáreas de terreno, 23 mil metros cuadrados. Pueden distinguirse en su estructura varias zonas de particular belleza y relevancia.

Destacan el alminar de más de 30 metros de altura, hoy convertido en el campanario de la catedral en que devino la mezquita. Desde el alminar, los almuédanos llamaban a los fieles a orar cinco veces al día con dirección a La Meca.

Adelante del alminar, el patio de las abluciones para purificarse.

En el interior de la mezquita, la sala de oración de los fieles, más de mil columnas de mármol, granito y alabastro. Arquería profusa que une las columnas por parejas. Cada hilera de columnas está formada por doce arcadas. Semejantes a un acueducto.

La mezquita, construida con piedra maciza, tiene once naves. Una al centro, la principal.

Destaca la decoración en mosaicos bizantinos color púrpura, amarillo, verde claro, azul, blanco y negro; mármol cincelado; inscripciones cúficas alusivas al Corán; motivos vegetales de origen oriental.

En el interior, la almazara, de acceso únicamente para el califa o el sacerdote. En este sitio está el mejaram, para la exposición y lectura del Corán, el libro sagrado de los musulmanes.

En el año 1239, tras la reconquista de la ciudad de Córdoba por Fernando III, la mezquita fue convertida en catedral de Santa María Madre de Dios.

Arte flamenco

Los movimientos enérgicos, vertiginosos, la pasión gitana en la danza. La actitud altiva, soberbia, de hembra briosa, indomable. El taconeo, una metralla. El rasguído vibrante, compulsivo de la guitarra y las suaves, agudas, afiladas, melancólicas notas del violín. La caja de madera, las percusiones que marcan y remarcan los pasos. El canto de lamento que recuerda la historia, que puya a la «bailaora».

—¡Olé...vamos... anda!

Estamos en el palacio del flamenco, a un costado de una cueva gitana que hurga en las profundidades del vientre de la montaña.

Después de la energía de la danza gitana, la suavidad y sensualidad de una danza morisca, recuerdo de La danza de los siete velos.

Abril de 2002

Maracaibo es y ha sido una ciudad extendida con amplios espacios habitables, en cuya superficie, ahora, también se observa un uso intensivo de la tierra. Si bien no podemos hablar de rascacielos, un pequeño ejército de edificios medianos enseñorean el paisaje urbano dando la imagen de una ciudad moderna bañada de concreto. La ciudad ocupa el segundo lugar de Venezuela (después de Caracas) por sus dimensiones físicas, económicas y demográficas, con una población que rebasa el millón de habitantes. Además, Maracaibo forma parte de la zona petrolera más importante del país.

Ubicada en la frontera con Colombia, recibe de ella la influencia de la cumbia y la emigración de los indios guajiros, quienes igual que las «Marías» en México, venden toda clase de chácharas, aunque con mercancías más vastas y diversificadas: ropa, relojes, grabadoras, cigarrillos, etcétera. También de Colombia se nutre de narcotraficantes, desempleados y cleptómanos, frente a los cuales la sociedad civil y el Estado han desarrollado una infraestructura de seguridad «muy arrechá», como dicen los maracuchos. Seguros en el tanque de gasolina, en las cajuelas, en el volante, etcétera, son accesorios indispensables en los autos, que fácilmente pueden venderse por la cercanía de la frontera.

La modernidad y la influencia evidente del *american way of life* no excluye la preservación de tradiciones como la «gaita», las «arepas», las «ayacas» y toda clase de manifestaciones populares que como siempre son más perdurables que lo de moda. La gaita constituye una expresión peculiar y autóctona del estado de Zulia, donde se asienta Maracaibo. En su interpretación se utilizan algunos instrumentos que a los mexicanos comunes nos son desconocidos, como el «turrucó» (de

percusión) y la «charrasca», que es parecido al «güiro», pero de latón. En fechas más recientes, la inclusión de instrumentos electrónicos ha provocado hasta marchas de protesta para defender a la gaita de la “modernidad” y la búsqueda de una originalidad a ultranza que deviene fallida y extralógica. Este tipo de música se toca principalmente en diciembre y se realizan concursos para fomentarla. En esta ocasión me tocó verla ejecutar en la iglesia de Santa Lucía. Entre los instrumentistas sorprendí a uno que me impresionó por el fervor con que encabezaba los cánticos y sus aplausos y porras a la virgen al término de cada melodía. Muestra palpable del sincretismo religioso de los pueblos latinoamericanos.

Las fiestas populares, como la de Santa Lucía, son puertas de acceso a un estudio fotográfico en donde se retrata al pueblo en sus alegrías, sus «antojitos», sus juegos, sus bebidas típicas, sus danzas, etcétera. Aquí comimos los «tequeños» y vimos los famosos «pinchos» y «ayaquitas» de masa blanca; también bebimos cerveza Regional que con la Polar y la Nacional son las más vendidas. «Señor, señores, si usted se toma una Nacional, usted se lleva una de regalo».

Dentro de los sitios de interés de la ciudad se encuentra el enorme mercado de las pulgas, lleno de algarabía y muchedumbre. Mercado popular que confronta a las modernas edificaciones comerciales, como el Centro Costa Verde, con más sabor a clase media y alta, y más oloroso a bolívares que a fritangas y guajiros. La plaza Baralt y el parque Urdaneta, cercanos al mercado. El enorme puente que une las puntas del lago de Maracaibo, portento de ingeniería y trabajo humano, vínculo de unión de dos extremos del territorio nacional y de sus habitantes. La Basílica de Chiquinquirá, patrona de los maracuchos, y cuya relación con la virgen de la Chinita no me quedó clara. Los distintos núcleos de la Universidad de Zulia, donde trabajan mis amigos David, Ender, Noris y Welkis, de la Maestría de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, quienes me invitaron a dar un curso en esta ciudad. Unidades dispersas para evitar la concentración de los universitarios, que en Venezuela siempre han tenido una participación política relevante. Ejemplo de ello son Jovito Villalba, Rafael Caldera y otros dirigentes estudiantiles en sus años mozos y personajes políticos

de muchos años. De las universidades han surgido las consignas, las luchas y partidos más importantes de la arena política venezolana: COPEI, Acción Democrática, Movimiento al Socialismo, etcétera. En Maracaibo hay que estar también en Santa Rosa, un barrio cercano donde se come pescado; asimismo hay que conocer los palafitos, antiguas viviendas dentro del lago sostenidas por postes de madera.

La ciudad trasluce, a pesar de la crisis económica de que se habla, los efectos de los excedentes petroleros que hicieron de Venezuela, por un tiempo, un país afortunado en un mundo agobiado. Si la crisis del capitalismo mundial en su fase actual puede ubicarse al inicio de los setenta, en este lugar, a partir del 73 en que aumentan los precios del petróleo, se observó una elevación del nivel de vida, crece la industria de la construcción, la importación de bebidas y alimentos y el consumo de artículos suntuarios. Cambia la fisonomía de sus ciudades, la clase media y los venezolanos se habitúan a un modo de vida del que ahora se alejan cada día. El ron sustituye al whisky; el viaje a la ciudad andina de Mérida, al de Miami; las fiestas institucionales a las privadas. No obstante, la ciudad, las casas, las grandes obras urbanísticas, la infraestructura industrial, la siderúrgica, son un reflejo de las «vacas gordas», que empezaron a desmejorar con la devaluación del bolívar, la moneda del país, de 4,50 por dólar a 12,50 en el mercado libre.

La crisis se resiente porque Venezuela importa aún 60 por ciento de los alimentos que consume, a pesar de todos los excedentes canalizados al campo y que fueron desviados por los “agricultores” a negocios más rentables, como la construcción de viviendas. El tema de la crisis es cotidiano y recurrente: aparece en los diálogos caseros, en los mercados, en los bancos y hasta en la música popular y los chistes. Los venezolanos se ven en una situación que no esperaban ni asomaba a su vista porque estaban obnubilados por la bonanza.

Ahora se observa una inflación creciente, un aumento del desempleo como consecuencia de la recesión, escasez de algunos productos de importación, especialmente en la rama automotriz y en la quimiofarmacéutica. «No hay colirios en el país», reza uno de los titulares de un diario nacional, refiriéndose a la falta de medicamentos para atender una epidemia de conjuntivitis que azoló recientemente a esta

región. Por si fuera poco: la amenaza de una nueva devaluación no se descarta por la posibilidad inmediata de enderezar la economía y la ficción en que ésta se mueve con dólares preferenciales de 4.50 bolívares.

Como es de esperarse, la crisis ha generado una serie de discusiones y debates. En el diagnóstico hay quienes responsabilizan al expresidente dicharachero Luis Herrera Campins, quien, en la vox populi, «regó demasiado tepache»; otros buscan las causas en el modelo de desarrollo seguido por los últimos gobiernos, basado en la explotación petrolera y una dependencia absoluta del exterior. Sobre las opciones del propio gobierno que encabeza el presidente Lusinchi, del Partido Acción Democrática, no hay acuerdo. Algunos fondomonetaristas embozados proponen una economía de libre cambio en la cual las «fuerzas mágicas» del mercado y «la mano invisible» de la oferta y la demanda regulen la economía. Arguyen que el Estado ha intervenido demasiado y que en ello estriba la causa del deterioro económico. Proponen liberación de precios, libertad cambiaria, reducción del gasto público y demás recetas fredmanianas, muy congruentes con los Chicago Boys y los doctorados obtenidos en los United States, donde los problemas de los países subdesarrollados y dependientes apenas se asoman en los planes de estudio.

No obstante la crisis, el venezolano no pierde su humor y extroversión. La salsa, la guaracha, el merengue, Rubén Blades, Bulo y su Orquesta y el polémico, renegado y arrepentido, Óscar de León, el ron y cerveza son la mezcla perfecta para las fiestas navideñas, despedidas de oficina, escuelas y facultades, intercambio de regalos, reuniones familiares. El venezolano de esta región es caribeño, tropical y jaca-randoso; la música y el baile le corren por las venas y a la menor provocación rítmica salta al tablado.

Es poco formal y no tiene «pelos en la lengua», como se dice en México, expresa lo que piensa y tiene diálogo fácil e intenso. Es afable y hospitalario con el extranjero. Al mexicano le tienen particular aprecio, a diferencia del chileno y el argentino que le causan xenofobia, especialmente por la prepotencia y arrogancia doctoral que exhiben éstos frente al resto de los latinoamericanos. El venezolano suele hablar

con rapidez y comiéndose la «ese» y la «jota», por lo que al extranjero recién llegado le cuesta trabajo entenderlo.

A diferencia de México, que tiene una influencia indígena definitiva, en el sur, por lo menos en Venezuela, la influencia negra es fundamental. Sus tipos físicos son negro, mulato y blanco. No existe el racismo, la igualdad entre unos y otros es evidente, las diferencias en todo caso obedecen a razones de orden económico, como en todos los países capitalistas. Cabellos lacios o ensortijados; ojos azules, verdes, cafés; bocas anchas o pequeñas; narices afiladas, chatas; estaturas altas o medianas. En general las mujeres son lindas y sobre todo bien formadas. Muslos y pantorrillas gruesas. Se arreglan bastante bien, con ellas las fábricas de cosméticos y de ropa tienen siempre un buen mercado.

Por otra parte, la transportación colectiva está bastante extendida, se realiza en autobuses, minibuses y autos, a los que se les identifica por los letreros de «por puesto»; el precio de estos últimos es de tres bolívares, lo que equivale más o menos a cincuenta y dos pesos mexicanos. El taxi se usa menos, debido a que el servicio colectivo se expande por todo Maracaibo. La gasolina sigue siendo barata, cuesta alrededor de catorce pesos mexicanos por litro. Nótese la diferencia. El precio de la leche, el pan, la carne y otros artículos básicos está un poquito por encima de los de México, con algunas variaciones.

Los hábitos alimenticios de un pueblo forman parte de su riqueza cultural. Frente a los patrones alimenticios norteamericanos popularizados a través de los minilunchs, que se encuentran en las esquinas vendiendo «perros calientes» y hamburguesas, la resistencia a la penetración cultural también se libra con mayor o menor éxito en la mesa. Se come mucho plátano, a los que se fríen aún verdes se les llaman «tostones»; se estila también mucho la sopa, que es un guisado con carne y verduras; el arroz; las crepas con mantequilla; carne mechada, etcétera. El horario de los alimentos suele ser a las siete de la mañana para el desayuno; el almuerzo, como llaman a lo que en México entendemos por comida, se hace alrededor de las doce treinta, y la cena a las siete de la noche.

Igual que otros pueblos latinoamericanos, éste es básicamente

católico: la virgen nacional es la de Coromoto, cuyo nombre se ha extendido entre las mujeres de este país. Como en otras partes, el regionalismo y el localismo se expresan también en la cuestión religiosa y en distintas manifestaciones de la cultura; así, en el Oriente se invoca a la virgen del Valle, en Maracaibo a la de Chiquinquirá, y en el barrio de Santa Lucía a la casta del mismo nombre. Existe un santo negro: san Benito, al cual se le festeja en una gran fiesta popular con tambores, música y mucho vino. A sus feligreses, como al santo, se dice, les encanta la salsa y el trago, por ello San Benito se ha convertido en el patrón de los bebedores.

Diciembre de 1984

TIJUANA (LA FRONTERA)

TIJUANA

El buen Xico

Y Xico aparece corriendo al lado de los guaruras que acompañan al presidente De la Madrid después de que éste rindió su último informe ante la Cámara de Diputados. El semanario Zeta, de Baja California, se pregunta qué hace su gobernador entre el equipo de seguridad presidencial. La respuesta de Zeta, cuyo fundador, Héctor "Gato" Félix, fue asesinado hace apenas unos meses, no es tan benévola como la de la prensa nacional, quien, sin dejar de censurarla, la atribuye a una lambisconería de Xicoténcatl y de Absalón, el gobernador de Chiapas, quienes así querían hacerle creer al presidente que no estaba solo. Las interpelaciones de la oposición, en la Cámara de Diputados, todavía les zumbaban en los oídos a los viejos y nuevos diputados priístas que aún no salían de su azoro o encono. La imagen patética recogida por Proceso mostrando a un De la Madrid apesadumbrado, dolido, al borde del derrumbe oratorio; «la voz le disminuía y leía aprisa», dicen las crónicas, era algo más de lo que podían soportar los políticos que por décadas han sustentado el mito de «El Señor Presidente».

Para Zeta, sin embargo, la razón de que Xicoténcatl Leyva Mortera corriera, era otra: ¡huía! Sí, «huía de los diputados del Frente Democrático Nacional», quienes, como en la escuelita, lo esperaban «a la salida», luego de que, rijoso y envalentonado, le había tirado el clásico "descontón" a Porfirio Muñoz Ledo, con tan mala suerte y peor puntería, que el "gancho" se había ido a estrellar contra un periodista radiofónico que curioso se acercaba.

El «nuevo lenguaje de la democracia» pregonado por el cuestionado Salinas de Gortari, así se inauguraba. El gobernador de Aguascalientes, Miguel Ángel Barberena, jaloneaba por el cuello a Muñoz Ledo, según él mismo confesó, «no para golpearlo, sino para mentarle la madre», y el viejo Velázquez, ¿cómo que quién?, ¡Fidel, hombre!, no se quedaba con las ganas al gritarle a voz en cuello: «¡hijo de puta!». Otros le gritaban «traidor».

Para Zeta, su gobernador en realidad era protagonista de uno más de los múltiples actos bochornosos que han acompañado al “buen Xico”, un fiel representante de la clase política que ha gobernado al país durante décadas: corrupto, atrabiliario, beodo, inepto, prepotente. Como a otros gobernadores, «a su hermano se le han encontrado pruebas de su liga al narcotráfico». Las denuncias aparecidas en Proceso y en Zeta son harto conocidas. No se le exime por tanto de sus responsabilidades en el asesinato del ex director de Zeta, quien, semanas antes de ser acribillado, las había publicado. Estos y otros hechos no son fortuitos o aislados, forman parte de las verdaderas razones del deterioro del PRI no sólo en Baja California sino en el país.

¿Un cardenismo insólito?

En Baja California ganó Cuauhtémoc Cárdenas. Con una décima de punto, pero ganó a pesar de que el PRI, según boca del propio De la Vega Domínguez, esperaba 60%. Los cómputos finales le atribuyeron 24.4% a Clouthier, 36.7% a Salinas y 36.8% a Cárdenas. Otros candidatos obtuvieron 2.2%.

Acostumbrados, como estábamos, a un panismo ascendente, en el norte del país no deja de ser llamativa la votación cardenista, como tampoco lo es en todo el país, desde luego.

Antonio Medina, periodista, profesor universitario, nos da algunos elementos:

—Mira, Víctor, para mí influyen tres cosas: primero, no te olvides que aquí quien entregó la tierra a los campesinos y se enfrentó a los gringos y los japoneses para expropiárselas fue don Lázaro, el papá de Cuauhtémoc. El reparto de los importantes ejidos del Valle

de Mexicali, de uno de los cuales yo soy originario, lo hizo Cárdenas cuando era presidente. Muchos viejos le viven todavía agradecidos al general y ese sentimiento se ha transmitido a los hijos y a los nietos. Segundo, esta entidad, y Tijuana particularmente, ha crecido con gente que viene del sur, muchos de ellos de Michoacán, y de ahí son los Cárdenas. Toda esa gente, o la mayoría, votó por Cuauhtémoc. Tercero, mucha gente recuerda que fue el General quien cerró los casinos, entre ellos el de Agua Caliente, propiedad del expresidente Abelardo Rodríguez y a quien regañó por sus actividades en Baja California, esto, aunque en menor medida quizás, creo que también influye, pues otra vez tenemos muchos de esos problemas que había entonces. Para mí que estas cosas influyeron en el triunfo de Cuauhtémoc aquí.

Sean o no estos elementos suficientes para explicar el avance del Frente Democrático Nacional en 1988, lo cierto es que Cuauhtémoc ha puesto también sumo interés en Baja California, donde se le ha visto con frecuencia. Por ejemplo, aquí estuvo el 10 de enero, en el acto conmemorativo de entrega de la tierra a los campesinos, «se juntó más gente que la que lo hizo con el gobernador Xicoténcatl Leyva Mortera o con Rodolfo Fierro Márquez, el viejo dirigente campesino, hoy enemistado con Xico». Por cierto que en el acto del 10 de enero con Cárdenas en el estrado también estuvo el exgobernador Braulio Maldonado: «el viejo vive pobre», me dicen. Al cardenismo se han unido paulatinamente otros expriístas: Marta Maldonado, economista, hija del ex gobernador Maldonado. Ella renunció a una cartera en el actual gobierno para ser postulada por el Frente Democrático Nacional al cargo de senadora. Aunque se afirma que ganó, su caso fue rechazado por el Colegio Electoral de la Cámara de Diputados, como otros, “por mayoría”. El viejo general José Soler, éste sí de muchos, está con el Frente Democrático Nacional y también fue postulado para senador. En una de sus propiedades, los cardenistas formaron su cuartel general para las pasadas elecciones. Éstos quizás sean algunos de los cardenistas o frentistas más importantes. Otros expriístas del Frente Democrático Nacional han sido más bien cuadros medios; algunos, me dicen, no muy bien reputados. Otro frentista renombrado lo es, también, Rafael Aguilar Talamantes, originario de Ensenada,

fundador y secretario general del antiguo Partido Socialista de los Trabajadores, ahora Partido del Frente Cardenista de la Reconstrucción Nacional.

El cardenismo, aparentemente insólito en Baja California, ha venido a ampliar incertidumbre en las filas del PRI, no sólo por el avance de los votos opositores y la deserción de algunos de sus miembros, sino por las nuevas fisuras que abre en su deteriorado edificio, amenazado en su cohesión interna en la víspera de la sucesión de Xicoténcatl. El próximo año Baja California tendrá nuevo gobernador. Algunos de los presuntos empiezan a coquetear con el Frente (quizás quieran seguir el ejemplo de Labrador en Tabasco).

—Es que aquí ya el PRI está muy desprestigiado —me dicen—, si el Frente Democrático encuentra un buen candidato, seguro que gana las elecciones, si no, puede ser que hasta el PAN las gane si postula al actual presidente municipal por ese partido en Ensenada, Ruffo Appel; la ha hecho bien allá, no ha robado, no tiene necesidad, es un hombre rico.

Los candidatos por el Frente podrían ser Marta Maldonado, el viejo Soler o, por qué no, el propio Aguilar Talamantes.

En Tijuana, luego de un desayuno con grupos locales y algunos chicanos (quienes por cierto han estado muy activos en su solidaridad con el Frente), Cárdenas declaró que serían los bajacalifornianos quienes decidirían quién será su candidato, criticando, de esta forma, las viejas prácticas centralistas del dedazo. Entretanto, el cardenismo se expande. Apenas en junio, en el ejido Michoacán de Ocampo, cuna del movimiento agrarista de 1937 en Baja California, representantes de 60 ejidos del Valle de Mexicali, San Quintín y Ensenada fundaron recientemente la Liga Cardenista, constituyente de la Central Cardenista. En respuesta, Xico y el tristemente célebre Celestino Salcedo Monteén, ahora no menos impuesto pero pomposo dirigente de la CNC en Baja California, fustigaron a los cardenistas llamándoles: «divisionistas, traidores a la revolución, provocadores, amargados de la política, enemigos de los agraristas, frustrados y desquiciados del movimiento agrario». Sin comentarios.

«Baja gringos»

Venimos de San Diego, cruzamos el puente internacional con un carro rentado en la Unión Americana. Resultó mucho mejor que hacerlo en Tijuana, quizá la ciudad más cara de México. Los agentes mexicanos nos miran con indiferencia, hacen la señal de que pasemos mecánicamente, ni una pregunta ni un papel de por medio, sin revisión, sin moverse siquiera del asiento. Todo lo contrario en el sentido inverso. La migra americana es quisquillosa, exigente, grosera a veces. En lo alto se encuentran los helicópteros norteamericanos, los cuales por las noches dejan caer los rayos de sus enormes faros sobre los montes aledaños buscando mexicanos que han logrado burlar la vigilancia terrestre.

Nuestros policías migratorios nada nos expresan. Las placas de California todo lo dicen, parece. Somos quizás para ellos unos más de los 30 millones de turistas que llegan aquí cada año en diferentes temporadas, es decir, 30 veces más de los que recibe el estado de Oaxaca por ahora y 15 veces más de los que se espera que lleguen a Bahías de Huatulco en unos años. Ya se entenderá entonces, con este solo dato, el papel que el turista tiene en la península que abarca Baja California Sur y la antigua Baja California Norte, ahora simplemente Baja California, después de su constitución como el estado 32.

Nos enfilamos rumbo a Ensenada, cien kilómetros al sur de Tijuana. Nos interesa ver de cerca y aunque sea por encimita, el fenómeno de los «Baja gringos», la penetración y apropiación paulatina de las costas bajacalifornianas por población de origen norteamericano, la migración temporal o permanente de allá pa'cá. La supercarretera nos ofrece una vista inmejorable, el paisaje es bellísimo, el mar al fondo, los riscos a un lado; entre éstos y las playas, casas y casas de los «Baja gringos». Se estima que viven ya aquí entre 40 y 50 mil norteamericanos. Hugo Torres, delegado de Rosario Beach, a 20 kilómetros de la población de Rosario, dice que en su delegación existen más de cuatro mil casas de extranjeros. Se calcula que sólo entre Tijuana y Ensenada, es decir, en sólo una mínima parte de toda la península, viven ya en forma permanente diez mil americanos.

Pienso para mis adentros: con dos mil colonos encabezados por Austin empezó la conquista de Texas en 1821; 15 años después, 20 mil colonos americanos la declararon República Independiente de Texas y nombraron como un primer presidente a Sam Houston. Después de la guerra de 1847 y la firma de los Tratados de Guadalupe Hidalgo vino lo que todos los mexicanos sabemos: la pérdida de la mitad del territorio nacional.

—Y esto es apenas una parte, hay que ver —me dicen— cómo han poblado las costas del otro lado, en el golfo de Baja California.

Santa Rosalía, Loreto, La Paz, «están llenas de gringos, tienen los mejores terrenos»; «ahí el agua es más caliente». Recuerdo que con todo y la belleza de estas playas del Pacífico, el agua, aun en el verano, es bastante fría para nosotros que venimos de más al sur y más próximos al “ecuador”, sin E mayúscula. Lo comprobamos en la playa del Ciprés, en Ensenada. Ahí sólo Pavel se atreve a entrar por más tiempo. La playa limpia, a diferencia de otras cercanas a Tijuana. La policía militar patrullando; a espaldas, un cuartel. La invasión de los «Baja gringos» es por ahora pacífica; no dejan de llamarme la atención, sin embargo, las enormes instalaciones militares que los americanos tienen apenas a unas veinte millas de nuestras fronteras en la base aérea de San Diego. Recuerdo el episodio del secuestro de Jenkins en 1914 y la presencia amenazadora de los buques de guerra americanos frente a Veracruz y Salina Cruz; de las tropas norteamericanas en nuestro territorio, luego de las escaramuzas protagonizadas por Villa en Columbus años más tarde, ¡uuuf!

Regresamos a Tijuana, ahí, en el centro comercial más grande de la ciudad, una nueva oficina del ramo de bienes raíces, los últimos brochazos a un enorme panel de madera que luego dirá: «Your home for only 24,000 dollars. Fraccionamiento Puesta del Sol».

La Revolución

¡No! No se trata de una nueva revolución de la Revolución mexicana, sino de la avenida Revolución, en Tijuana, la cual está atestada de gringos en busca de placeres. Caminan por las calles, hacen cola

para entrar en las discotecas, saltan frenéticamente al ritmo de musicalizadores-sintetizadores, drums, guitarras eléctricas. A la salida de una de ellas, cuatro jovencitas, casi niñas, sostienen a una amiga que ha bebido más de la cuenta. La recargan contra la pared y le soplan la cara, finalmente dos de ellas le toman los brazos y se la cuelgan del cuello; echan a caminar. En sentido contrario, dos gringos musculosos, pesistas seguramente, caminan amenazantes, semibeodos, se abren paso sin mirar al frente, como buscando camorra. Hablan su inglés casi a gritos, la musculatura envaselinada, para que a nadie le quede duda de las líneas de sus pectorales, bíceps y tríceps, apenas se cubren con unas camisetas que más bien parecen tirantes. El paso lineal y la actitud valentona apenas permiten a los transeúntes hacerse para algún lado. Las chicas con la amiga al hombro también les abren el paso. Los drums-drums y los gritos de la gente queriendo entrar a la discoteca ocultan la escena.

Las discotecas compiten en decibeles, es casi imposible en la calle distinguir una melodía de otra, es necesario acercarse o retirarse según se trate de Disco Regine, El Torito, Tequila, Aloha, Banana Pub, El Zorro, Margaritas, Village Club, Disco Salsa, o el más nacionalista en el nombre, Viva Zapata. En los balcones, sobre las bardas, los gringuitos se apiñan como racimos, se hablan a gritos. En las pistas, el resto brincotea. Y no, no es todavía fin de semana por si usted pudiera pensarlo. Es un miércoles cualquiera. Los viernes esto se congestiona. Durante los puentes laborales, Tijuana se vuelve imposible, como ocurrió justamente unos días más tarde con motivo del labor day, cuando los empresarios y funcionarios de turismo festinaban los millones de dólares derramados por los gringos ese fin de semana.

Casi al final de las discotecas para los gringos, a un lado de la Plaza Santa Cecilia, inaugurada por Bob, el de los mismos apellidos del todavía presidente (hasta diciembre), el espectáculo grotesco de los teporochos, las putas del populacho. El sitio reservado para el sector degradado que en esta ciudad de dos millones de habitantes no deja de ser significativo. Sobre la acera, más de un borrachín callejero con los ojos vidriosos, los pelos tiesos y opacos de mugre, olor hediondo de orines añejados, el cuerpo y la cara hinchados. Hasta

aquí los güeros; después la media vuelta. «No se vaya mi amigo, aquí es el Dragón Rojo, estamos para servirle», todavía alcanzan a decirle a algunos. En las puertas de las cantinas y cabaretes, las damitas cierran tratos con los paisanos. Sobre la Santa Cecilia, los mariachis emulando sin lograrlo el ambiente de su homónima en Guadalajara y de Garibaldi, en el Distrito Federal. «Yo sé bien que estoy afuera/pero el día que yo me muera/sé que tendrás que llorar...» Para los nacionales apenas solventes, aquí está su Diamante Disco, La Michoacana, o la más sugerente El Fracaso, justamente en la calle Artículo 123.

Al día siguiente, por la mañana, la avenida Revolución toma otro sesgo, pero mantiene su vocación, el turismo. Los gringos entran a las tiendas de artesanías, ven la plata de Taxco, los equipales de Guadalajara, los sarapes de Saltillo, la bolsas y zapatos de Guanajuato, las artesanías en madera de Michoacán, los tapetes de Teotitlán. Toman una copa en las mesitas al aire libre. Entran a comer al Dennys; otros más pudientes, se van a hospedar al célebre Hotel de Rosarito, donde, para que quede constancia, las mujeres más hermosas del mundo han estampado su firma dejando huella de su paso. «Aunque usted no lo crea, pero ahí, ¡ahí han estado María Félix, Dolores del Río, Ava Gardner, Elizabeth Taylor!; por veinte mil pesos lo llevo y lo traigo», me dice un taxista. «¡Taxi joven!».

Los de aquí, los de allá

Como para confirmar ciertas leyes económicas, la potencialidad de Tijuana ha motivado la concurrencia aquí de capitales y mano de obra proveniente de diversos puntos.

En los últimos años ha crecido no sólo la eufemísticamente llamada industria sin chimeneas, sino también la industria de la construcción, las maquiladoras, el comercio en grande y pequeña escala. Éste no es un hecho fortuito o aislado, sino que está vinculado a un proceso de división del trabajo a escala internacional. Según opinión de Carlos de la Parra, se estima que para el año 2000, Tijuana, junto con la ciudad de San Diego, formarán una metrópoli binacional de aproximadamente cinco millones de habitantes. Esta metrópoli a su vez dará

cohesión a un núcleo poblacional a lo largo de la costa occidental, que se extenderá desde la ciudad de Los Ángeles hasta el puerto de Ensenada. Las relaciones comerciales con Japón y Hong Kong nos enlazan con el oriente en un todo que se le ha llamado la Región del Pacífico, concluye.

Independientemente de la importancia que la cuenca del Pacífico ha cobrado en la economía mundial, en esta fase del desarrollo capitalista en el que nuestro país se halla enlazado de diversas maneras a lo largo de su costa oeste, enfoquemos, por ahora, nuestra atención a ciertos efectos que la movilización de capital y mano de obra ha producido en Tijuana y en Baja California.

Caminando simplemente por las calles nos encontramos con muchos anuncios que son familiares al defenío o a quien ha visitado alguna vez o vivido temporalmente en el Distrito Federal: Comercial Mexicana, Blanco «abaratada la vida», Palacio de Hierro, Salinas y Rocha, Sears Roebuck de México, Dennys, etc. Pero no sólo las grandes cadenas comerciales han venido aquí a competir con los capitales de los Fimbres (Calimax), los Calette (Almacenes Calette), los Limón, Bustamante, Baloyán y otros que durante largo tiempo dominaron el mercado local; también los grandes político-empresarios nacionales tienen ahora metidas las manos en la economía de Tijuana. El caso del hijo de Hank González, Jorge Hank Rhon (por cierto, uno de los cinco sospechosos según Zeta del asesinato del director del semanario, Héctor Félix Miranda), es de los más connotados.

La aparición de nuevos grupos económicos en el escenario local ha tenido diversas consecuencias; ahora ya no son los empresarios tijuanaenses o los de Mexicali quienes campean sin competencia en el terreno económico. También están los capitales foráneos venidos del centro y de fuera del país. Los maquiladores norteamericanos, los inversionistas del centro e, incluso, los nuevos ricos surgidos del narcotráfico que también pululan por aquí “lavando” su dinero.

La reestructuración del modelo económico tradicional y/o la aparición de nuevos grupos que han entrado en competencia se traduce en rivalidades diversas en lo social y lo político. El antichilanguismo exacerbado que se sintetiza en la consigna, entre sarcástica y

dramática (pues ya ha cobrado sus víctimas), de «matar un chilango es hacer patria», tiene, en parte, sus orígenes en esta competencia hábilmente manipulada por la oligarquía local.

Desde luego (esta es mi hipótesis), la razón fundamental del antichilanguismo es el centralismo político, pero no dejan de intervenir otros elementos para la manipulación de los regionalismos y uno de ellos es el de la competencia, ora por el mercado, ora por el trabajo. En un país en crisis, con recesión económica y desempleo creciente, la pujanza de la frontera, aunque miserable (por los salarios contraídos) o la esperanza de cruzar al otro lado y ganar en dólares, no deja de atraer continuas masas de población que en el centro del país o en el sur no encuentran acomodo estable. Ello, sin duda, representa una competencia en el mercado laboral que las clases dominantes han sabido utilizar muy bien envolviendo al ciudadano fronterizo nativo. El antichilanguismo no deja de ser un fenómeno agresivo e indiscriminado. Veamos, por ejemplo, el tono patético de la siguiente carta pública dirigida a un periódico de Tijuana:

... soy una persona venida del "sur" como nos llaman aquí y apenas tengo unos meses de haber llegado a esta ciudad y créame que la primera vez que vi en la calle un carro pintarrajeado con la leyenda «chilangos» se me hizo un nudo en el estómago... Me da tristeza ver que la gente de aquí (porque hasta eso son muy pocos los nacidos en Tijuana) no sepan ni en qué país vivimos, ya que hasta yo he sido criticado y llamado "chilango", sólo porque tengo el acento del sur, pero hay que recordar que este mismo acento lo tienen en el DF, en el Estado de México, en Morelos, Puebla, Tlaxcala, Querétaro y parte de Guerrero y Oaxaca... cada cual con su gente y sus costumbres pero ninguno mejor que otro..., mucha gente de Baja California se ha ido a estudiar "al interior" y particularmente al DF; me consta que nunca se les ha tratado mal por el hecho de ser nortños... creo que pasa lo mismo que con los "chilangos" o con los "bajacalifornianos", en todos lados hay gente positiva y negativa... Sr. Blancornelas, disculpe que me haya extendido, pero creo que este

problema es más importante de lo que creemos... ojalá que se reflexione en el tema y se termine ya esta odiosa división.

P. D.: Ojalá publiquen esta carta ya que habemos mucha gente esperándola.

El antichilanguismo como ideología regional no discierne clasis-tamente, para éste lo mismo cabe Pito Pérez que Jorge Hank Rhon, aunque existan entre éstos enormes diferencias. Se trata de un fenómeno que pretende marginar a reales o supuestos adversarios. En el terreno de lo político, la presencia de nuevos grupos económicos en la práctica se ha traducido, por ejemplo, en la competencia cada vez más disputada por el poder gubernamental. A qué sector de la burguesía va a privilegiar tal o cual gobernador es más importante ahora que el espectro de que la burguesía se haya ampliado. Serán los agricultores de Mexicali o los nuevos empresarios de Tijuana los que recibirán los favores más generosos de la administración pública, es una cuestión que habrá de decidirse con el control de las riendas en las manos del Ejecutivo, de ahí que cada sucesión gubernamental ahora sea reñida y más amplios los entretelones. En la última visita de Salinas de Gortari como candidato presidencial, Mario Hernández Maytorena, cabeza del grupo político fuerte de Mexicali, quejándose del actual gobernador Leyva Mortera, más identificado con los intereses económicos de Tijuana (al igual que su predecesor Bob de la Madrid), propuso que el próximo gobernador sea de Mexicali. El tono de la prensa mexicalense es claro: «Mexicali no aceptará un gobernador que no sea de acá». No deja de ser curioso que el propio Mario Hernández Maytorena maneje el Consejo de Administración de Novedades y La Voz de la Frontera. ¿Quién ganará?

Septiembre de 1988

CIUDAD JUÁREZ
VÁMONOS PA'L OTRO LADO

No nos hemos bajado del carro aún y ya nos rodean varios polleros.

—¡Eh, amigo!, ¿vas a cruzar? Te llevo por dos dólares.

—No, no vamos a cruzar —les digo. Me acompañan Humberto Hernández y Anselmo Arellanes.

Bajamos del carro y caminamos hacia la barda de este lado del río Grande, cerca del famoso Chamizal. Desde este lugar alcanzamos a ver una pequeña balsa que se dirige hacia la otra orilla del río. Un pollero en el piso, boca abajo, la impulsa con los brazos a falta de remos. Sentado, en la parte trasera, un paisa cifra sus esperanzas inmediatas, su éxito momentáneo, en lograr remontar las primeras calles de acceso a la ciudad fronteriza de El Paso, Texas, colindante con Ciudad Juárez.

Sólo unos minutos bastaron para llegar a la otra ribera, cubierta aquí de concreto firme. El paisa sube la pendiente, observa a sus lados, busca en la cerca de alambre alguno de los boquetes que los mojados han hecho.

Ya del otro lado de la cerca, nuestro personaje se enfila hacia la vía asfáltica que corre paralela al río Grande; con toda naturalidad entra a la primera calle y se pierde de nuestra vista. Al parecer ha logrado su objetivo. La camioneta verde de la migra, a cien metros de distancia, no se ha movido de su sitio, los vigilantes están distraídos o quizá se preparan para emboscarlo o, tal vez, ello no sea necesario, los aparatos de radio habrán cumplido su cometido, serán otros los que lo apañen más adentro.

Se cuenta que la migra posee hasta radares para detectar mojados, aunque también, parece, se tolera con cierto disimulo el ingreso de mano de obra no sólo barata, sino indispensable para hacer lo que los gringos, e incluso los negros, ya no quieren hacer, no pueden, o

simplemente no les costea, ni con mano de obra ni con tecnología avanzada. Les sale más barato pagarle a los prietitos.

A muchos paisas, sin embargo, no les favorece la suerte, si a eso se le puede llamar tal; a la mayoría la migra los detiene, les quita sus cosas, los golpea y los regresa por Tijuana o Matamoros.

Cruzando el puente, al lado de los separos de la policía de inmigración de los Estados Unidos, una jovencita, con su niña en los brazos, sollozando nos cuenta sus peripecias; la migra la ha soltado para que regrese de donde vino, pero en la confusión ha olvidado las llaves de su casa sobre la mesa donde le hicieron colocar todas sus pertenencias. Y ya nadie le hace caso.

La cruzada pa'l otro lado no tiene límites para la imaginación. Unos lo hacen en cámaras de llantas de automóvil; otros, sobre los hombros de los polleros; los menos, al cruzar el ferrocarril y abrirse las compuertas de acero. Con respecto a éste último, por cierto, nos tocó verlo, algunos intentan sortear estas enormes lozas de seis o siete metros de alto. Unos lo logran, otros desisten de ello ante las dimensiones de la barrera y el santo mameyazo que les espera de perder el equilibrio o carecer de las fuerzas necesarias y la habilidad para descolgarse. Algunos, menos intrépidos pero más ingeniosos quizás, entran, con desfachatez, por el camino peatonal, pero atención, el que da acceso a los gringos que vienen a Ciudad Juárez. Los oficiales de los Estados Unidos, más preocupados por los que ingresan por el otro paso peatonal y de los automovilistas, suelen olvidarse de aquél.

El cruce de ilegales en la frontera no es, lo sabemos, un fenómeno reciente, pero tal vez haya aumentado con los años inmediatos a la crisis. Vienen, además de Michoacán, de Guerrero, de Oaxaca y otros estados caracterizados por sus pésimas condiciones de vida; también proceden de Chihuahua y Nuevo León, entre otros. Allá ellos son empleados no nada más en los campos hortícolas y frutícolas, sino también en los servicios, la industria y la construcción.

Una cifra exacta de los ilegales, es obvio, resulta difícil o imposible establecerla. Sin embargo, algunas estimaciones la ubican, desde 1985, en cerca de un millón, por lo visto muy superior a la de los que lograron regularizarse con la enmienda Simpson-Rodino, la que,

por cierto, entrará ahora en su segunda etapa: la de las deportaciones supuestas y las infracciones a los empleadores, las cuales, se dice, podrían llegar hasta los diez mil dólares. Sin embargo, en la frontera y en los mismos Estados Unidos, conociéndose las necesidades de la mano de obra mexicana por parte del capital norteamericano, pocos se la toman a pecho. En las riberas del río Grande, sobre las enormes capas de concreto que bordean el caudal de agua, un enorme letrero sintetiza esta concepción: «A nosotros, la Simpson-Rodino nos vale». Al lado, como pinturas murales: el águila recordando la vieja leyenda de Aztlán, caricaturas del Tío Sam, escenas de la “raza” en su cotidianidad, el rechazo a las barreras fronterizas. Entre tanto, otros paisas continúan cruzando el río. «Sólo dos dólares, mi amigo».

La Juárez en Juárez

En el centro del salón, el piano, el órgano electrónico con sus dieciocho diversos ritmos, sonidos, super drums, sintetizadores; a un lado, la guitarra española, los micrófonos, la voz de Maricarmen que quisiera complacer todas las peticiones y los diversos gustos musicales. Privan, sin embargo, a su favor, las añoranzas del bolero. El timbre romántico de la cantante se afianza en las interpretaciones de las viejas canciones de María Grever, Agustín Lara, Los Panchos. Entre el público, es notorio, abundan las parejas, los hombres maduros, las mujeres cuarentonas. Atmósfera de melancolía.

—Amor añejo, Maricarmen.

—No la tenemos ensayada, pero... vamos Lalo, a ver si sale.

Los meseros sirven en todos los puntos cardinales. Clinc, clinc, los sonidos de botellas, los hielos chocando en los cristales de los vasos.

— Pásame tu agitador.

No es un día común, sábado, fin de la jornada semanal en la maquiladora, el taller, la tienda, del hastío laboral; búsqueda del espacio para la conversación sin prisas, del acercamiento con las núbiles, las esposas, del alimento del amor perenne o aventuras, del reventón.

Hoy se siente cierto aire de familiaridad entre los parroquianos. Saludos por doquier. Identificaciones fáciles. Mensajes cruzados.

—¿Qué tal?, ¿cómo le ha ido?

—La siguiente canción para nuestro amigo, don Pepe Castañeda.

El cliente deja de ser anónimo, tiene ya una identidad. Tal vez por eso aquí los centros nocturnos reciben mejor el nombre de clubes, suena menos impersonal.

No se desaprovecha el momento, ya que estamos en familia, para la estelaridad periódica de quienes también tienen sus talentos en la interpretación de las coplas, los tangos, las baladas. «Que cante Josefina». «Sí, sí, que cante». Y Josefina se para a cantar en el centro del salón, en el más puritito estilo de Rocío Durcal. En el turno le seguirá Rosa o Carmela, los aplausos del público aprueban estas voces que en realidad, me queda la duda, no se sienten sólo aficionadas, mejor aún, líricas. «No se ha dado cuenta que me gusta/no se ha dado cuenta que le amo/que en mi corazón, ella siempre ha estado...». Hay escuela.

Pero estamos en Juárez y aquí se encuentra algo para todos los gustos o disgustos, envíos o desvíos, mexicanos o gringos, blancos o negros, edades, estaturas o sexos: bares para gays, prostíbulos, casas de juego clandestinas, cantinas, mesas de billar, salones lo mismo para darle al taconazo que a la cumbia o a la música disco, streap tease(s), servicio “a domicilio”.

Famosa por su diversidad de posibilidades es la avenida Juárez, la cual conduce justamente al puente principal para cruzar la frontera; su prolongación, del otro lado del puente, ya dentro de El Paso, Texas, contrasta por el bullicio de este lado. «Para acá se vienen los gringos y los pochos a echar desmadre».

Sobre la Juárez cientos de cabezas rubias, pelos ensortijados de negros afanosos, cholos relamidos, autos con bocinas a todo volumen, presencias multitudinarias y estentóreas a las entradas de discoteques y salones de baile. Gritos en inglés a uno y otro lado de la ancha avenida, chirridos de autos que frenan intempestivamente «¡Míralos!, vienen a hacer aquí lo que allá no les permiten, y la policía no les dice ni les hace nada». «Allá las multas son carísimas. Por pasarse un alto o no darle el paso al peatón, de cincuenta a quinientos dólares».

—Entremos aquí.

En la parte superior de la muy discreta entrada: Don Félix. A un

costado: 2 x 1 (las 24 horas). En el interior, la barra cubierta de botellas y vasos, al fondo, una mesa de billar, un par de negros jugando pool.

—«Okey boy, okey, you win».

—¿Qué van a tomar?

—Traiga tres Carta Blanca.

Traen seis. «2 x 1, las 24 horas».

—Así como ves, estos negros alrededor de la barra, aquí se estarán hasta mañana. Algunos tal vez saldrán a descansar un rato, pero las agarran largas. Los dólares se les multiplican aquí, no creas que son ricos, la mayoría son obreros, pero imagínate, tres cervezas por un dólar, qué van a lograr con eso en El Paso. Algunos desde más adentro.

Para aligerarles el weekend, algunas negritas de allá mismo y también, no podían faltar, las amigas de este lado, que ya entradas en copas empiezan a bailarles y a hacerles desfiguros. Total, por si hace falta, aquí por todos lados se encuentran moteles. Los negros bailan con el sonido ininterrumpido del estereofónico de Don Félix.

Continuamos la expedición. Cerca de ahí, el Noa-Noa, lugar donde Juan Gabriel inició su carrera artística. Se dice que ahora es de él, lo mismo que la casa en donde su mamá trabajó como sirvienta, relativamente en el centro de la ciudad. Hechos para ahogar un pasado de penurias y abandonos. El tiempo pasó y Juan Gabriel brilló en el firmamento musical de México, pero ¿qué fue de él en sus orígenes en el Noa-Noa? Monsiváis nos dice en Escenas de pudor y liviandad:

Él y miles como él urdían canción tras canción para largarse del cuartito con la familia idiotamente junta, y evadirse del trabajo monótono y de la colonia en el culo del mundo. Y al adolescente de Juárez que responde al nombre de Alberto Aguilera Valadez, su inspiración le llevaba a diario melodías que silbaba con letras adjuntas, y él las cantaba en un lugar llamado Noa-Noa y lo que hacía agradaba, pero él no se resignaba a la modestia de la periferia, y se dirigió a la capital monstruosa, a pasarla mal como un trámite en el camino de la superación. Si no supiéramos del happy end sería triste lo que sigue: hambres, malos tratos del egoísmo urbano, noches sin sitio para dormir, una temporada

en prisión porque un malvado lo acusó del robo de una guitarra, días y semanas aguardando en las afueras de las grabadoras, sin que siquiera las secretarías lo saluden.

Pero llegó el hada madrina, la Prieta Linda (Enriqueta Jiménez) y lo apoyó hasta lograr su metamorfosis de resonancias arcangélicas. Dice Monsiváis: «Alberto adoptará su nuevo nombre: Juan Gabriel». De ahí a la altura del ídolo que ahora representa para su patria chica. Juan Gabriel en los labios de las cantantes, en la radio, en los corrillos cotidianos, en la prensa local, en la campaña priísta para amainar la fobia contra el partido oficial y el centralismo. «Ay Salinas no te rajés». Su generosidad para con Juárez, fuera de toda duda: apoyo al asilo de ancianos, obras materiales en apoyo a la orfandad, 1300 millones de pesos para la escuela donde vivirán 125 niños becados con aptitudes musicales...

“¡Queríida!/no me ha cerrado bien la herida/te extraño noche y día/mira mi soledad/mira mi soledad/que no me sienta nada bien/¡Queríida!/piensa en mí sólo un momento/...».

La maquila

Pero en Juárez no todo es el “rebane”, para usar esa expresión muy común de principios de los setenta. No sólo la farándula o el tránsito de los mojados o el turismo crean empleos. La economía juarense resulta muy dinámica y el trabajo productivo es arduo como el calor extremo del verano o el intenso frío invernal. En los últimos diez años ha crecido vertiginosamente la maquila industrial. La gente que se ocupa actualmente en esta actividad se estima en 80 mil trabajadores, la cual, sólo por compararla, representaría casi el doble de la mano de obra oaxaqueña ocupada en la manufactura.

Eso nos da una idea de su importancia; la mayoría de la gente que se emplea en ella son mujeres. Un recorrido por el noroeste de la ciudad a la hora de entrada o de salida de las maquiladoras afina nuestra imagen de este fenómeno. «RCA solicita personal. Hay vacantes». Enormes galерones albergan a cientos de trabajadores en cada uno de

ellos. Ponen cupones, montan pequeñas piezas, cosen. La demanda de mano de obra se incrementa. Los empleadores ahora recurren a ciertos artificios para retenerla ante el elevado índice de movilidad que tienen. Un 25 por ciento en promedio. Incentivos a los más productivos, el clavel o la rosa periódicamente. «Cortesía del administrador, señorita». La cartita de felicitación en el día del cumpleaños. ¡Ah!, y el día de la madre, su pequeño obsequio. También se imparten cursos de capacitación. La secundaria y la preparatoria abierta son muy socorridas. Pero ¿y el salario?, el mínimo oficial, a veces, un poquito más. ¿Qué explica tanta gentileza?

La industria maquiladora en México ha venido sirviendo para alimentar la gran industria y el comercio de los Estados Unidos particularmente, aunque ya también lo empiezan a hacer los japoneses con resultados sumamente exitosos para ellos. Una razón fundamental: el salario. En Estados Unidos un trabajador gana en una hora y media lo que los patrones pagan aquí por un día de trabajo. Y estamos hablando de los mínimos establecidos, pues algunos asalariados, los de la construcción, por ejemplo, ganan en tres cuartos de hora lo que el albañil mexicano en un día. ¡Es cierto!, tiene usted razón, no estamos tomando en cuenta el costo de la vida, pero, con nuestra inflación, ya muchas cosas son tan caras como allá, excepto, reitero, la mano de obra. Y aún hay más. La industria maquiladora no tiene las obligaciones fiscales que en los Estados Unidos. Es más, en México hasta se les exenta con el propósito de atraerlos. Como si fuera necesario.

Con las maquiladoras ocurre un fenómeno similar y aún más cómodo que el de la mano de obra de los ilegales en los Estados Unidos, con cuyo trabajo se producen artículos, mercancías, ésas sí, legales. En ambos casos, aquélla permite abatir costos. Y esto no es descubrir el hilo negro. Ya desde hace años, por ejemplo, un reputado teórico de la administración empresarial, decía en su libro *Managing in Turbulent Times*:

La migración masiva desde México podría otorgar a la industria manufacturera de los Estados Unidos una fuerza competitiva como no la ha conocido desde hace mucho tiempo. En el suroeste norteamericano la

mano de obra inmigrante, legal o ilegal, puede hacer de esa región industrial la única en el mundo desarrollado capaz de avanzar rápidamente en el sector manufacturero durante los próximos 20 o 25 años...

El asunto es, pues, fundamentalmente económico; y el principal beneficiario es el capital. No importa lo que se gaste en claveles y caritas. «Hay que dignificar el trabajo, ¿sabe usted? Darle un sentido más humano a las relaciones laborales».

«Sí Chucha». Diría mi abuelita.

En este proceso, incrementado particularmente a partir de principios de los setenta y ello no sólo en Juárez, sino en otras partes de nuestro país y del mundo entero, se entremezclan varios aspectos que dan cuenta de una mutación en la división internacional del trabajo provocado por los cambios en las condiciones de operaciones de la economía de las empresas (F. Frobel, et al., *La nueva división internacional del trabajo*, México, Edit. Siglo XXI, 1980). Estos aspectos son: el potencial casi inagotable de fuerza de trabajo barata de los países en desarrollo; una mayor fragmentación del proceso productivo, el cual permite que parte de las fases de producción puedan ser llevadas a cabo por fuerza de trabajo que no requiera mayor especialización y pueda ser entrenada rápidamente; y, tercero, el desarrollo de la tecnología de los transportes y las comunicaciones que ha permitido que los problemas de orden técnico, organizativo o de costos que pudieran haber hecho incosteables los traslados, ahora sean más fáciles de superar.

Resulta impresionante, por ejemplo, saber que la industria alemana a mediados de los setenta, en el ramo textil y de confección, ocupaba cerca de 10 por ciento de trabajadores extranjeros en el interior de Alemania y 45 por ciento de trabajadores en el exterior (África, Austria, Suiza, etc.). Algo similar ocurría con la industria de la transformación, donde se estimaba que en las filiales de empresas alemanas en el mundo (que para 1976 eran 1760), trabajaban más de 560 mil 788 personas.

En el excelente estudio antes citado, realizado por colaboradores del Instituto Max Planck en Starnberg (República Federal de

Alemania), se informa que ya para 1975, tanto en zonas francas como fuera de las mismas, había una cifra de 725 mil trabajadores en fábricas para el mercado mundial. En el mismo año, en veinticinco países subdesarrollados, de ellos once asiáticos, cinco africanos y nueve latinoamericanos, había setenta y nueve zonas francas en plena producción. Una de ellas, desde luego, Ciudad Juárez.

No más atole con el dedo

Una gran barda, una consigna vigente: «Bermúdez, el pueblo quiere terrenos para vivienda y no sólo para maquiladoras».

Bermúdez, uno de los hombres más ricos de Ciudad Juárez, es ahora presidente municipal. Las presiones sobre la clase política se amplían ante las distorsiones provocadas por la expansión sin plan social del capital. Las grandes corrientes migratorias que en los últimos años han provocado la expansión de la maquila, la población que en la crisis económica busca refugio en el empleo temporal del otro lado, los servicios al turismo, en fin, amplían las demandas de vivienda, transporte, y de urbanización de Ciudad Juárez, que ahora ya sobrepasa el millón de habitantes. Algunos estiman que llega ya al millón y medio.

En el Segundo Encuentro de Investigadores del Estado de Chihuahua, celebrado en Ciudad Juárez a fines de mayo, éstos resumían algunos de los problemas: ausencia de planeación urbana, racionalización del uso del agua, contaminación, falta de vivienda, educación, paquetes tecnológicos (ya los del Max Plank de Alemania, muestran en su estudio las respuestas negativas que la producción orientada hacia la exportación ha tenido ante la política de desarrollo encaminada a la formación profesional y la moderna tecnología). Los investigadores chihuahuenses añaden como problemas, además: integración a la nación, y conciencia cívica y cultural. (Sospechas fundadas de manos no ingenuas en el diagnóstico). El PRI pierde votos.

A pesar del dinamismo de su economía, Ciudad Juárez también padece la pauperización nacional de la clase asalariada y las clases medias. La inflación aquí se resiente más por la semidolarización

añeja. Acordémonos de que desde que perdimos la mitad del territorio, Juárez ha sido una ciudad fronteriza y su economía, además, siempre ha estado vinculada a El Paso, Texas, ubicada a escasos doscientos metros de distancia.

—Pues fíjese usted, cómo no, yo tenía mi crédito en dólares, así compré varias cosas de la casa. Así también me aumentó la deuda. Ahora además ya no puedo comprar muchas cosas que antes compraba en el otro lado.

Para muchos juarenses, los problemas provienen del centro que, por otra parte, a través del PRI, les ha impuesto candidatos. El PAN legítimamente, como corresponde a cualquier partido en la oposición, ha sabido sacar provecho, y bastante, de los errores del partido oficial.

«Señor, por favor, ¿me podría aceptar este volante?», me dice con amabilidad una señora, quizás ama de casa. En él se invita a la interrupción del tráfico en carreteras en protesta, se dice, por el fraude en Monclova.

Uno o dos días después el Congreso del estado o tal vez deba decir, la Cámara de Diputados del Estado de Coahuila, declara las elecciones favorables al candidato del PRI. Las protestas aumentan.

Algo es cierto en el norte: el partido oficial pierde popularidad y credibilidad. El PAN gana adeptos. La izquierda no parece por ahora una alternativa viable para la mayoría de la población. La escueta propaganda del PRI a favor del candidato Salinas es elocuente. En Chihuahua, la capital, uno que otro cartelón aislado. En Juárez, un poco más visible, pero incomparable con la del empresario Clouthier, quien aquí ha logrado una de las concentraciones mayores de su campaña, como aquéllas que realizó, por cierto, después de su fracasada gira por Oaxaca. Se dice que aquí juntó cerca de 60 mil juarenses. Las visitas (recientes también) de los candidatos Heberto (PMS) y Rosario (PRI), se ven diluidas por las verdaderas pasiones tumultuarias.

Sin embargo, no quiera verse en esto, como algunos alarmados pregoneros del régimen lo hacen, e incluso algunos dirigentes de la izquierda, una pérdida de nacionalismo, una derechización del norte. Que son las clases medias y muchos empresarios los que alientan el

panismo en ascenso parece cierto, pero son también válidas, incluso más que válidas, las demandas, la cuales llevadas hasta sus últimas consecuencias tendrán un efecto renovador en la vida política nacional.

¿Qué es lo que se quiere en el fondo? ¿Romper el tutelaje del paternalismo autoritario que representa el PRI y del que el centralismo político constituye sólo una de sus expresiones? Lo que se vive en Chihuahua es hasta cierto punto el inicio de una nueva insurrección cívica de la provincia (se dice que la Revolución iniciada en 1910 también lo fue). Se siente hastío ante la simulación, el fraude, la alquimia, «el atole con el dedo». Que puede ser aprovechado por las clases dominantes, por el imperialismo. ¡Sí! ¿Por qué no? También lo han sido otros movimientos, la misma revolución de 1910.

Pero no hay que confundir al PRI con la nación, ni al PAN con el imperialismo. Las luchas por el respeto al sufragio, por elecciones libres, por la ampliación de las libertades, por la democracia en suma, son demandas históricas del pueblo mexicano y el ejercicio de éstas; la ampliación de las mismas nunca le ha hecho mucho bien a los designios imperiales o a los intereses de las burguesías criollas, por eso son éstas las primeras que las conculcan cuando les afectan. El PAN lo sabrá a su tiempo si sólo quiere jugar con ellas.

—Cuando aquella gringa mató al niño que venía atravesando la calle, la gente la bajó del carro y ya mero la linchaba, pero llegaron los de la policía de migración y la rescataron. De todos modos se armó el revuelo, la gente entonces cerró el puente (internacional), nadie podía pasar para acá, estuvimos día y noche, fue un problema grande. Tuvieron que venir desde Washington y México. Hablaron los dos gobiernos. Finalmente los gringos pagaron la indemnización.

El recuento de los conflictos en la frontera puede ser interminable. El Chamizal, el despojo de la Isla de Córdova, el desvío del cauce del Río Grande, lo que ha venido ocurriendo con el Río Bravo, las pretensiones de los Estados Unidos sobre el territorio de Chihuahua y otros estados del norte en el pasado, la pérdida del territorio en el siglo XIX, el mal trato a nuestros paisanos, etc., todo eso está presente en la gente común. ¡Cuál pérdida de nacionalismo o de identidad nacional!

Cuestión baladí si se quiere: aquí se escucha más música mexicana que en el propio Distrito Federal. Que aquí no se acostumbre el Día de Muertos sino el Halloween, eso es viejo; aquí no existió una tradición indígena tan arraigada, la mexicanidad tuvo otros tintes. Además, el intercambio es propio de las culturas de fronteras en cualquier parte del mundo. O qué, ¿también los gringos están perdiendo identidad porque los chicanos reivindican sus orígenes, se aferran a su lengua y a sus mitos y muchos gringos en el sur ahora hablan también el español? Todo porque el PRI ahora pierde votos. Si algo se observa en Chihuahua, con todas las innovaciones que produce la modernidad a escala mundial, es nacionalismo, eso no es nuevo, es histórico. Ciudad Juárez sigue asumiendo como lema justamente la síntesis de antiguas gestas: «Refugio de la libertad, custodia de la República».

Mayo de 1988



**De aquí
pa' allá**
Crónicas de viaje

—con un tiraje de 2000 ejemplares—
lo terminó de imprimir la Dirección General
de Culturas Populares e Indígenas del Consejo
Nacional para la Cultura y las Artes en los talleres
de Sevilla Editores, S.A. de C.V., Vicente Guerrero
No. 38, Col. San Antonio Zomeyucan,
Naucalpan de Juárez, Edo. de México, C.P. 53750
Tels. 5301 • 2303 y 5301 • 2325
en el mes de junio de 2006

Cuidado de la edición:
Subdirección de Publicaciones de la
Dirección General de Culturas Populares e Indígenas





Centro de
Información y
Documentación

Alberto Beltrán



078837

*D*e aquí pa' allá es un conjunto de crónicas recorridas por el estado de Oaxaca, las ciudades de México y el mundo recreando paisajes, zonas arqueológicas, fiestas populares, sabores, olores, texturas. En la ruta, los caminos se abren, se encuentran, se bifurcan para descubrir nuevas sorpresas a cada paso.

El viaje abarca, entre otros lugares, Veracruz, Colima, Taxco, Puebla y, más allá, la línea de la frontera norte de México: Tijuana y Ciudad Juárez. Luego, el viaje continúa por otras ciudades de distintos países: Los Ángeles, Maracaibo, Granada...

En cada sitio, el autor retrata aspectos históricos, sociales y hechos de actualidad enriquecidos con anécdotas personales y su particular visión de conjunto.

Víctor Raúl Martínez, sociólogo y periodista, se muestra en esta obra como un observador sensible, con descripciones finas de detalles interesantes de sus viajes. Su sed de aventura lo ha llevado a visitar lugares insólitos y a vivir experiencias que ahora nos comparte en este libro.

Tras la mirada del periodista está la vena del escritor que alimenta los textos con recursos literarios para entregarnos páginas llenas de colorido que tocan los bordes entre periodismo y literatura.

Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca

1955

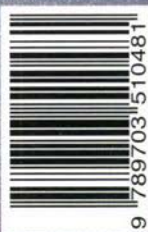
CIENCIA • ARTE • LIBERTAD



I.I.S.U.A.B.J.O.

CONACULTA
CULTURAS POPULARES E INDÍGENAS

CONACULTA
HACIA UN PAÍS DE LECTORES



9 789703 510481